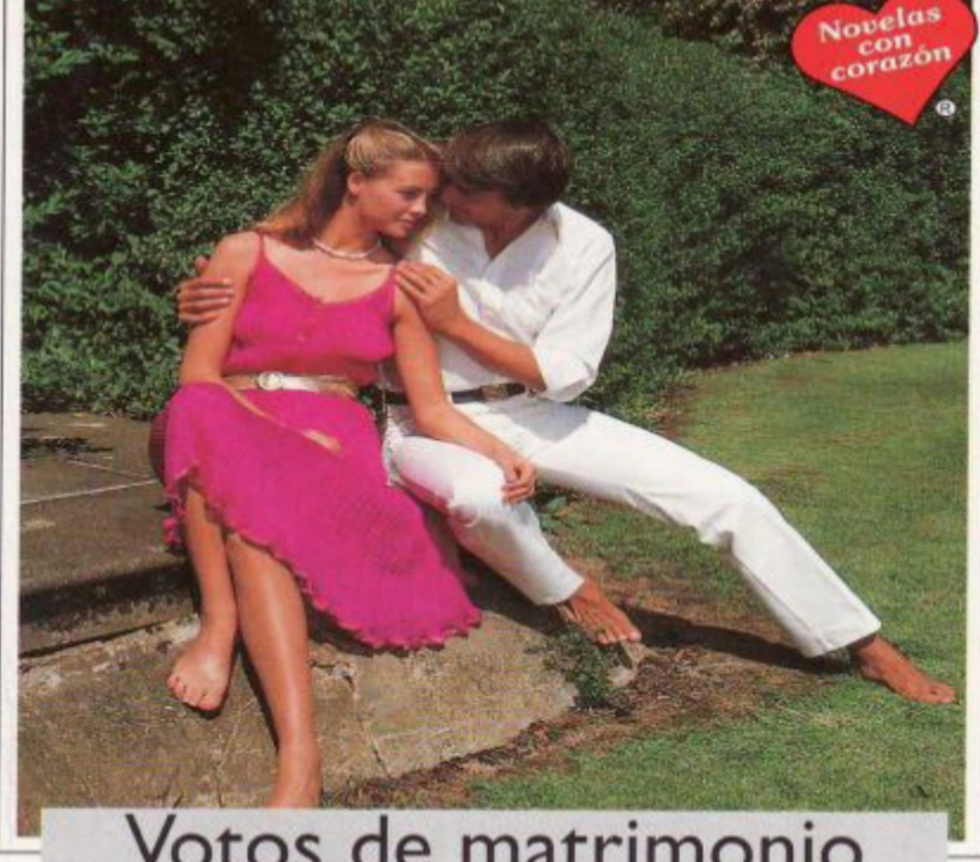
HARLEQUIN®

BIANCA®

aventura, intriga, pasión



340 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $8.00

Votos de matrimonio

Rosalie Ash

Votos de Matrimonio

Rosalie Ash

Votos de Matrimonio (1997)
Título Original: Marriage Vows (1995)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: **Bianca 885**
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Matt Hawke y Becky

Argumento:

Pasado: Becky y Matt se casaron porque no tenían otra alternativa; al menos, eso creyeron.
Presente: dos años después, Becky quería su libertad, pero Matt tenía otras ideas. Los besos de Matt hicieron que Becky añorara el amor perdido y que se diera cuenta de que quería que su matrimonio continuara durante toda la vida.
Futuro: los votos de matrimonio, pronunciados con premura, podían durar una eternidad…

Capítulo 1

REBECCA se asomó a la barandilla de la terraza y se estremeció. Era él. Matt Hawke era un hombre inconfundible. Incluso desde ahí, con el sol del atardecer dándole en los ojos y el ocaso proyectando sombras de color violeta en los blancos muros, sabía que era él. No sólo eso, iba hacia allí, estaba subiendo los escalones de piedra de dos en dos con perezosa agilidad. Alto, fuerte, esbelto y bronceado, con una camiseta blanca amplia y unos viejos pantalones vaqueros cortados a la altura del muslo.

Ella apretó con fuerza la bandeja que llevaba y, con súbito pánico, temió que se le cayera de las manos y acabar desparramando por el suelo de la concluida terraza del restaurante los seis platos con restos de comida. Con un gran esfuerzo, consiguió controlarse y llegar a la pequeña cocina circular donde dejó la bandeja encima de un mostrador.

— ¿Qué te pasa? No tienes buena cara — Sofie la miró con expresión sorprendida mientras añadía unas ramas de perejil en cuatro platos de pollo en salsa blanca al vino—. Ya te he dicho que no deberías estar aquí ayudando, Becky. Se supone que tendrías que estar recuperándote, no trayendo y llevando bandejas por las terrazas del Old Mill.

—Está aquí... él —susurró ella.

Su voz sonó melodramática y Rebecca se sorprendió del estado de tensión nerviosa en el que se hallaba.

— ¿Quién es él? —le preguntó su hermana con curiosidad—. ¿El rey Constantino? ¿El Aga Khan?

—Matt.

—Oh.

Inmediatamente, Sofie alzó los ojos al techo y tomó la bandeja con los cuatro platos de pollo que esperaban sus clientes.

—En ese caso, si vamos a volver a los viejos tiempos, adiós paz y tranquilidad —añadió Sofie secamente.

Una vez sola en la cocina, Becky formó dos puños con las manos en señal de frustración. Quería mucho a su hermana; pero, a veces, le daban ganas de estrangularla... como en ese momento. ¿Acaso Sofie no tenía ni idea de lo que sentía al volver a ver a Matt después de dos años?

Uno de los camareros pasó por su lado y ella, con cierta vacilación, salió a la terraza. ¿Cómo era posible que los nervios le hicieran sentirse a uno físicamente mal?

Angustiada, miró a su alrededor. Las terrazas estaban ya casi

llenas. Eran las nueve y media de la tarde y el cielo había adquirido una tonalidad malva, única de las islas griegas. En un cuarto de hora, el cielo se tornaría oscuro, con las luces del puerto de Skopelos: los cafés y los bares, y los yates.

¿Había subido allí? ¿Lo había visto de verdad o se trataba de una alucinación? La verdad era que había soñado con él con frecuencia durante los últimos meses, unos sueños dulces y, al mismo tiempo, amargos, confusos y mezclados, llenos de deseo y odio... uno sueños que acababan transformándose en pesadillas. Un mechón de cabello castaño color miel le cayó sobre un ojo y, con mano temblorosa, se lo retiró del rostro y se lo sujetó detrás de la oreja.

Alguien le tocó el brazo y el sobresalto estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio y caer al suelo.

—Hola, Becky —dijo una voz ronca y enigmática—. Tan nerviosa como siempre, ¿eh?

Ella contuvo la respiración unos momentos.

—Matt. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—He venido a cenar, ¿a qué si no? Este es el famoso restaurante Old Mill, ¿no? La mejor cocina anglo francesa de por aquí, ¿no es cierto?

—Todas las mesas están ocupadas —respondió ella con voz ronca.

—En ese caso, me tomaré un ouzo mientras espero a que se quede alguna vacante —contestó él con voz suave.

Incapaz de pronunciar palabra, Rebecca se lo quedó mirando y vio que los especulativos ojos azules de él la recorrían de arriba abajo. A su alrededor, los comensales reían y hablaban. Unos alemanes reían y tomaban fotos de unos y otros y de la vista. Una familia inglesa se quejaba de que aquella era su última noche de vacaciones y, bromeando, planeaban perder el avión para tener que quedarse allí.

La atmósfera relajada parecía de otra dimensión; entre Matt y ella, la tensión era tan espesa como una sofocante manta que la envolviera.

Con los pantalones cortos de algodón negro y la camiseta negra con escote de pico, el cabello recién lavado y cayéndole sobre los hombros en una sedosa cascada, Rebecca sabía que su aspecto era razonablemente atractivo. Pero no se sentía bien, estaba demasiado pálida y demasiado delgada. Y sabía que Matt había notado cambios en ella que no aprobaba.

— ¿El último grito en una modelo es tener aspecto de muerta de hambre? —murmuró él.

La lenta y traviesa sonrisa de Matt, y el tono burlón de su voz hicieron que a Rebecca el corazón comenzara a latirle con fuerza. Pero a pesar del tono ligero y cínico, notó en él una ira reprimida que la hizo temblar. ¿Estaba enfadado con ella? ¿Por qué? ¿Qué derecho

tenía a estar enfadado con ella? Le había hecho un favor, ¿no? Había puesto punto final a la relación para librarle de la incomodidad y la inconveniencia de tener que hacerlo él mismo.

Una mezcla de desafío, orgullo y confusión la hizo enrojecer. Después, recuperando la compostura, se metió las manos en los bolsillos.

—Ya no trabajo como modelo.

— ¿No? No puedes estar acabada a los veintidós, ¿no?

—Sabes perfectamente por qué dejé de ser modelo.

—Cierto, pero supuse que volverías.

—Pues no.

Rebecca examinó su aspecto poco respetable, fijándose en la ensombrecida barbilla y el cabello negro revuelto ondulado que le cubría el cuello. Parecía uno de esos aventureros que salían en las revistas de deportes o un pirata que acababa de abordar un galeón. De repente, sintió un nudo en el estómago. Con algo más de un metro ochenta y una mirada azul intensa, Matt Hawke poseía un carisma que no tenía nada que ver con la fuerza y dureza de sus rasgos faciales ni con la musculosa fuerza de su cuerpo.

— ¿Y tú, se lleva ahora que los empresarios parezcan aventureros? —le espetó ella—. ¿Camiseta, pantalones vaqueros cortados y barba de dos días?

—Estoy de vacaciones —respondió él, sonriendo por la sequedad de las palabras de ella—, ¿No te gustan los aventureros, Becky?

«Tú no me gustas de ninguna manera», quiso contestar ella. Sin embargo, apretó los labios y se volvió hacia Vangelis, uno de los jóvenes camareros griegos.

—Por favor, ¿podrías traerle un ouzo a este caballero?

La frialdad de las palabras de Rebecca la apaciguó la aparición de Sofie, que se dirigió hacia ellos con una bandeja vacía en las manos.

— ¡Matt, qué agradable sorpresa!

Para enojo de Becky, su hermana se puso de puntillas y le dio a Mark un beso en la mejilla. Sus rubios rizos se agitaron mientras reía.

— ¿Dónde has estado metido estos dos últimos años? Richard y yo te hemos echado de menos.

—Me alegro de que alguien me haya echado de menos —la sonrisa de Matt era ilegible—. He estado en Hong Kong la mayor parte del tiempo.

— ¿Salvando algún negocio al borde de la quiebra?

—Algo por el estilo.

—Más bien aprovechándose de algún negocio con deudas —corrigió Becky con voz aterciopelada.

—Puede que eso sea más correcto —dijo Matt sin pestañear.

—Mirad, si los dos tenéis tanto que discutir, hacedme un favor e iros a discutir a otro sitio —les rogó Sofie disponiéndose a volver a la cocina—. Lo último que necesito es una pelea entre las mesas.

— ¡Sofie! —Becky se reprimió para no gritar.

—Tu hermana tiene razón —dijo Matt que, de repente, había perdido el humor—. Tenemos mucho de qué hablar, Becky. Ven, vamos a tomar una copa al muelle.

—Prefiero morir de sed.

—No seas infantil.

—Trabajo aquí esta noche —añadió ella con voz ronca, enrojeciendo al notar la mirada de su hermana fija en ella—. No tengo tiempo para...

—Tómate la noche libre —le aconsejó Sofie con voz queda; la tensión era palpable, incluso Sofie la sintió—. Vamos, vete a hablar con Matt, Becky. Hasta que uno de los dos haga algo al respecto, todavía es tu marido.

Se hizo un momentáneo silencio que Matt interrumpió.

—Sí, lo soy —su voz era provocativa.

Becky sintió que se le secaba la garganta y que las palmas de las manos comenzaban a sudarle. Era pánico. La sensación de sequedad y humedad simultáneamente le impidieron pensar en lo que se avecinaba.

Matt, notando que el silencio en el que ella se había sumido era una señal del miedo que tenía, alzó un brazo y le tocó la mejilla al tiempo que su mirada se suavizaba.

—Vamos, Becky.

Las palabras de él la sacaron de aquella especie de parálisis.

—No me toques —dijo Rebecca—. Y no me hables en ese tono paternalista, he madurado mucho desde que... nos separamos.

—Puede ser —dijo él mirándola con expresión pensativa—. Y también puede que no.

La mirada de él era enigmática, pero en alguna parte de las profundidades de aquellos ojos azules asomaba un sentimiento que aceleró el pulso de Becky e hizo que su corazón volviera a latir con violencia. Eso era lo que había temido. Ese era el motivo por el que había tardado tanto en escribir la carta, en posponer su decisión: saber que la afectaba de esa forma.

En silencio, bajó tras él los peldaños de piedra pintados en blanco. El cielo había oscurecido. A su alrededor, los tonos violeta habían dado paso a tonos morados y, cuando llegaron a la calle, tuvo que sujetarse a la barandilla tras una repentina y pasajera sensación de mareo.

— ¿Te encuentras mal? —la fría voz de Matt contenía una leve

nota de preocupación.

Ella apretó los dientes y asintió con calma.

—Me encuentro bien, no te preocupes. He tenido un virus, eso es todo.

Por eso estaba allí, quiso añadir. De lo contrario, aún estaría en el otro extremo del mundo, en un sitio donde ni el todo poderoso Matt Hawke podría encontrarla.

— ¡Un virus! ¿Cuándo lo pillaste?

Llegaron al principio de la zona de cafés al aire libre en el paseo que corría paralelo al muelle, estaban todos tan juntos que era difícil discernir dónde acababa uno y dónde empezaba el siguiente.

— ¡Como si te importase! —le espetó ella con voz tranquila y desafiante.

Se detuvieron en un café de mesas bajas y sillones con cojines.

—Becky... —dijo él con voz peligrosamente razonable mientras elegían la mesa más próxima al agua y se sentaban el uno frente al otro—, estoy empezando a sentirme confuso. Hace dos años, tú me dejaste y has logrado que me resultase imposible ponerme en contacto contigo. Así pues, ¿cómo demonios sabes si me importa o no?

Ella le mantuvo la mirada durante un largo y enervante momento; después, bajó los ojos. El brillo de los de Matt era peligroso.

—No quiero hablar de eso —respondió Rebecca con voz tensa—. Dios mío, sabía lo que iba a pasar, la forma en que ibas a darle la vuelta a todo. Siempre lo manipulas todo a tu conveniencia, igual que haces con tus malditos negocios.

—Becky...

—No, no es verdad —se corrigió ella, incapaz de controlar su amargura—. Tus negocios siempre han sido mucho más importantes que tus relaciones personales, ¿verdad, Matt?

Un joven camarero se acercó a la mesa, sus ojos oscuros se pasearon por los morenos muslos de Becky.

—Agua, por favor.

Matt arqueó una ceja.

—Tráiganos una botella de agua mineral y dos ouzos, por favor —le dijo Matt al camarero.

— ¿Tan arrogante como siempre? —comentó ella débilmente cuando el joven griego se marchó.

—Naturalmente.

La amplia boca de Matt había adquirido un aspecto sombrío. Las líneas verticales que le bajaban a amos lados de la nariz y de la boca se habían acentuado ligeramente en aquellos dos años, confiriéndole un aire más cínico. De repente, una imagen le vino a la mente, aquella boca devorándola con pasión, la oscura fuerza de su carisma sexual

barriendo sus defensas, quitándole el sentido...

Con un estremecimiento, Becky se abrazó a sí misma, a pesar de la calidez de la noche.

—Poco más o menos, me acusas de haber estado escondida estos años —declaró ella, consciente de que no tenía por qué disculparse de lo que había hecho—, pero no me digas que no podrías haberme encontrado de haber querido. ¡No me digas que te importaba!

— ¿Querías que te encontrase? —la fría respuesta de Matt la sorprendió.

—No —consiguió responder ella sin que le temblara mucho la voz —. No, no tenía sentido, ¿verdad?

Matt guardó silencio. A pesar suyo, Becky lo miró. El camarero les llevó las bebidas y, despacio, vació la bandeja. Ella no podía quitar los ojos de Matt.

La camiseta blanca le moldeaba los esbeltos y suaves contornos de los músculos del pecho y los hombros, se le pegaba al liso estómago y luego desaparecía bajo la cinturilla de los vaqueros. Los viejos pantalones marcaban explícitamente el masculino bulto de las entrepiernas antes de abrazarle los duros muslos. Las largas piernas eran musculosas y bronceadas, cubiertas de vello negro. Unas alpargatas negras completaban el atuendo. Tenía un corte profundo en la espinilla de una pierna que estaba empezando a cicatrizar...

—Toma —había un brillo desafiante en los ojos de Matt cuando se inclinó hacia adelante para echar agua mineral en el ouzo—. Cuando termines de evaluar mi gusto respecto a la ropa que elijo ponerme, bebe y relájate un poco.

Ella lo miró furiosa. Después, alargó una mano que le temblaba de ira, tomó el vaso y bebió.

—Te lo advierto, si me relajo, puede que acabe diciendo cosas de las que luego me arrepienta.

—Me gusta la idea. Supongo que serán cosas en mi favor, ¿no?

Ella decidió que el comentario no merecía respuesta. Se recostó de nuevo en el respaldo del sillón de mimbre, cruzó las piernas y lo miró.

— ¿Qué te ha pasado en la pierna? —preguntó sin querer.

La mirada de Matt se quedó en blanco durante un momento; después, se miró y pareció recordar.

—Hace unas tres semanas, en medio de una tormenta, me caí en la cubierta del barco. El meltemi se ha adelantado un mes este año y me pilló de sorpresa.

— ¿Llevas tres semanas navegando por las islas? —Becky frunció el ceño con expresión incrédula.

—Algo más de tres semanas.

Matt también se recostó en el respaldo de su asiento, relajando sus

poderosos hombros. Por la leve sonrisa, Becky se dio cuenta de que había notado su confusión.

—Yo creía que... —ella se interrumpió bruscamente.

¿Qué había creído? ¿Que se había presentado allí a causa de la carta? Había supuesto que ése era el motivo de su presencia allí, a pesar de que la carta no dejaba lugar a dudas, era directa y, por supuesto, no requería una visita personal...

Pero si Matt llevaba navegando tanto tiempo, podía ocurrir que no hubiera recibido la carta.

— ¿Sí? ¿Qué era lo que creías?

—Yo... creía que nunca te tomabas unas vacaciones —respondió ella de forma poco convincente.

Matt empequeñeció los ojos, pero no pareció darle importancia al significado del comentario.

—Me tomé unas vacaciones cuando te conocí —le recordó él con voz tranquila—, ¿o ya se te había olvidado?

—No es un recuerdo en el que me gusta pensar —mintió ella haciendo un esfuerzo por que la voz le saliera fría.

— ¿No? Sí, lo imagino.

Había cierta amargura en su voz... ¿o se equivocaba?

Desesperada, bebió otro sorbo de ouzo y cerró los ojos. El fuego del alcohol pareció quemarla por dentro.

— ¿Por qué has venido, Matt? —consiguió preguntarle por fin—. ¿Por qué has venido a verme?

Se hizo un breve silencio.

—No he venido a verte —respondió Matt secamente—. Tenía negocios en Atenas. Como estaba cerca, se me ocurrió pasarme por aquí para ver a Sofíe y a Richard. Y qué sorpresa me he llevado al ver en la terraza a mi esposa jugando a ser camarera.

— ¡No emplees ese tono paternalista conmigo, Matt!

Él sonrió traviesamente, pero su sonrisa carecía de humor.

—Está bien, no volveré a hacerlo. ¿Dónde has estado escondida estos dos últimos años, Becky?

—No he estado escondida —respondió ella secamente—. He estado trabajando en el extranjero.

— ¿Pero no como modelo?

Becky negó con la cabeza. Se dio cuenta de que Matt se estaría preguntando qué otra cosa podía hacer ella. Siempre la había considerado una muñeca sin cerebro, siempre la había tratado con el caprichoso paternalismo que un adulto inteligente mostraba hacia un niño simpático.

—No has estado aquí, lo sé porque, de vez en cuando, he llamado a

Sofíe.

— ¿Por qué? —la amarga pregunta de Becky provocó que él frunciera el ceño.

— ¿Que por qué? —dijo él en tono brusco—. ¡Porque eres mi esposa, Becky!

— ¿Y siempre quieres saber dónde están tus posesiones?

Él apretó los labios y su rostro ensombreció.

—Exacto —respondió Matt sin expresión.

—Dime una cosa —dijo ella con voz temblorosa—. ¿Has estado navegando por las islas solo?

—No todo el tiempo.

— ¿Y tus acompañantes han sido hombres o mujeres?

—Las dos cosas, lo que no quiere decir que, de repente, me haya vuelto bisexual —contestó Matt burlonamente.

Las mejillas de ella se encendieron, a pesar de los esfuerzos que hizo por mantener la calma y la compostura. Pero los ojos de él hicieron que el corazón le diera un vuelco y que sintiera un nudo en el estómago.

—No te imagino pasando un mes entero en el mar sin que una mujer comparta contigo la cama —le espetó ella amargamente.

—Si no querías que buscase consuelo con otras mujeres, Becky, ¿por qué abandonaste mi cama?

— ¡Sabes perfectamente por qué me marché!

De repente, Becky estaba furiosa. ¿Cómo se atrevía él a aparecer de improviso y a hacerle preguntas respecto a lo que había hecho durante los dos últimos años?

—Sé que tuvimos una ridícula conversación telefónica de larga distancia y sé que me acusaste de docenas de cosas basándote sólo en lo que una loca, con la que apenas había hablado, escribió sobre mí...

Becky estaba sacudiendo la cabeza con los ojos cerrados.

— ¡Calla! ¡Calla! Deja de hablar como si... como si todo tuviera una explicación razonable y no tuviera importancia porque ya han pasado dos años de aquello. ¡Sabes perfectamente que, en Hong Kong, estabas de fiesta en fiesta y tenías tus aventuras! Su Lin y tú ibais a casaros antes de que apareciese yo en escena. ¡Yo sólo fui un desgraciado accidente!

Matt se la quedó mirando fijamente durante un momento con expresión indescifrable. Por fin, sacudió la cabeza lentamente.

— ¿Qué puede decir un hombre contra semejante y celosa certidumbre?

Ella lo miró temblando de furia.

—Escucha, Matt, no sé qué es lo que quieres, no comprendo por

qué has venido aquí…

—Y yo jamás he sabido lo que querías —la interrumpió él fríamente—. Nunca he sabido lo que pasa por dentro de esa insegura cabeza tuya, Rebecca.

Sin darse cuenta, nerviosa, Rebecca se puso a juguetear con una hebra de pelo, enredándola en el dedo índice.

—Nada, por supuesto —le recordó ella con una mirada inocente—. ¿Es que no te acuerdas? Te casaste con una muñeca sin cerebro, y lo hiciste sólo porque ella fue lo suficientemente estúpida como para quedarse embarazada justo en el momento en que tú ya te estabas aburriendo de ella.

— ¿Por qué haces siempre lo mismo? —preguntó él con voz suave.

— ¿El qué? ¿Juguetear con mi pelo, como tú me decías que no debía hacer?

—No. Hacerte daño a ti misma, infravalorarte. Hacerte la chica guapa y tonta cuando sabes perfectamente que eres muy inteligente.

— ¡Deja de hablarme en ese tono paternalista! —le espetó ella antes de llevarse el vaso de ouzo a los labios.

Desde el ataque del virus y el largo período de recuperación que se había visto obligada a soportar, trataba el alcohol con mucho respeto. Desde que cayó enferma, cada vez que bebía algo, le parecía que era tres veces más fuerte; igual que cuando se quedó embarazada y no sabía qué era lo que le pasaba.

—Tendrás que perdonarme —dijo ella con voz tensa al tiempo que se ponía en pie—. Estoy cansada, me voy a la cama.

—Becky…

Mientras se alejaba, notó la reprimida ira de Matt cuando dejó dinero encima de la mesa y retiró su sillón para levantarse y seguirla.

Vio a Matt fugazmente a través del espejo lateral de un coche. Ella, por su parte, estaba muy pálida y las pecas de la nariz destacaban vivamente. Sus ojos castaños, por contraste, parecían enormes.

—Becky, espera.

Matt le puso una mano en el brazo y la obligó a detenerse. Bruscamente, la hizo darse la vuelta hasta quedar de cara a él. Se quedaron mirándose fijamente, ignorando la gente que pasaba a su alrededor. Ella dobló el brazo ligeramente, él lo apretó con más fuerza. Becky se mordió los labios y contuvo la respiración.

—No te vayas, Becky —dijo él mientras ella tiraba del brazo y se soltaba de él.

—No me des órdenes —contestó Becky con voz ronca por la emoción.

Matt estaba tan cerca que pudo sentir su calor, su olor a limpio y el aroma de su jabón.

Continuaron mirándose unos segundos más; después, Becky tembló y él, despacio, fue bajando los ojos, contemplando la garganta de ella, la delgadez de sus hombros y brazos, el suave contraste de sus vulnerables pechos... Becky contuvo la respiración, aquellos ojos eran como manos que la acariciaban y exigían el derecho que tenían a poseerla. De repente, se sintió ardiendo de deseo.

—Te acompañaré —dijo él secamente, pero con voz ronca—. Estás en casa de Sofie y Richard, ¿no?

—Sé el camino, gracias —contestó ella cínicamente.

Pero Matt echó a andar a su lado y, con furia, Becky sintió su brazo alrededor de los hombros. Cuando ella le lanzó una mirada incrédula, él le respondió con una sonrisa. Andar al lado de Matt, que sobrepasaba en diez centímetros su metro setenta y cinco de estatura, y sentir el arrogante peso de su brazo en los hombros le recordó dolorosos momentos del pasado que casi la ahogaron.

En una décima de segundo, lo revivió todo: la felicidad que sintió la primera vez que él la tocó, el estúpido entusiasmo y la timidez que se apoderaron de ella la primera vez que Matt le tomó la mano y entrelazó los dedos con los suyos mientras sus palmas se tocaban con una sensualidad que jamás había creído que fuera posible sentir con sólo darse la mano...

Mientras recordaba, se le secó la garganta. Brevemente, cerró los ojos, enfadada consigo misma por haber creído que algún día podría dejar de amar a Matt Hawke. Había escapado de su enigmática presencia, se había escondido durante dos años, pero no había dejado de sentir lo que sentía por él. Ahora que estaba allí con ella, corría el peligro de volver a sufrir.

—Matt...

Habían llegado a casa de Sofie y Richard.

— ¿Sí?

—Por favor...

Matt le quitó el brazo de los hombros y Becky no pudo descifrar la expresión de su rostro, era demasiado compleja.

— ¿Por favor qué?

En los ojos de Matt había un brillo de tensión sexual que la asustó mucho más de lo que quiso admitir, pero también había una frialdad que hizo que la sangre le hirviera de ira. Y también notó un rastro de diversión, que la dejó confusa. ¿Qué era lo que tenía tanta gracia?

Becky alzó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Por favor, no me lo pongas más difícil de lo que es —consiguió decir ella.

— ¿El qué, Becky? ¿Acostarme con mi esposa para recordar viejos tiempos? ¿Se trata de eso?

Becky estaba ardiendo y, a pesar de que temblaba violentamente, forzó una sonrisa.

—No, Matt. Firmar los papeles del divorcio, se trata de eso.

Capítulo 2

EL DIVORCIO? —el rostro de Matt adoptó esa expresión dura que ella conocía tan bien; una cínica mirada que imposibilitaba interpretar sus sentimientos, pero que escondía las frías maquinaciones tras la máscara. — ¿Es eso lo que quieres, Becky, el divorcio?

— ¿Tú que crees? No le veo sentido a seguir ligada a ti legalmente. Suponía que eso era lo que te había traído aquí. ¿No has recibido la carta que te envió mi abogado?

Él negó con la cabeza lentamente. El brillo de sus fríos ojos era penetrante. Becky tembló y dio un paso hacia la puerta. Podía ser una cobardía, pero no soportaba a Matt de aquel humor. Ese era uno de los motivos por lo que había temido aquel momento, por el que se había refugiado en el limbo durante meses.

—No, no he recibido ninguna carta.

Becky tuvo la impresión de que Matt estaba examinado los hechos y las opciones que tenía con la rápida agilidad que le habían convertido en un temible hombre de negocios. Una persona le dijo en cierta ocasión que Matt Hawke tenía la habilidad de asimilar todos y cada uno de los aspectos de un trato complicado a los diez minutos de recibir los informes al respecto. Era una habilidad especial que lo había colocado en cabeza de lista de todas las juntas directivas internacionales que necesitaban una mente aguda para sacarlos de una catástrofe económica.

Ahora, debía de estar calculando el coste del divorcio.

—He estado unas semanas por ahí perdido, sin ponerme en contacto con nadie —añadió él con tranquilidad—. Pero si lo que quieres es el divorcio, divorcio es lo que tendrás, querida.

A Becky le pareció que se le helaba la sangre en las venas. ¿Por qué se sentía tan mal? ¿Había esperado que Matt se negase? Qué estúpida era.

—Gracias —consiguió responder secamente—. Y no te preocupes, como no tenemos hijos, no voy a pedir nada de tu precioso dinero. Lo único que quiero es mi libertad.

— ¿Has conocido a otro hombre?

La mirada de Matt la puso nerviosa; desde luego, no había esperado esa cara impasible.

—Eso no es asunto tuyo.

—Supongo que no has podido ser fiel durante dos años, ¿me equivoco?

—No trates de arrastrarme a tu nivel.

Matt respiró profundamente y la sujetó por los hombros. Ella se

puso tensa, dispuesta a defenderse; pero antes de poder hacer acopio de fuerzas, se encontró demasiado cerca de él. Estaba aplastada contra él, amargamente consciente de la dureza de sus músculos contra la suavidad de su cuerpo.

— ¿A mi nivel? Nunca he sabido cuál es mi nivel según tú —bruscamente, Matt le alzó la barbilla, obligándola a alzar el rostro —. Siempre te has creído doña Perfecta, ¿verdad? ¿Qué me dices entonces de Ted Whiteman...?

Becky contuvo la respiración. Ted había sido un compañero de trabajo en la agencia de modelos en la que trabajaba, pero la sugerencia de que hubiera habido algo más entre los dos era completamente absurda.

—Matt, tu arrogancia jamás deja de...

La maldición que él lanzó la hizo callar. Después, la boca de Matt cubrió la suya y el beso ahogó las palabras.

Los labios de Matt eran firmes y cálidos, y le encendieron el cuerpo entero. Becky se puso tensa y forcejeó. Él profundizó el beso; con la lengua, se adentró en la boca de ella y luego la entrelazó con la suya. De repente, Becky estaba temblando de pies a cabeza, tanto de deseo como de ira.

Tirando de ella posesivamente, Matt la apretó aún con más fuerza contra sí. Su boca se endureció, devorándola, exigiéndole más, mientras le pasaba las manos por la espalda sin contemplaciones. A Becky le cosquilleaban los pechos y los pezones se le endurecieron mientras el estómago le ardía de pasión. Hacía tanto tiempo que no sentía aquello...

Con la misma violencia, se vio libre. Respirando entrecortadamente, lo miró. Se tambaleó ligeramente y Matt la sujetó al tiempo que le acariciaba los brazos. Sus ojos oscurecieron.

—Becky... tenemos que hablar —murmuró él con voz ronca de pasión—. Esto es una locura...

—Tienes razón, es una locura. No me interesa hablar y tampoco me interesa irme a la cama contigo.

—No, puesto que quieres el divorcio, supongo que no —Matt arqueó las cejas con gesto cínico y ella enrojeció—. Pero, de todos modos, tenemos que hablar. Maldita sea, me dejaste sin más, sin una palabra. ¿No crees que me debes una explicación civilizada?

— ¿No son los abogados quienes hablan a partir de estos momentos? —Becky se maldijo a sí misma por lo ronca que le había salido la voz.

¿Se había dado cuenta Matt de lo mucho que la afectaba? El corazón le dio un vuelco. Sólo habían vivido seis meses como marido

y mujer y, la mitad de ese tiempo, habían estado separados debido a los constantes viajes de negocios de Matt por todo el mundo; sin embargo, sería una tontería por su parte suponer que Matt no se daba cuenta de la reacción de su cuerpo. Podía ser egoísta y pagado de sí mismo; pero, cuando quería, era muy perceptivo.

—No veo a ningún abogado aquí, ¿y tú? —respondió él fríamente, la sombra de una sonrisa añorando a sus labios—. Cena conmigo mañana, Becky.

—Almorcemos mejor —sugirió ella en tono igualmente frío—. Una cena tiene muchas más... connotaciones.

Matt contempló su rostro ruborizado durante unos momentos.

— ¿No te fías de mí... o no te fías de ti misma?

Becky no se fió de sí misma ni para contestar, pensó con desesperación.

— ¿Vamos a almorzar o no? —le espetó ella.

—Tengo que ir a Atenas mañana, pero volveré por la tarde, a tiempo para ir a cenar.

—Un viaje de negocios, supongo —sugirió ella en tono sarcástico y burlón.

—Naturalmente.

—Está bien, cenaremos juntos mañana —respondió ella como si no le diera importancia.

Después, tras encogerse de hombros, se apartó de él y añadió:

— ¿Te parece que reserve una mesa en el Old Mill a las nueve?

—De acuerdo, te veré allí.

—Pero si no pudieras venir, debido a tus apremiantes negocios, no me sorprendería —añadió Becky al tiempo que se volvía de espaldas a él y metía la llave en la cerradura de la puerta—, ¡Sería como en los viejos tiempos! Buenas noches, Matt.

Becky entró en la casa y cerró la puerta; dentro, se dejó caer contra la puerta como si fuese una muñeca de trapo. Ya se sentía agotada antes... antes de que Matt apareciese allí aquella noche y acabase con las pocas fuerzas que la quedaban. Sólo le quedaba esperar que el tiempo de recuperación no fuese tan largo como esos meses que había pasado en África, donde había contraído el virus.

Iba a cenar con Matt al día siguiente, ¿por qué había cedido? Porque él la había acorralado y porque utilizaba su poderosa personalidad como un arma.

Una vez en la cama, inquieta y con demasiado calor, desnuda bajo la sábana de algodón, cruzó los brazos por encima de la cabeza y cerró los ojos como si así pudiera borrar de su mente la imagen de Matt y negar el sufrimiento del pasado. Pero no le sirvió de nada, seguía viéndolo. ¿Cómo era posible que tuviera tan buen aspecto y pareciese

tan relajado y lleno de confianza en sí mismo cuando ella se sentía como si hubiera estado en el infierno durante los dos últimos años?

De nuevo, abrió los ojos en la oscuridad. Las paredes blancas de la habitación parecían tener impreso su retrato.

Cuando se conocieron, Becky tenía diecinueve años. Era a principios de verano y estaba pasando unos días en el pueblo de Skopelos, en casa de Sofie y Richard, ayudándolos en el restaurante, tras un viaje de trabajo a las islas griegas para una revista de modelos.

Estaba radiante de alegría por la suerte que había tenido al encontrar ese trabajo a tiempo parcial como modelo mientras estudiaba psicología en la universidad de Londres.

La habían descubierto un día durante las vacaciones de navidades, en un bar de Camden Town donde trabajaba como camarera.

Un estilista de la agencia de Ted Whiteman la vio y, en nada de tiempo, salió del anonimato y una relativa pobreza y se vio con un trabajo muy bien pagado en el mundo de la moda, en el que hizo desfiles de modelos, anuncios en revistas e incluso en televisión; y consiguió compaginar todo ello con sus estudios.

Aquel verano, Matt Hawke acababa de terminar un trabajo para una compañía en Atenas, y dos de los directores de la empresa lo invitaron a pasar una semana navegando por las islas. Matt llevó a los dos directores al restaurante Old Mill, en Skopelos, para que conociesen a Sofie y a Richard, y Becky, pensando en otras cosas, fue a limpiarles la mesa y tiró los restos de una sopa encima de Matt.

—He tenido suerte de que esté fría —bromeó él echándose hacia atrás en la silla y soportando los intentos de ella por limpiarle los pantalones—. ¿No te parece que es mejor que me limpie yo?

Becky, con el trapo en la mano, se quedó petrificada al darse cuenta, de repente, del sitio donde se le había caído la sopa. Fue entonces cuando lo miró a los ojos por primera vez y el brillo azul de esa mirada la hizo enrojecer de pies a cabeza.

—Yo... lo siento muchísimo —consiguió decir ella con voz débil.

La traviesa sonrisa de él se ensanchó. Después, con gesto perezoso, le ofreció la mano.

—Matt Hawke. Y tú eres la hermana de Sofie, Becky. No te acuerdas de mí, ¿verdad?

— ¿Matt Hawke? —tras unos segundos, lo recordó con completa claridad y enrojeció aún más.

Con aquellos pantalones vaqueros y camisa, tenía un aspecto muy diferente al hombre en esmoquin que conociera siete años atrás. Pero sí lo reconoció. Sin embargo, el orgullo le impidió admitirlo debido a que, años atrás, estuvo enamorada de él durante dos meses después de la boda de su hermana.

Recordó aquel día con absoluta claridad. Era un sábado de junio en Somerset, había una multitud de gente elegante charlando mientras ella, con doce años de edad, terriblemente incómoda con el traje de dama de honor y un pecho que se negaba a desarrollar, se sentía la persona más pequeña e insignificante del mundo.

—El padrino de Richard —añadió Matt—. Y tú eras la dama de honor, ¿no te acuerdas?

Sin embargo, Becky no se había sentido tan importante como para ser dama de honor.

—Yo... sí, creo que me acuerdo, aunque siete años es mucho tiempo. Debes de tener muy buena memoria.

—Hace un par de semanas vi una fotografía tuya en un periódico dominical.

— ¿En serio?

Becky se sentía como hipnotizada. La mano de Matt era como una marca de fuego plasmada en su mano.

—Sí, en un anuncio de un sujetador mágico que no pareces necesitar —respondió él con un humor en los ojos que la desarmó totalmente y la hizo estallar en carcajadas, a pesar del rubor de sus mejillas.

Al contrario que en su último encuentro, ahora Becky tenía la suficiente confianza en sí misma como para darse cuenta de que el comentario no era una crítica.

—Se me da mejor ser modelo que hacer de camarera.

—Eso no te lo voy a discutir.

Los dos griegos que iban con Matt contemplaron a Becky con clara apreciación, pero era Matt quien la cautivó, quien la hizo sentirse en una especie de vacío en el que sólo existía esa mirada azul y esa sonrisa burlona.

La tranquila admiración que mostraban los ojos de Matt le corrió a Becky por las venas como una gaseosa, haciendo que le temblaran las piernas y que le resultara difícil respirar.

Después de aquel incidente, Matt decidió quedarse en Skopelos unos días; al contrario que sus compañeros, que volvieron a Atenas. Matt alquiló una habitación en un lujoso hotel, alquiló un jeep descapotable y arrastró a Becky con él.

Pasaron tres días en calas solitarias, almorzando bajo los pinos, nadando en las cristalinas aguas del Egeo, visitando pequeñas capillas por las tardes y comiendo tortillas de queso o ensaladas griegas con pan y ouzo en las tabernas de las colinas.

Sofie le hizo un breve resumen de la meteórica carrera profesional de Matt y de lo que hablaban las revistas respecto a su vida sentimental, y le aconsejó que no le tomara muy en serio. Matt sólo

tenía veintiocho años, pero ya había pasado de ser un corredor de bolsa en Nueva York a director de una multinacional que imponía estrategias muy duras, y también tenía fama de haber destrozado muchos corazones.

Al cabo de aquellos tres días en compañía de Matt, en los que habían hablado absolutamente de todo, desde la vida universitaria hasta la ópera, de navegar a la música de rock, de los problemas que conllevaba el curso de psicología de Becky hasta la pragmática búsqueda de riqueza y poder de Matt, Becky no podía aguantar más el deseo de que la tocase, de que la besase, de que le demostrara físicamente lo que había estado diciéndole con los ojos.

La timidez y la falta de experiencia la hicieron agonizar cada vez que Matt la rozaba accidentalmente; pero, por dentro, sentía en completo caos.

La cuarta noche, Matt la llevó de vuelta en el coche a casa de Sofie y Richard en el pueblo de Skopelos, pero en vez de darle las buenas noches como había hecho hasta entonces, se volvió hacia ella en el asiento del coche y se la quedó mirando durante lo que pareció una eternidad antes de alzar la mano y acariciarle el brazo lentamente. Becky era incapaz de respirar y se quedó paralizada, como una estatua, pero ardiendo por dentro. Matt continuó acariciándole el brazo... el hombro, la garganta, la delicada línea de la mandíbula y el pequeño lóbulo de la oreja.

¿Lo estaba imaginando o a Matt le temblaba la mano? No estaba segura de si a él aquellas caricias le parecían tan cargadas de emoción o si, por el contrario, sus sentidos enturbiaban la forma en que veía la realidad.

Matt bajó la mano y, suavemente, le acarició los pechos para después tomarle la mano, entrelazar los dedos con los de ella y presionarle la palma con la más insoportable intimidad.

—Buenas noches, Becky —dijo él con voz más ronca que de costumbre.

Ella tembló de deseo.

—Matt, no te vayas —dijo Becky sin pensar.

Su ronco ruego fue seguido de una momentánea tensión, pero al cabo de unos momentos Matt se echó a reír y la estrechó en sus brazos.

—Dios mío, eres demasiado joven —murmuró él con voz espesa al tiempo que le soltaba la mano y subía los brazos para acariciarle las mejillas—. Sofie me estrangularía...

—Sofie no tiene nada que ver en esto —consiguió responder Becky con voz débil antes de que los labios de Matt encontraran los suyos y le metiera la lengua en la boca mientras que comenzaba a acariciarle

el cuerpo con una súbita pasión y violencia que la hicieron enloquecer de deseo—. Además… ¿desde cuándo besarse es un pecado mortal?

La pregunta consiguió pronunciarla cuando Matt apartó los labios de los de ella para dejarla respirar.

—Desde que nos conduciría a hacer lo que quiero hacer contigo, mi pequeña Becky —la voz de Matt era una mezcla de humor y deseo.

—No soy tan pequeña —razonó ella con voz entrecortada.

Becky clavó sus ojos castaños en los azules de él, diciéndole con la mirada todo lo que Matt necesitaba saber sobre su falta de experiencia y su absoluta vulnerabilidad.

—No, no lo eres.

Pero Matt parecía preocupado.

Brusca y repentinamente, Matt salió del coche, la acompañó hasta la puerta de la casa y a la mañana siguiente Sofie le dijo a Becky que Matt se había marchado. El resto de su estancia en Skopelos era un recuerdo gris, a pesar del cielo azul y el sol radiante de Grecia. Y la vida había continuado así hasta el día en que Matt apareció delante de la puerta de la habitación de Becky, en una casa compartida en Hampstead, ocho semanas más tarde, para anunciar que no podía soportar más estar sin ella…

Tumbada en la cama, en la pequeña habitación de blancas paredes en casa de Sofie, en la cálida oscuridad de la noche, Becky tembló a pesar del calor. Jamás olvidaría aquella noche…

Se dio media vuelta en la cama y se tapó la cabeza con la almohada en un intento por no pensar, por dejar la mente en blanco. Oyó un bajo y constante zumbido en alguna parte de la habitación y, de repente, se sentó en la cama y encendió la luz al darse cuenta de que se le había olvidado encender el repelente contra los mosquitos eléctrico. La habitación estaba plagada de hambrientos mosquitos… ¡Justo lo que necesitaba como colofón de una noche maravillosa!

Dormir le resultaría imposible ya. Se levantó de la cama, alcanzó una camiseta blanca y unos pantalones negros, se los puso y luego metió los pies en unas alpargatas negras. Se cepilló el pelo y se lo recogió en una cola de caballo. Antes de salir de la habitación, encendió el repelente eléctrico, se untó el cuerpo con una loción contra los mosquitos y lanzó una última y furiosa mirada a aquella inesperada y desagradable visita.

— ¡Morid todos!

Inmediatamente, salió de la casa a la fresca noche. Lo hizo sigilosamente para no despertar a Sofie y a Richard, que habían vuelto hacía una hora aproximadamente. La madrugada en Skopelos tenía una tranquilidad mágica y no acechaban peligros, a pesar de las sombras oscuras en las estrechas calles empedradas.

Salió al paseo marítimo y se paseó por delante de los cafés, bajo los árboles. Un murciélago voló hacia el tejado de uno de los edificios altos. Los grillos se oían a sus espaldas, en los pinares de las colinas y la brisa del mar era maravillosamente refrescante.

¿Estaba allí anclado el barco de Matt? Becky se había dirigido hacia el mar sin pensar; ahora, se encontró preguntándose en cuál de los barcos estaría durmiendo.

El Egeo, negro y plateado en la noche, brillaba a la luz de la luna. Los barcos del muelle se balanceaban y crujían ligeramente.

Oyó unos pasos a su espalda. Becky se puso tensa y luego se enfadó consigo misma, aquello era Skopelos, no una ciudad grande y peligrosa. No tenía que temer lo peor sólo porque alguien estuviera padeciendo de insomnio como ella.

Se obligó a seguir caminando con calma, a pesar de que aceleró el paso un poco. Quizá no fuera una buena idea pasearse sola en mitad de la noche. Quizá lo más aconsejable fuera volver rápidamente a casa de Sofie y Richard, a pesar de los mosquitos...

Había alguien justo detrás de ella, tenía que volver la cabeza.

Se trataba de una oscura figura, un hombre alto. El corazón le dio un vuelco y luego comenzó a latirle con violencia. Debía ser alguien de alguno de los barcos que se estaba dando un paseo nocturno. Sin embargo, allí sola, a pesar de la seguridad en sí misma que había mostrado hacía un rato, se sintió terriblemente vulnerable.

Si aceleraba el paso... Si echaba a correr... ¿Correría él tras ella? Becky tenía las piernas largas y, en el colegio, había ganado los cien metros lisos, pero desde lo del virus había perdido toda la energía.

El pánico se apoderó de ella, impidiéndole razonar con lógica. Volvió la cabeza, volvió a ver aquella figura oscura y echó a correr. Y él también. A pesar de su victoria en los cien metros lisos, su perseguidor le dio alcance inmediatamente.

Durante unos momentos, sintió puro terror cuando él le puso la mano en un brazo.

Becky luchó como un gato hasta que una profunda y ronca voz dijo:

—Cálmate. ¿Estás buscando que te maten o te violen, Becky?

Becky se volvió y miró a Matt, sintiéndose tonta y enfadada de repente. Y también enormemente aliviada.

— ¡Eres tú! —exclamó furiosa—. ¿Creías que el divorcio te iba a salir más barato si conseguías que me diera un ataque al corazón?

—No se me había ocurrido —la sonrisa de Matt era cruel—. Estaba sentado en la cubierta del barco, tomando una copa, cuando te he visto pasar. Como es natural, me he visto obligado a seguirte con el fin de asegurarme de que no te pasara nada.

— ¡Pues muchas gracias! No sé cómo he podido sobrevivir estos dos años sin ti.

El amargo sarcasmo de ella no provocó una visible reacción.

— ¿Qué te pasa, no podías dormir, Becky?

—Está claro que no. Y, al parecer, tú tampoco.

Matt inclinó la cabeza lentamente. Con expresión pensativa, se fijó en la palidez de Becky y en el esfuerzo que parecía hacer al respirar.

— ¿Qué te pasa, Becky? Tienes aspecto de estar enferma.

—Me sentía perfectamente hasta que has aparecido —pero era dolorosamente consciente de lo que le costaba mantener el equilibrio, de la forma en que se balanceaban los barcos y de las repentinas náuseas que sentía—. La verdad es que... creo que no me encuentro muy bien.

Con horror, Becky se dio cuenta de que se iba a desmayar. Antes de caer, Matt la tomó en sus brazos y la llevó a su barco como un pirata con un nuevo tesoro.

Capítulo 3

N O SÉ LO que ha salido mal en nuestro matrimonio, Becky, pero la separación no te ha sentado muy bien —dijo Matt en tono frío mientras la depositaba en el sofá del cuarto de estar del barco.

—No seas tan condescendiente.

—Tienes un aspecto horrible —declaró él.

Matt se sentó delante de ella y contempló su pálido rostro y las ojeras.

— Gracias por el cumplido —respondió Becky con voz tensa.

Estaba muy enfadada con él, pero lo cierto era que se sentía francamente mal. Correr como había corrido y luego ponerse a forcejear con él la había dejado agotada y muy vulnerable.

Después de su regreso de África, se había sentido así en otras ocasiones. Ella era su peor enemigo, le había dicho Sofie. Debía descansar más, pero el problema era que descansar y no hacer nada le dejaba demasiado tiempo para pensar. Pensar… pensar en el pasado, en el desastre de su relación con Matt, ése era su peor enemigo.

—Me encuentro bien, estoy en proceso de recuperación —añadió Becky en tono bajo.

Matt pareció considerar sus palabras. Sintió la azul mirada de él recorrerle el cuerpo. Parpadeó ligeramente al recordar que no llevaba ropa interior, había salido de la habitación casi corriendo, escapando de los mosquitos.

Se colocó los brazos por delante del pecho. A pesar del cansancio, era plenamente consciente de la presencia de él. ¿Qué tenía eso de extraño? ¿No le había ocurrido siempre? No recordaba ni un solo momento en el que no hubiera sido consciente de la presencia de Matt Hawke.

Sentado delante de ella en el barco, la oscura presencia de él la puso tensa. Le resultaba casi imposible creer que estaba casada con él, que aún seguía siendo su marido, que durante seis meses habían llevado una vida de matrimonio. Matt era como un desconocido. Frío, enigmático, peligroso… lo que siempre había sido.

—Sofie debe de haberse vuelto loca al dejarte servir las mesas del Old Mill en este estado.

— ¿Vas a dejar este tema de una vez? —preguntó ella furiosa—. He sido yo quien ha insistido en ayudarlos. Están teniendo problemas económicos este verano, se merecen toda la ayuda que se les pueda dar.

Becky se mordió los labios, había hablado más de la cuenta, pero ya era demasiado tarde. Matt se frotó la barbilla despacio.

— ¿Qué tipo de problema económico tienen?

Ya no tenía sentido mentir, pensó Becky apesadumbrada. El secreto ya había salido a la luz.

—El contrato de arrendamiento del restaurante está a punto de expirar y sólo tienen dos alternativas: comprar o dejarlo. Después de haber levantado ese restaurante y de que vaya tan bien como va... Es una injusticia.

— ¿Cuándo vence el plazo?

—Al final de la temporada de verano.

Becky no pudo contener un bostezo. El agotamiento estaba apoderándose de ella, imposible vencerlo.

— ¿Y cómo les ayuda económicamente que tú vayas de mesa en mesa llevando platos?

— ¿No has oído hablar de algo que se llama apoyo moral? —le espetó Becky.

No, era evidente que Matt no había oído hablar de semejante cosa. En caso contrario, ella no habría sufrido la terrible soledad que sintió cuando tuvo un aborto natural; no se habría sentido abandonada, despreciada y un objeto innecesario en la vida de Matt Hawke.

—Estás muerta de cansancio —declaró Matt con gesto inexpresivo —. Necesitas unos días de mucho descanso y vida sana.

— ¿Desde cuándo te has convertido en un amante de la salud? — preguntó Becky irritada, pero al mismo tiempo casi incapaz de mantener los párpados abiertos—. ¿No eres el típico hombre de negocios siempre con estrés?

Matt ignoró sus palabras.

—Puedes pasar aquí el resto de la noche.

— ¡No!

— ¿Por qué no? —Matt la estaba levantando y la guió por el velero —. No estás en condiciones de ir andando hasta casa de Richard y Sofie. Si lo que te preocupa es que intente seducirte, te aseguro que esta noche estás a salvo, no me gusta el sexo con un cadáver.

—Eres todo un caballero —consiguió responder ella amargamente —. Siempre tan galante.

—El baño está aquí, da al dormitorio —anunció Matt al tiempo que abría una puerta de caoba que daba a un pequeño cuarto de baño perfectamente equipado—. ¿Vas a actuar con sentido común o voy a tener que encerrarte con llave?

—Matt...

—Vamos, no te asustes —Matt la miró con cinismo mientras Becky se sentaba en la cama doble y temblaba de frustración y agotamiento —. Acuéstate y duérmete. ¡Es una orden!

De puro cansancio, Becky no contestó tras aquella muestra de arrogancia. Se tumbó en la cama y la oscuridad se cerró sobre ella a

tal velocidad que se quedó dormida en el momento en que puso la cabeza en la almohada.

Se despertó desorientada, nada le resultaba familiar, ni siquiera identificable. Había estado soñando que volaba y flotaba en el aire, donde una ráfaga de viento le había acariciado el rostro como si fuese agua.

Ahora, tumbada boca arriba y sintiéndose aún como si el cuerpo no le pesara, intentó averiguar dónde estaba, dónde acababa aquel curioso sueño y empezaba la realidad. Poco a poco, recordó. Había pasado la noche en el barco de Matt. El sol se filtraba por el ventanal del techo y el yate se balanceaba... ¡Se estaban moviendo!

Se levantó de la cama, se quitó la cinta elástica que le recogía la cola de caballo y se pasó los dedos por los cabellos antes de entrar en el cuarto de baño, donde se lavó la cara con abundante agua. Después, con las ropas arrugadas después de haber pasado la noche con ellas, abrió la puerta de la cabina.

Al otro lado del salón, con su mesa de madera de caoba y sus bancos a modo de sofás, vio la escalerilla que daba a la popa del yate, y también vio a Matt al timón. Llevaba zapatos con suela especial para andar en la cubierta del barco, unos pantalones y una camisa blanca sin cuello. El viento le revolvía el cabello. Tenía aspecto relajado, despreocupado y autosuficiente.

Becky no podía creer lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo se había atrevido? Casi ciega de ira, cruzó el salón y se dio un golpe en el muslo con la esquina de la mesa, lanzó una maldición. Pero continuó su camino, llegó hasta la escalerilla y salió a cubierta para enfrentarse a él.

Matt, la miró con tranquilidad y continuó al timón como si no pasara nada, lo que enfureció a Becky aún más.

— ¿Qué estás haciendo? —hizo un ímprobo esfuerzo para no gritarle.

—Navegar.

—Eso ya lo veo.

Becky se acercó a él y lo miró con furiosa impotencia. El viento le revolvió el cabello, que se le vino a la cara. Becky se retiró el pelo de los ojos con gesto impaciente y luego miró a su alrededor salvajemente. Estaban en alta mar, a pesar de que a lo lejos, en el horizonte, aún se divisaba tierra en varias direcciones. Por fin, optó por utilizar un tono sarcástico y tranquilo.

— ¿Se te había olvidado que estaba a bordo?

—No.

El rostro de Matt era una máscara ilegible, pero la forma en que apretaba la mandíbula hizo que a Becky se le encogiera el corazón.

Reconocía esa expresión, era pura y obtusa determinación.

—En ese caso, creo que será mejor que des la vuelta y me lleves a Skopelos.

Él sacudió la cabeza y sonrió ligeramente.

— ¡Matt, esto no tiene gracia!

—No se trata de una broma.

— ¿Adonde vamos?

—Me apetecía ir de isla en isla.

Becky agrandó los ojos desmesuradamente.

— ¿Y yo? Resulta que a mí no me apetece ir de isla en isla. No tienes vergüenza... salir así a navegar sin preguntarme si quiero ir o no. ¡Ir de isla en isla!

—Becky, cállate y prepara el desayuno, ¿de acuerdo?

— ¡No voy a callarme! ¡Y prepárate tú solo tu maldito desayuno! Y si no has dado la vuelta para cuando haya terminado de darme una ducha, te prometo que te...

— ¿Qué? —Matt sonrió maliciosamente y sin muestras de arrepentimiento.

A Becky se le ocurrió que Matt disfrutaba siendo arrogante y autoritario. La ira se mezcló con la desesperación.

— ¡Si no lo haces tú, le daré yo misma la vuelta al barco! —exclamó amargamente al tiempo que se daba la vuelta y entraba en la cabina con piernas temblorosas.

¡Vaya una amenaza! Pensó mientras se quitaba la ropa violentamente y se metía en la pequeña ducha. Colgada de una cuerda, había una botella con un gel de color verde que también le sirvió de champú. Olía a limón y a hierbas silvestres, la clase de aroma que se olía en las soleadas colinas de las islas griegas.

Becky se negó a tranquilizarse, la ira era una poderosa emoción y, en esos momentos, estaba tan irascible que se creía capaz de cualquier cosa.

Utilizó una buena cantidad de gel, quería limpiarse bien. Encontró unas toallas blancas limpias en un pequeño armario encima del lavabo y se secó con violencia. Encontró un tubo de pasta de dientes en el vaso donde estaba el cepillo de dientes de Matt, se puso un poco en el dedo y se lavó los dientes.

La habían secuestrado, era así de simple. El secuestro era un delito, ¿no? ¿Conseguiría que lo arrestasen? Soñó despierta con un Matt con esposas en medio de dos policías griegos que lo arrastraban hasta una comisaría. Conociendo a Matt, con sus contactos, estaría libre en cuestión de segundos.

Mientras se volvía a poner la misma ropa y se preparaba para salir a cubierta de nuevo, notó un cambio en el ritmo de navegación. Poco

a poco, el barco se detuvo. ¿Se había echado Matt atrás? ¿Se estaba preparando para volver?

Con la dignidad que pudo, Becky salió a investigar. Una vez en la cubierta, evitando los ojos de Matt, vio que habían anclado delante de una cala desierta. Delante de ellos, a unos cientos de metros, había una isla rocosa. Olivos silvestres y unos arbustos parecían ser la única vegetación de la isla. El viento llevaba aroma a tomillo.

—Un buen sitio para desayunar —comentó Matt con tranquilidad antes de dirigirse a la cocina, donde abrió el pequeño refrigerador—. Como no pareces inclinada a cocinar, lo haré yo. ¿Tienes hambre? Yo estoy muerto de hambre.

—No podría probar bocado. Matt, esto ya ha ido demasiado lejos. ¡Llévame ahora mismo de vuelta a Skopelos!

Matt se enderezó y contestó a su furiosa mirada con una fría. El brillo de sus ojos era burlón, pero obstinado.

—De ninguna manera. Considera este viaje como una terapia que se te ha impuesto, Becky. Se te prohíbe volver a la civilización hasta que no hayas engordado dos o tres kilos y tengas un poco más de color en las mejillas.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? ¡No puedes raptarme ni obligarme a comer!

Becky se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a reír por lo ridículo de la situación. ¿Matt Hawke preocupado por su salud y autonombrándose su enfermero? Debía de estar soñando... o padeciendo una pesadilla.

—Obligarte a comer podría presentar problemas —admitió él cínicamente, aunque con humor—. Pero el rapto ha sido muy fácil. Acepta la situación, Becky.

— ¡Prefiero morir! —le espetó ella—. ¡Ya verás cuando mi abogado se entere de esto!

—El divorcio es un proceso muy complicado —observó Matt al tiempo que echaba cuatro lonchas de bacon en una sartén y las movía con una espátula de madera.

El olor a bacon era maravilloso, Becky no se había dado cuenta hasta ese momento del hambre que tenía.

— ¿De qué estás hablando?

—Necesitas estar fuerte para poder aguantarlo —concluyó él haciendo un esfuerzo por no sonreír—. Ahora mismo, ni siquiera podrías hervir un huevo.

Becky se sentó en el último escalón de la escalerilla y se lo quedó mirando con creciente pánico. Hablaba en serio. Matt Hawke la había raptado y se negaba a llevarla de vuelta a la civilización.

—Un momento, ¿no dijiste ayer que tenías que ir a Atenas hoy por

la mañana? —preguntó Becky tratando de ser razonable.

Quizá se le había olvidado.

—Lo he retrasado. ¿Un huevo o dos?

Becky apoyó el rostro en las manos y cerró los ojos con gesto de desesperación.

—No quiero huevos.

Dejó caer la cabeza y, cuando volvió a levantarla, vio que Matt había echado cuatro huevos en la sartén.

—Matt... Sofíe debe de estar muy preocupada por mí.

—Ya me he encargado de eso, he enviado un mensaje por radio al encargado del muelle, me ha dicho que iba a llamar por teléfono a tu hermana inmediatamente.

—Qué eficiente. Dime, ¿cuánto tiempo piensas que pasemos aquí?

—El tiempo que sea necesario. ¿Quieres té o café?

—Siempre tomo té en el desayuno. Por supuesto, no esperaba que lo recordases.

— ¿Leche y azúcar?

Matt la estaba provocando deliberadamente, pero Becky no pudo controlar su indignación.

—Sigo tomándolo con leche y sin azúcar, Matt —le contestó con excesiva educación.

Matt apagó el fuego y comenzó a servir el desayuno en dos platos. Mientras los llevaba a la mesa, lanzó a Becky una fugaz mirada.

—Si dejas a alguien de improviso y no das señales de vida en dos años, Becky, no deberías esperar que se acuerden de cómo te gusta tomar el té.

Becky se levantó y lo miró débilmente. De repente, el silencio se cargó de recriminaciones que ninguno de los dos pronunció, pero era tan denso que casi se podía tocar.

—El pasado ya es historia, Matt —dijo ella por fin. Le vio colocar los cubiertos en la mesa antes de sentarse y comenzar a comer el apetitoso bacon con huevos—. No tiene sentido volver a hablar de ello.

—Puede que no —Matt se encogió de hombros fríamente—. Vamos, siéntate a desayunar.

Becky consideró tirarle el plato a la cabeza, pero el hambre pudo más que el orgullo. No era sólo hambre, pensó mientras caminaba hacia la mesa, se sentía como si no hubiera probado bocado durante semanas. Por fin, se sentó frente a él y comenzó a tomar la primera comida con Matt en dos años.

—Bueno, cuéntame qué es lo que has estado haciendo —sugirió él en tono casual después de haber comido en silencio durante un rato—. ¿Dónde has estado escondiéndote de mí?

— ¿Escondiéndome de ti?

Becky ya casi había acabado su plato de comida, y tenía que admitir que Matt la había sorprendido al cocinar, no sabía que supiera hacerlo. Además, el desayuno era exquisito.

Se lo quedó mirando con creciente incredulidad.

—No empieces a decirme que te importaba dónde estaba y si estaba escondiéndome de ti o no. Me sorprende incluso que notases que me había marchado. No necesitaba esconderme de ti, sólo te vi unas cuantas veces durante el tiempo que estuvimos casados.

—Estás exagerando, Becky —contestó Matt al tiempo que colocaba el tenedor y el cuchillo a un lado del plato después de haber acabado.

— ¡No, no estoy exagerando! Tuvimos nuestra loca relación amorosa entres tus viajes a Nueva York, Hong Kong y… y, por lo que yo sé, el planeta Zog… y me quedé embarazada y nos casamos. Perdí el niño y punto. ¡El famoso marido desaparecido!

Un extraño brillo apareció en los ojos de Matt, pero Becky no sabía qué estaba pensando. Eso era lo que le ponía tan nerviosa de Matt, pensó súbitamente. Nunca había sabido lo que le motivaba.

—No desaparecía, viajaba al extranjero por motivos de trabajo — señaló él con calma—. Podrías haberme acompañado.

—Sí, claro. ¡Y podía haber jugado a hacer de carabina contigo y Su Lin!

Matt se levantó bruscamente, recogió los platos, los metió en el pequeño fregadero y llevó dos tazas de té a la mesa.

—Sin embargo, preferiste quedarte en casa y hacerte la esposa neurótica y abandonada.

Ella se lo quedó mirando con el rostro pálido.

—Eso no es verdad.

— ¿No? —los azules ojos de Matt se empequeñecieron—. ¿No preferiste quedarte en Hampstead y llorar en el hombro de Ted Whiteman la pérdida de tu carrera como modelo?

—Eso no es justo —dijo ella en un ronco susurro—. ¡Sabes perfectamente que no es justo, Matt!

Becky empezó a temblar de ira. Se levantó, lo miró fijamente con las manos en dos puños y sintió oleadas de amargura y odio mezcladas con confusión y desesperación.

—Sé lo que estás intentando hacer —anunció Becky con furia—, estás intentando echarme la culpa de nuestra separación. ¿Se trata de alguna estratagema jurídica para no tener que darme dinero cuando nos divorciemos? Vamos, dímelo, Matt. No entiendo nada de divorcios, pero estoy segura de que tú sí. Supongo que habrás consultado ya con abogados especialistas en divorcios y que te habrán dado los mejores consejos para…

Matt rodeó la mesa, le puso las manos en los hombros y la sacudió breve y brutalmente.

— ¡Para ya, Becky! ¡Te estás poniendo histérica!

— ¿Histérica? Claro, muy conveniente llamarme histérica cuando digo cosas que no te conviene que diga. ¡Suéltame!

Becky comenzó a forcejear para librarse de él, pero Matt se lo impidió. Con un movimiento, la apresó en sus brazos y bajó la cabeza con decisión. La besó duramente, con castigadora exigencia, en la boca.

El contacto fue como el efecto de un rayo, penetrante y abrasador. La indignación la hizo quedarse como una estatua en los brazos de él. Matt profundizó el beso, intensificándolo. Becky no pudo evitar responder. Se sintió humillada. ¿Cómo podía provocarla así? ¿Tan rápidamente? ¿Con tanta arrogancia?

La piel se le erizó al sentir las fuertes manos de él en el vientre, en el estómago, debajo de sus senos. La cabeza le dio vueltas. Su mente había perdido el contacto con su corazón, pero estaba perfectamente ligada a sus instintos más básicos. Y éstos estaban ardiendo, abandonándose con desvergonzado entusiasmo al placer físico que Matt siempre provocaba.

—Matt, esto no va a solucionar nada—consiguió decir ella con voz ronca.

Pero tembló junto a él. Le puso las manos en los hombros y luego, involuntariamente, se arqueó contra él.

Matt alzó la cabeza y contempló los ojos de ella, su ruborizado rostro y sus labios entreabiertos. La respuesta de Matt fue un gruñido ronco de espeso deseo. Mientras atraía los labios de ella hacia los suyos, Becky sintió la inconfundible amenaza de la erección de Matt, dura y poderosa contra su estómago. Él la estrechó en sus brazos con más fuerza, apretándola aún más contra sí, colocándola entre las piernas, observando cómo sus pupilas se dilataban.

—Puede que no, pero es mucho mejor que discutir—contestó Matt con voz rasposa.

—Matt...

Él volvió a cubrirle la boca con la suya y, esta vez, la pasión de Matt la sobrecogió, la envolvió como una ola inmensa. A pesar de sí misma, fuera de sí, se vio arrastrada por él, ahogándose con él. Matt tiró hacia arriba de la camiseta de Becky y se la sacó por la cabeza. Respirando costosamente, ella se tembló bajo la ardiente mirada azul que se paseaba intensamente por sus femeninas curvas.

—Demasiado delgada, pero todavía hermosa. Sigues teniendo el cuerpo más maravilloso que he visto nunca, Becky.

Becky se dio cuenta de que él también estaba temblando; sin

embargo, debía tener pleno control de sus emociones porque jamás lo perdía. Pero ni el resentimiento ni el orgullo herido pudieron frenar a su traicionero cuerpo. Dejó que Matt la tumbara en el suelo. Lo único en lo que podía pensar era en el aroma varonil de él, en su esbelto cuerpo junto al suyo, y recordar el peso y la musculatura de sus miembros.

Matt Hawke era un metro ochenta y cinco de fuerza masculina. La clavó al suelo mientras se apoderaba de uno de sus pechos con la boca. Le chupó un pezón y luego el otro, irguiéndolos con las caricias de la lengua y los dientes hasta hacerla gritar de deseo, fuera de sí.

Había un ardiente brillo de ira en los ojos de Matt cuando la miró. ¿Ira? ¿O venganza?

Con impaciencia, Matt comenzó a tirar hacia abajo de los pantalones de Becky, dejando al descubierto el sedoso y liso vientre y el comienzo de los rizos del monte de Venus.

—Dios mío… —la voz de él estaba llena de puro deseo—. He pasado dos años enteros deseando tenerte así, señora Hawke…

El suave y peligroso tono de voz de Matt hizo que Becky recuperara el sentido. Mientras le colocaba una rodilla con decisión entre las piernas, el sentido de supervivencia de Becky volvió a ella. ¿Qué demonios le pasaba? ¿No había pasado dos años jurándose a sí misma que jamás volvería a permitir que Matt se adueñara de ella?

Justo a tiempo, comenzó a luchar para protegerse del suicidio emocional que supondría entregarse a Matt. A pesar del calor de su cuerpo y del picor de sus pechos, consiguió empujarlo violentamente y apartarse de él.

— ¡Para, Matt! —exclamó con una mezcla de firmeza y temor.

Matt no tenía vergüenza. ¿Era tan falto de principios como para conseguir lo que quería y humillarla hasta el punto de…?

— ¿Que pare? —dijo él en ton burlón—. ¿Es eso lo que realmente quieres?

— ¡Sí!

—De acuerdo —muy despacio, con párpados pesados, Matt comenzó a levantarse—, si eso es lo que quieres…

—Sí, eso es lo que quiero —contestó ella con los ojos llenos de lágrimas.

¿Por qué estaba llorando?

Pero antes de levantarse del todo, Matt, descaradamente, le puso una mano en su cálido sexo. Becky contuvo la respiración, humillada, cuando él notó su femenina humedad. Sus dedos acariciaron todos sus secretos.

— ¡Sinvergüenza! —dijo ella temblando.

Se vio recompensada con una brillante sonrisa, la sonrisa de un

bandido.

—Aún eres mi esposa —le recordó él con cinismo y voz espesa aún por el deseo—. Y si fueses sincera, señora Hawke, reconocerías que no querías que parase.

—Si alguna vez he tenido dudas de haberte dejado, se acaban de desvanecer —le espetó ella con voz tensa—. No tienes ni un ápice de caballerosidad. Utilizas a la gente. Tienes que ganar siempre a toda costa. Bueno, pues esta vez vas a perder, Matthew Hawke. ¡Y si crees que voy a ceder a tus encantos, sigue soñando!

Capítulo 4

EN MI OPINIÓN, podemos hacer dos cosas: o luchar como el perro y el gato, o comportarnos como dos seres civilizados —dijo Matt tumbado en la cubierta del yate.

—Qué curioso, se te ha olvidado una tercera opción —le recordó ella fríamente—. También puedes dar la vuelta al barco y volver a Skopelos. Una vez allí, me dejas en paz y sigues con tu vida de alta sociedad.

Ella estaba sentada en el otro extremo de la popa, mirando con envidia las invitantes aguas del Egeo que bañaban la cubierta del barco plácidamente. No sólo estaba prisionera en el barco de Matt, sino que además sólo tenía esos pantalones y la camiseta. Y desnudarse para darse un baño en el mar era impensable, con Matt observándola como un ave de presa.

Tras el incidente después del desayuno, Becky se había metido en la habitación, llena de frustración y de ira. Pero el calor cada vez se había hecho más sofocante y la había forzado a salir y a enfrentarse a él una vez más.

El día anterior le había dicho a Matt que había madurado en los dos años que llevaban separados, ya era hora de que lo demostrase. Seguía enfadada por la humillación que había sufrido, pero tenía que hacer algo. Quizá no fuese muy inteligente por su parte mostrarle sólo lo enfadada que estaba. Quizá consiguiese más si esperaba a que llegara el momento oportuno para golpear...

—No he salido mucho últimamente —dijo él en tono ligero.

Estirado todo lo largo que era, Matt se colocó los brazos debajo de la cabeza. Se había puesto unas oscuras gafas de sol, lo que hacía que su mirada fuese totalmente impenetrable.

— ¿No? Sí, vale, te has tomado unas semanas de vacaciones para navegar —atacó ella sarcásticamente—. Pero ayer mismo dijiste que ibas a ir a Atenas de viaje de negocios.

—No te he dicho que me haya convertido en un holgazán —murmuró él.

—No, claro. Para holgazanear uno necesita saber lo que es sentarse y estarse quieto —insistió ella—. La gente, en las casas, tiene cosas como sillones y sofás para sentarse y relajarse. Tú ni siquiera sabes lo que es eso.

— ¿Quieres decir que es por eso por lo que me dejaste, Becky? —Matt levantó la cabeza y la miró por detrás de las lentes oscuras—. ¿Porque no me sentaba contigo y veía la televisión dándote la mano?

Becky se puso en pie. Controlar su ira iba a ser una tarea

sobrehumana, pensó apesadumbrada. Pero ponerse histérica era seguirle el juego. Matt debía de estar divirtiéndose sobremanera.

—Lo siento, Matt, pero creo que has visto demasiada televisión —dijo Becky con voz queda—. Esta situación es típica de una serie televisiva. No sé qué esperas ganas con ello, pero...

—Tiempo —respondió Matt en voz baja—, eso es lo que espero ganar.

Becky se puso rígida y lo miró fijamente. De repente, sintió que se le secaba la garganta.

— ¿Tiempo? ¿Qué quieres decir con eso de que quieres ganar tiempo? —preguntó ella fríamente—. ¿Tiempo para qué?

—Tiempo para que dejes de parecer una refugiada de un campo de concentración —contestó Matt en tono inexpresivo—. Ya te lo he dicho, me tienes preocupado.

Era inútil, pensó Becky pasándose las manos por los cabellos antes de dejar caer los brazos con desesperación.

—Si me tienes aquí mucho más tiempo, te prometo que perderé más peso todavía —consiguió decir ella por fin, manteniendo la voz fría y razonable—. Y... y probablemente pille media docena de enfermedades producidas por el estrés. Eso, si no me muero primero de aburrimiento o me comen los tiburones cuando me tire por la borda para escapar.

—No hay tiburones de los que se comen a la gente en el Egeo. Y creo que ya es hora de continuar el viaje —anunció Matt al tiempo que se ponía en pie con un movimiento ágil.

Cuando estuvo al lado de Becky, anunció con una sonrisa:

—Creo que voy a ponerme unos pantalones cortos, está empezando a hacer mucho calor.

—Y otra cosa—dijo ella a espaldas de Matt apretando los dientes—, ¿qué es lo que se supone que me voy a poner de ropa? La única ropa que tengo es la que llevo puesta.

Matt volvió la cabeza y sonrió provocativamente.

—Y te sienta muy bien, señora Hawke.

— ¡Matt, estoy hablando en serio!

—Lo más seguro es que tenga algo que te valga. Una mujer que estuvo navegando conmigo unos días dejó algo de ropa aquí. Ahora mismo voy a echar un vistazo.

Incapaz de contestar, Becky le vio desaparecer en la cabina. Era increíble. Su arrogancia y su falta de sensibilidad no tenían límites. Casi paralizada de rabia, esperó hasta que volvió a hacerse con el control de sus sentimientos y después fue en su búsqueda.

—Aquí está —Matt salió del dormitorio con un puñado de ropa en la mano, él no llevaba nada puesto.

Becky respiró profundamente y lo miró. La sugerencia de Matt de prestarle ropa de otra mujer la había puesto furiosa; pero, al mismo tiempo, sentía otra cosa al ver a Matt completamente desnudo.

Su rostro enrojeció y se maldijo a sí misma por ser tan inocente. Estaban casados; en ese caso, ¿por qué se había puesto tan nerviosa al verlo desnudo?

No podía apartar los ojos de los poderosos músculos de sus piernas, de la esbelta fuerza de sus hombros, del liso abdomen, de la zona del pecho donde el vello era escaso para espesarse en una línea descendente hasta hacerse denso en la zona de los genitales.

—Creo que esta ropa es de tu talla —comentó Matt mientras examinaba un bonito traje de baño en tonos azules y violetas, un par de pantalones cortos verde botella y un par de camisetas de color crema sin mangas—. Está bastante bien, ¿no te parece?

Matt le tendió el traje de baño, su mirada azul había adquirido una expresión burlona al contemplar el encendido rostro de Becky.

—Compró esta ropa en Creta y...

— ¿Esperas que me ponga la ropa que ha dejado una mujer con la que has tenido una aventura? Debes de estar loco. ¡Y ponte algo encima, por el amor de Dios!

Al ver la expresión indignada de Becky, Matt se echó a reír.

— ¿Es posible que estés celosa? ¡Y te has ruborizado! Todavía somos marido y mujer, cielo. ¿O es que te has vuelto una puritana?

—No soy una puritana y no estoy celosa de ninguna otra mujer. Estoy... asqueada. Aunque no comprendo por qué consigues sorprenderme aún.

—Estoy empezando a cansarme de la deplorable opinión que tienes de mí —le dijo Matt en tono suave, el humor desvaneciéndose de su rostro—. Sin embargo, puede que te ayude a bajarte de ese pedestal de orgullo y dignidad saber que esta ropa es de mi hermana Carrie.

— ¡Oh!

Becky enrojeció aún más si cabía.

—La ropa está limpia y es relativamente nueva —continuó Matt con calma—, Y Carrie dejó la ropa en el barco porque pensó que quizá su marido y ella volverían al cabo de unos días. ¿Es lo suficientemente respetable para ti, Becky?

Con manos temblorosas, Becky aceptó las ropas que él le ofrecía.

— ¡Podías haberlo dicho antes!

La proximidad de Matt, su tamaño y su potente virilidad, estaban haciendo que la sangre le corriese por las venas a una velocidad vertiginosa.

— ¿Desde cuándo crees nada de lo que yo digo?

Apartando la mirada de él, Becky se dirigió a la habitación y cerró

la puerta. Tenía la garganta seca y estaba ardiente y temblorosa. Matt siempre había tenido la habilidad de sacarla de sí, pero había esperado con toda su alma haberlo superado. ¡Una esperanza vana! Estaba aterrorizada. Allí con él, en los limitados confines del barco, iba a necesitar una fuerza de voluntad sobrehumana para esconder la reacción que él le producía. Pero tenía que hacerlo. No podía permitirle que se le acercara demasiado. Jamás soportaría volver a sufrir lo que había sufrido ya.

El traje de baño le sentaba a la perfección. Se miró en el espejo que había en la puerta del cuarto de baño y observó el precioso corte y estilo de la prenda con aprobación.

Pero su mente estaba en otro lugar, en el pasado. El nombre de Carrie la había hecho recordar; no a Carrie en concreto, aunque le gustó mucho cuando la conoció. Inteligente y bonita, con cabellos oscuros y ojos azules, se parecía mucho a Matt; sin embargo, sólo la vio el día de su boda con Matt.

Imágenes de aquel día… el día en que ella y Matt pronunciaron sus votos matrimoniales en la pequeña iglesia asaltaron su mente. Se vio a sí misma caminando con rostro radiante hacia el altar envuelta en su vestido de seda color marfil. Olió el polvo de la vieja madera, las húmedas losas de piedra, el incienso y los crisantemos y las dalias.

El sol de un día sorprendentemente cálido del mes de octubre se filtraba por las cristaleras de detrás del altar proyectando sombras de colores en el suelo y en los invitados. Vio la sobrecogedora anchura de los hombros de Matt delante del altar y su moreno y aquilino perfil cuando volvió el rostro para verla acercándose a él.

Ella llevaba el pelo suelto, unos delicados capullos de rosas adornándole la cabeza, y estaba embarazada de ocho semanas. Aquel día era la culminación de una apasionada y tempestuosa relación que había durado tres meses.

Todo empezó en agosto, la tarde en que Matt se presentó en su casa. Acababa de llegar de Hong Kong… y ahora Becky, con amargura, sabía que volvía de estar en los brazos de Su Lin. Sin embargo, en aquel entonces, no sabía que Matt era novio de aquella rica chica china.

—Es la época de los tifones —fue lo único que Matt le dijo de Hong Kong—. He dejado a un colega allí para que se encargue de la segunda ronda de las negociaciones. Estoy harto de las tormentas tropicales… y quería hacer el amor contigo.

La franqueza de su mirada, el fuego de su pasión la hizo temblar de deseo. Interrumpió sus indignadas protestas y sus avergonzadas disculpas por el estado de su habitación, retiró los libros y las ropas de encima de la cama y después, tomándola en sus brazos, la tumbó encima de la verde colcha con tal arrogante y cómica precisión que

ambos se echaron a reír.

La besó y las risas cesaron. La desnudó lentamente y, cuando le hubo desabrochado todos los botones, ella se derritió en sus brazos como la mantequilla en una sartén.

Por fin, temblando de impaciencia, Becky lo contempló mientras se quitaba el traje crema de lino y la camisa blanca para permitirle pasear la mirada por su gloriosa fuerza masculina el tiempo suficiente antes de poseerla con una pasión casi violenta, reclamando su virginidad para sí mismo.

—Hace mucho tiempo que nada me sorprendía relacionado con el sexo —murmuró él con voz ronca cuando la breve y fiera batalla hubo terminado—. He de confesar que estoy sorprendido.

— ¿Porque era virgen?

—Sí —respondió él en tono burlón, pero con dura ternura—. ¡Tonta! ¿Por qué no me lo has dicho?

— ¿Cómo iba a saber que querías saberlo?

—Sé que tu madre ha muerto hace años, pero Sofíe podría haberte explicado ciertos hechos de la vida, ¿no te parece?

—Conozco los hechos de la vida, imbécil.

—Calla, estoy bromeando. Eres adorable, deseable, perfecta en todos los sentidos... —murmuró él con voz espesa mientras comenzaba a acariciarla de nuevo.

Movió las manos por los brazos de Becky, por sus piernas, pechos, muslos... le acarició los lugares secretos que volvieron a hacerla exigir una nueva satisfacción que casi la hizo morir de placer.

Becky se vio ahora reflejada en el espejo. La persona que era en el pasado, irresponsable, optimista, romántica, que creía en un futuro de color rosa, completamente enamorada de aquel hombre moreno y poderoso que la había vuelto loca, había muerto.

Ahora sabía que lo que ella había sentido por Matt no era recíproco, que el deseo que le había hecho presentarse en su apartamento aquella tarde a la vuelta de Hong Kong respondía a un deseo de conquistar y poseer, acompañado de la excitación que provocaba lo nuevo. Riesgo, aventura, juego, ansias de poder... ésas eran las cosas de las que Matt Hawke era adicto.

La mayor equivocación de Becky fue permitirle que le hiciera el amor. Su segunda equivocación había sido decirle, a las seis semanas de su primera noche juntos, que aquella noche se había quedado embarazada, que iba a concebir a su hijo.

En vez de empezar su segundo año en la universidad, aquel mes de octubre Becky recorrió el pasillo de la iglesia hacia el altar. Abandonó sus estudios y sus aspiraciones como modelo, perdida en el idilio romántico de convertirse en la señora de Matthew Hawke.

— ¿Becky? —la voz de Matt la sacó de su ensimismamiento, se oyeron unos golpes en la puerta—. ¿Estás bien?

Becky apretó los labios, agarró los pantalones cortos y se los puso mientras recuperaba la compostura.

—Sí, estoy bien, gracias —consiguió responder con calma—. ¿Qué quieres?

—Sólo quería saber si no te habías mareado o algo así —contestó él—. Y si no estás mareada, ¿te importaría salir y preparar un café?

—Lo que tú digas, para eso eres el capitán —el sarcasmo de ella no obtuvo respuesta.

Después de ponerse una de las camisetas sin mangas, Becky salió del camarote y cruzó el cuarto principal.

Matt estaba de nuevo al timón. Se había puesto algo de ropa, notó ella con alivio; al menos unos pantalones cortos. El torso seguía desnudo, brillando como el bronce bajo la luz del sol. Becky tragó saliva y apartó la mirada de él rápidamente.

— ¿Solo o con leche? —preguntó ella.

—Solo, con una nube de leche y sin azúcar —contestó él con cierto humor—. Y no esperaba que recordases algo tan trivial, Becky.

Becky salió a cubierta con dos tazas y se sentó tan lejos de él como le fue posible, parpadeando por la luz del sol.

—Debe de haber algunas gafas de sol por ahí —comentó Matt cuando la vio parpadear.

— ¿También de Carrie?

—Lo más seguro. Ve a ver si están en la mesa de los planos.

Becky bajó, encontró unas gafas y se las puso. De vuelta en la popa, el café le pareció revitalizante, al igual que lo era la vista. Sintió un momento de calma y paz. El aire era puro y las distantes islas indescriptiblemente hermosas. Matt era un sinvergüenza, pero al menos parecía mostrar cierto grado de preocupación por su bienestar. Era difícil no relajarse un poco...

—Bueno, cuéntame, ¿dónde has estado este tiempo? —preguntó Matt sentándose frente a ella después de poner el piloto automático—. ¿Qué has estado haciendo durante estos dos años?

—He estado en África —bebió un sorbo de café y observó la expresión incrédula de él.

— ¿África? ¿Qué demonios estabas haciendo en África?

—Trabajar.

— ¿En qué?

—Trabajo voluntario en una zona asolada por el hambre. He estado ayudando a gente... sobre todo, a niños, a bebés.

Becky sintió que se le cerraba la garganta al recordar su estancia allí.

Matt la estaba mirando. Tenía el sol en la espalda y sus ojos se veían intensamente azules, contrastando con el moreno de su rostro.

—Así que eso es lo que has estado haciendo... Muy distinto a pasar modelos, ¿no?

—O a estudiar psicología, ¿no te parece? —Becky no pudo evitar pronunciar aquellas palabras en tono defensivo.

—Sí.

Se hizo un prolongado silencio.

—Los niños lo pasan muy mal en muchos países —dijo él con voz queda—. ¿Por qué elegiste África?

—Porque los problemas en África me parecieron los más urgentes y los que más me afectaban.

— ¿Y no porque África te pareciese el lugar donde más lejos podías estar de mí?

Becky sintió que el rostro se le encendía. Volvió a enfurecerse, pero se controló.

— ¡Vaya un ego que tienes! De verdad crees que el mundo gira a tu alrededor, ¿no?

— ¿Y no es así? —la respuesta burlona de Matt la hizo sonreír a pesar de sí misma.

—No lo creo. Además, ¿tiene algo de malo querer ayudar a la gente?

— ¿Si no contamos el riesgo a parecer una santurrona? —preguntó él con una fría sonrisa—. Supongo que nada. Pero se te ha olvidado algo, fuiste a África a ayudar a la gente sin dejar ni una dirección al hombre que habías prometido, en una iglesia y delante de un montón de gente, amar y cuidar hasta la muerte. Te fuiste a ayudar a unos, pero les diste una patada en el trasero a otros. ¿Me equivoco en algo?

Becky se lo quedó mirando y, lentamente, sacudió la cabeza.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie, eres un experto.

La expresión de Matt se endureció.

—He oído que un aborto natural puede cambiar la personalidad de una mujer —declaró él en tono neutral—. Me casé con una chica con sentido del humor y personalidad encantadora, y acabé con una histérica sospechosa de todo.

Becky se puso tensa. Que Matt mencionase la pérdida de su hijo con esa voz clínica y desapasionada le trajo amargos recuerdos. Esa fue la reacción de Matt después de la tragedia, se mostró tranquilo, frío e incapaz de comprenderla. Jamás se había sentido tan sola como en los días posteriores a la pérdida del niño.

—Matt, no quiero hablar de eso.

Becky se quedó mirando el mar turquesa, manteniendo los ojos apartados de la intensa mirada de Matt.

—Lo sé. ¿Por qué si no ibas a perderte en África durante dos años sin mandar una postal siquiera?

—Para recuperar el respeto a mí misma —contestó ella con la calma de que fue capaz.

—Que supongo, alguien te había arrebatado, ¿no?

—Tú lo has dicho —Becky sujetaba con tal fuerza la taza de café que los dedos empezaron a dolerle.

De repente, Matt se levantó con perezosa decisión; después, se acercó a ella y le quitó la taza antes de obligarla a levantarse y a quedar de pie frente a él. Rígida, Becky intentó apartarse de Matt, pero resultó una pérdida de tiempo y esfuerzo. Matt la sujetó con más fuerza y tiró de ella hacia sí, el espacio entre sus cuerpos se hizo mínimo.

—Dime una cosa, ¿por qué no me dijiste que te ibas? —preguntó él con peligrosa suavidad—. ¿Por qué desapareciste sin decir nada, sin dejarme una nota siquiera? ¿Es que creías que soy de piedra? ¿Es que no pensaste que me volvería loco de preocupación?

—Matt, me estás haciendo daño...

— ¡Ni la mitad del daño que tú me hiciste a mí, Becky!

La cabeza le dio vueltas cuando alzó el rostro y lo miró.

— ¿En tu orgullo?

— ¿Así que crees que no tengo sentimientos?

La brutal ira de Matt se veía en la forma en que apretaba la mandíbula, en el brillo furioso de sus ojos. Con disgusto, Becky notó que había empezado a temblar.

— ¿Qué estás diciendo, que no me querías, pero que tampoco querías que nadie más me tuviera?

—Otros sí te tuvieron, ¿verdad, Becky? Otros como Ted Whiteman, ¿no? Pasaba tanto tiempo en Hampstead que acabó recibiendo allí el correo, ¿verdad?

— ¡No digas tonterías!

—El bueno y simpático de Ted, un hombro en el que apoyarte mientras el sinvergüenza de tu marido se metía en la cama con otra mujer en Hong Kong, ¿no?

La gélida burla de él la cortó como un cuchillo.

— ¡Para, para!

Después de lanzar un gruñido, Matt pareció controlar su ira. Luego, la estrechó contra su pecho y tembló antes de apoyar el rostro en la cabeza de Becky.

—Lo siento.

—No, no lo sientes —dijo ella con voz ahogada junto al cálido cuerpo de Matt.

—Becky...

Muy despacio, Matt dio un paso atrás, apartándose de ella. Bajó los brazos.

—Becky, puede que al final acabemos divorciándonos, pero nos debemos unas explicaciones el uno al otro. Hasta el momento, lo único que sé es lo que me contó Sofie mientras iba de un lado para otro buscándote.

— ¡Yo no te debo nada!

La mirada de él se tornó angustiada.

— ¡Que te crees tú eso! ¡Por si no lo sabías, también era mi hijo! ¿No se te ha ocurrido pensar que yo también lo sentí, que los padres también tenemos sentimientos?

Becky lo miró fijamente, tenía la garganta seca. Se humedeció los labios sin comprender nada. ¿Qué estaba Matt tratando de hacer? ¿Qué esperaba conseguir fingiendo que tenía sentimientos?

—Matt, cuando perdí al niño, pasaste una noche conmigo en casa y después te fuiste a Nueva York, y de Nueva York te marchaste a Hong Kong; y allí, volviste con esa chica con la que ibas a casarte antes de que yo me quedase embarazada y te estropease los planes. Os vi a los dos juntos en unas fotos de unas revistas. Lo vuestro lo sabía todo el mundo. Es la verdad y tú también lo sabes.

— ¿Serviría de algo que lo negase?

— ¡No, de nada! Este plan tuyo de que nos debemos una explicación es una arrogancia por tu parte. ¿Por qué no dejas de molestarme y admites que nuestro matrimonio fue una equivocación? ¿Por qué no das la vuelta al barco, me llevas a Skopelos y nos despedimos para siempre?

—Porque sospecho que en el fondo de nuestra relación hay algo. Quiero examinar ciertos aspectos antes de que tu abogado entre en escena y lo estropee todo.

Sin más, Matt se acercó a ella y volvió a rodearla con sus brazos.

—Y uno de esos aspectos, mi querida señora Hawke, es la forma en que tiemblas, como ahora, cada vez que te beso...

Capítulo 5

UNA LLAMA de pasión comenzó a consumirla. Era esa reacción a la que estaba acostumbrada, una reacción que le derretía los huesos y hacía que le picaran los pechos. Pero también estaba mezclada con ira y resentimiento, y tan ligada a una humillante rendición que consiguió encontrar las fuerzas necesarias para resistirse. Se aferró a su dolor y amargura, librándose de él con un empujón violento.

—Ten cuidado —le advirtió Becky con voz quebrada—. ¡No sabes lo que estás haciendo! Estoy segura de que si tuvieras que elegir entre arreglar nuestro matrimonio o que tu barco se destrozase, el barco tendría prioridad.

Matt la miró fijamente; después, soltó el aire lentamente. Sin media palabra, se volvió para mirar al horizonte. Becky se quedó contemplando su poderosa espalda, la tensión de sus músculos al moverse, la forma en que su torso se contraía y se expandía al respirar.

Por dentro, aún estaba mareada por la fuerza de aquel beso. Mientras contemplaba a Matt, se dio cuenta de que él sentía un deseo similar al suyo. No lo había fingido para vengarse de ella por haberlo dejado, la deseaba... físicamente. Y ahora estaba furioso y frustrado, controlando su frustración con una retirada. Pero Becky no era tan inocente como para sentirse halagada, el deseo sexual era un reflejo mecánico en Matt. Ojala ella fuera igual que él, en vez de temer desintegrarse si se arriesgaba a satisfacer su pasión.

— ¿Es eso lo que piensas, que esto es un intento por arreglar nuestro matrimonio? —preguntó él con voz inexpresiva cuando, por fin, rompió el silencio sin volver la cabeza.

A Becky le dio un vuelco el corazón.

—En realidad, nuestro matrimonio nunca existió —observó ella con la calma que pudo—; por lo tanto, no hay nada que arreglar. Si quieres saber mi opinión, creo que lo único que quieres es demostrarte a ti mismo que puedes tener lo que se te antoje antes de que decidas tirarlo a la basura. Se trata de vengarte de mí porque perdiste el control de la situación cuando te dejé. Se trata que nos divorciemos según tus condiciones. Se trata de tu orgullo y de tu ego. Siempre tienes que estar por encima de todo y de todos. ¿Me equivoco?

—En estos momentos... se trata de reprimir las ganas que tengo de tirarte por la borda —declaró Matt con peligrosa calma.

—Típico —cerrando las manos en dos puños defensivos, Becky consiguió continuar—. Amenazas. Ira. ¿Por qué no puedes considerar la situación con racionalidad?

—Déjate de quejarte tanto, Becky —murmuró él mientras fijaba la vista en el control automático al tiempo que ponía las manos en el timón—. Hay una cala por aquí cerca, es el sitio perfecto para anclar y pasar la noche.

—Puede que sea perfecto para ti —le espetó ella—. ¿Cuándo se te va a meter en la cabeza que no quiero estar aquí, que no quiero estar contigo?

— ¿Qué te parece si aprovechas el tiempo y me ayudas a navegar? —contestó él en forma fría y exasperante.

—Si querías una buena tripulación, deberías haber elegido a alguien que quisiera navegar. Además, creía que habías estado navegando solo la mayor parte del tiempo durante estas semanas, ¿no me habías dicho eso?

—No unas semanas, sino unos meses —Matt estaba bajando una vela, sus esbeltos músculos brillaban mientras trabajaba.

— ¿Meses?

¿Le había entendido bien? Becky agrandó los ojos y lo miró con expresión interrogante.

—Sí, tres meses para ser exactos.

A Becky le llevó unos momentos asimilarlo.

— ¿Qué ha pasado con tu trabajo? —preguntó ella por fin—. ¿Con tus viajes de negocios a lo largo y ancho de este mundo?

—Si el sarcasmo es la única forma de ingenio que practicas, no te molestes —le espetó él volviendo la cabeza brevemente.

—En serio... —la curiosidad se había impuesto a su enfado—. ¿Qué es lo que pasa, Matt?

—Todo el mundo tiene derecho a tomarse un tiempo para reflexionar —contestó él evasivamente.

Estaban aproximándose a otra isla. Había comenzado a soplar un viento fuerte, el famoso meltemi del que Sofie y Richard tanto hablaban y que, de vez en cuando, causaba grandes trastornos a las líneas marítimas que iban de isla en isla. Sin embargo, ese viento no parecía excesivamente violento, aunque llenaba las velas y los empujaba a gran velocidad hacia la isla. Pronto, apareció a la vista la arena dorada de una playa protegida a ambos lados por unas rocas y asentada al final de una colina de pinos. Las velas bajaron y Matt fue a encender el motor.

Ella lo observó con mirada ausente, pensando. ¿Acaso Matt había cambiado de profesión? ¿Pero no le había dicho que tenía que ir a Atenas en viaje de negocios? Seguía siendo el mismo Matt, por mucho que dijese lo contrario. Si tenía que elegir entre quedarse en un sitio o irse a otro, siempre se subiría al siguiente avión. Poco a poco, el velero se acercó a la isla, deteniéndose a unos doscientos metros de la

costa. Matt echó el ancla.

—Voy a darme un baño, ¿vienes?

Sin esperar, Matt se quitó los pantalones cortos y bajó por la escalerilla de la popa. Su bañador, gris oscuro, era una prenda ajustada de un tejido sedoso que dejaba poco lugar para la imaginación. Matt volvió la cabeza y la sorprendió mirándolo fijamente. Con horror, Becky se dio cuenta de que enrojecía al instante.

—No sé qué te da tanta vergüenza, Becky —bromeó él cruelmente —. Soy tu esposo, ¿no lo recuerdas? Tienes todo el derecho del mundo a mirar, y si eso te excita...

Furibunda, Becky se puso en pie echando chispas por los ojos.

—Eres un insoportable arrogante —le espetó al tiempo que le daba un empujón.

Matt perdió el equilibrio y cayó al agua. Para mayor irritación de ella, Matt salió a la superficie riendo a carcajadas; después, nadó hasta la escalerilla y la subió con un brillo de determinación en sus ojos.

—Si lo que quieres es jugar...

Sonrió maliciosamente y sin compasión, dándole alcance cuando Becky echó a correr para escapar; luego, la tomó en brazos. Estaba frío y mojado y sus ojos brillaban de hostilidad.

—Los dos podemos jugar, Becky.

—Matt, por favor... —Becky estaba medio asustada y medio riendo —. Estoy vestida.

—Se te secará la ropa rápidamente —contestó Matt levantándola tanto como pudo antes de tirarla al agua.

Becky no soportaba meter la cabeza bajo el agua. Cuando volvió a sacarla a la superficie, estaba indignada y furiosa.

— ¡Bestia! —le gritó cuando vio a Matt en el agua, a su lado, sonriendo provocativamente—. ¡Métete con alguien de tu tamaño!

—Has empezado tú, señora Hawke.

— ¡Eres... eres...!

Con fiereza, le tiró agua y recibió el mismo tratamiento.

—Te odio —consiguió decir ella al tiempo que le tiraba agua, pero sin acertar esa vez.

Matt se echó a reír. Becky tragó algo de agua, tosió y comenzó a nadar hacia el barco tan rápidamente como pudo.

— ¡Vete y déjame en paz! —gritó ella cuando alcanzó la escalerilla —. ¡Vete al infierno, Matt Hawke, y déjame en paz!

—Está bien, ya me voy.

Becky subió y se dejó caer en la cubierta. Matt estaba nadando en dirección a la playa y ella lo observó mientras recuperaba la

compostura.

La oscura cabeza de Matt fue alejándose cada vez más hasta que lo vio salir del agua y pasearse perezosamente por la playa. Él se volvió y miró hacia Becky, que estaba sentada en la popa del barco. Entonces, Matt se dio media vuelta y comenzó a caminar en dirección al bosque de pinos, hasta desaparecer entre los árboles.

La idea le vino de repente. Escapar. Ahora tenía la oportunidad de escapar de aquel viaje forzado con un hombre que la volvía loca. No sabía si recorrería a vela el trayecto hasta Skopolos, lo único que sabía era que tenía que hacerlo, que tenía que darle a Matt Hawke una lección.

Sin una clara idea de cómo navegaría de vuelta a la isla, bajó para encender el motor. Después, vaciló. El ancla. Primero el ancla.

Como si poseyera una habilidad sobrehumana, copió instintivamente lo que había visto hacer a Matt. Temblando por la prisa, subió el ancla y miró en dirección a la playa y al mar. No había señales de Matt. Los nervios le habían secado la garganta y el corazón le latía con fuerza cuando puso en marcha el motor...

El barco comenzó a moverse y, con terror ciego, comenzó a manejar el timón alejando el barco de la playa.

El sol de las primeras horas de la tarde era cegador, pero Becky siguió mirando hacia adelante mientras intentaba controlar sus nervios. ¿Qué estaba haciendo? ¿Se había vuelto completamente loca? Debería parar, dar la vuelta y abandonar aquella loca idea antes de seguir adelante.

A sus espaldas, oyó un grito furioso. Volvió la cabeza atrás un momento y vio a Matt en el momento en que salía del pinar corriendo. Lo vio echarse al agua y nadar hacia ella. La estaba siguiendo. Al darse cuenta de que la seguía, se debatió entre el pánico y la rendición. El pánico ganó.

Aumentó la velocidad y, momentáneamente, los rayos del sol la cegaron mientras elegía el camino de salida de la cala. El viento arreciaba con más fuerza y estaba bastante agitado en la salida de la bahía, lo que dificultaba el manejo del timón. Se dirigió hacia un hueco entre unas rocas con gran optimismo.

El mar parecía despejado, pero al instante siguiente una enorme roca pareció salir de la nada.

El impacto fue acompañado de un ruido terrorífico. El motor acabó parándose. El barco se balanceó y, por fin, se paró. El viento arreciaba y una ola bañó la cubierta del barco. Con desesperación, vio que el barco se estaba hundiendo en el agua. Debía de haber alguna rotura por alguna parte y el agua estaba entrando.

¿Qué podía hacer ahora?

—Oh, Dios mío, por favor… por favor…

Becky miró a su alrededor con creciente incredulidad. ¿Qué había hecho? ¿Había destrozado el barco de Matt? ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Estar furiosa y querer vengarse era una cosa, pero aquello… Matt jamás la perdonaría.

—Becky, ¿estás bien?

—Sí.

Matt estaba a unos cuantos metros de ella, nadando con atlética fuerza.

—Estoy bien, pero creo que el barco se está hundiendo —le gritó ella.

— ¡Estás completamente loca! —gritó él al cabo de unos minutos con la respiración entrecortada y un brillo furioso en los ojos—. ¿Qué demonios estabas haciendo?

—Estaba intentando navegar en tu estúpido barco —le espetó ella con el rostro pálido—. ¡Lo siento, no era mi intención estrellarme contra una roca! ¡Esa maldita cosa… ha saltado encima de mí!

—Muy graciosa.

Matt se apoyó en la barandilla de cobre, que estaba peligrosamente inclinada hacia la derecha.

Becky se echó hacia un lado cuando Matt se adentró en la cabina, sus rápidos movimientos en el salón hicieron que el barco rechinara al darse con la roca. Becky jamás había sentido tanta culpa, ira y resentimiento.

Cuando Matt volvió a aparecer en cubierta, llevaba dos mochilas que dejó en el suelo. Su expresión era burlona.

— ¿Lo puedes arreglar? —preguntó ella con voz implorante, agarrándose las manos por detrás de la espalda.

Becky se sintió como una niña traviesa a quien habían sorprendido rompiendo un jarrón de porcelana, pensó con amargo humor.

—Está demasiado destrozado —respondió él fríamente—. La radio no funciona y el motor está aplastado. Lo único que podemos hacer es meter en el bote todo lo que podamos y remar hasta la playa.

— ¿No podríamos remar bordeando la costa hasta encontrar algún pueblo o algo?

—Primero, este extremo de la isla está deshabitado, a excepción de algún ermitaño que viva en un chamizo. Segundo, con este viento que está soplando estaremos mucho más seguros en una playa que flotando a lo largo de la costa en un bote.

Matt le dio una nevera portátil con impaciencia.

—Mete tanta comida como puedas, y date prisa.

A Becky no le gustó la dura orden, pero agarró la nevera en silencio y obedeció. Ahora no era el momento de quejarse de la

brutalidad de Matt; en realidad, tenía derecho a estar enfadado. Cuando salió a cubierta, Matt estaba en el bote llenando las mochilas y metiendo lo que parecían unos sacos de dormir. Matt le quitó la nevera y después alzó los brazos para ayudarla a bajar.

—Espero que, con todo este peso, el bote no se hunda también —comentó él con peligrosa suavidad.

Becky tragó saliva, se acurrucó en un rincón del bote y se quedó mirando a Matt, que se puso a remar con furia contenida. El viaje a la playa no sufrió contratiempos. Una vez en la arena, descargaron la pequeña barca y dejaron todas sus provisiones en medio de la playa. Becky miró a Matt.

—Lo siento mucho —dijo ella con voz queda.

—No me cabe duda. Seguro que sientes tener que pasar una incómoda noche en la playa.

—Matt, ha sido un accidente...

—Sí, lo supongo —la expresión de él era sarcástica—. Sabía que no estabas muy bien de la cabeza, Becky, pero no sabía que estuvieras loca de remate.

—Es culpa tuya —contestó ella con violenta indignación al tiempo que se sentaba en la playa—. Si no me hubieras raptado, esto no habría ocurrido.

Él se la quedó mirando durante un interminable momento con expresión indescifrable. Después, lanzó una breve carcajada.

—Está bien. ¿Estamos ya en paz? —preguntó Matt con voz tensa—. Yo te he raptado y tú has hundido mi barco, ¿estamos en paz?

Becky se encogió de hombros. Estaba nerviosa y se sentía mal, a pesar del calor del sol y de la belleza de aquel lugar. Lo único que impedía que ese sitio fuera perfecto era el viento, que hacía que la arena le diera en la cara. Becky se quitó los pantalones cortos y la camiseta y los dejó a que se secaran al sol.

—No se ha hundido del todo y... —comenzó a decir Becky.

Pero se interrumpió en ese momento, al oír un fuerte sonido en la bahía. Los dos miraron en dirección al ruido y, en silencio, contemplaron la desaparición de lujoso velero.

— ¿Qué estabas diciendo? —preguntó él sarcásticamente.

Becky comenzó a juguetear con su pelo con manos nerviosas. El terror hizo presa de ella. No se atrevía a mirar a Matt a la cara. Por fin, intentó hacer una observación con humor.

—El seguro te devolverá el dinero del barco. Además, tres meses navegando son suficientes, ¿no?

—Rebecca...

Ella se quedó helada al notar el tono de su voz.

— ¿Sí?

—No sabes cómo me estoy controlando para no colgarte de la rama de un árbol, no sigas tentándome.

—El asesinato no solucionaría nada —contestó ella débilmente al tiempo que se ponía en pie y se sacudía la arena del bañador—. A menos que creas que vengar la pérdida de tu precioso barco valga una vida humana.

De un furioso tirón, la atrajo hacia sí.

—Eres la muñeca más tonta que he tenido la desgracia de conocer en mi vida.

— ¿Muñeca...? —pero su protesta se ahogó cuando Matt le plantó los labios en los suyos.

El beso fue un castigo exigente. Becky forcejeó y, como respuesta, él la apretó con más fuerza. Era como verse atrapada en una bisagra de acero, aplastada contra él, cada línea de su duro cuerpo ardiendo.

—Bestia... salvaje... suéltame —consiguió decir Becky antes de que Matt volviera a cubrirle la boca.

La levantó en sus brazos y caminó hacia el agua.

Agitando los brazos, acabó encontrándose en el agua, con la cremallera delantera del bañador abierta y los pechos al descubierto. Sus pezones se irguieron en traicionera respuesta cuando él paseó los ojos por su desnudez.

Furiosa consigo misma al igual que con Matt, hizo ademán de pegarle. Le dio en un lado de la mandíbula y, después, se encontró tumbada en la mojada arena con las manos de Matt en sus pechos, acariciando los sensibles pezones con ferocidad.

—Matt... para... por favor...

La llama del deseo prendió, encendiéndole el cuerpo entero.

— ¡Matt, por favor! —repitió Becky débilmente, pero se dio cuenta de que su protesta carecía de convicción.

—Dejémonos de juegos, ¿de acuerdo? —la voz de Matt era dura, ronca y agresiva, espesa por el deseo, irritada y contenía muchas más emociones que Becky no pudo descifrar—. Sigo deseándote y tú a mí.

Bruscamente, Matt la sacudió con una furia visible en su expresión.

—Sé que me deseas, Becky, puedo sentirlo.

Con el rostro enrojecido, ella lo miró indefensa. Estaba enfadada y humillada, pero lo deseaba con toda su alma. El cuerpo entero le temblaba. Matt era como una bomba de relojería que la hacía estallar cuando quería. El tiempo que habían estado separados pareció desvanecerse. Lo que sentía ahora era tan evidente como la primera vez que se acostaron juntos.

— ¿Te estás cobrando lo del barco? —susurró ella.

Pero seguía temblando y Matt no se molestó en contestar. Por el contrario, la sujetó bajo su peso y agachó la cabeza para apoderarse

de un rosado pezón con la boca. Compulsivamente, Becky se arqueó mientras él chupaba, mordisqueaba y acariciaba con la lengua el pezón antes de abandonar ese pecho para inflamar el otro con la misma habilidad.

Siempre había habido algo especial en la forma en que le hacía el amor, pensó Becky con desesperación. Era algo irresistible, algo que la hacía sentirse muy femenina, suave, vulnerable y extraordinariamente irresistible.

Matt había sido su primer amante. A pesar de las equivocaciones del pasado, ningún otro hombre podía causarle aquel torbellino emocional que él le causaba con sólo una caricia, ningún otro hombre la hacía sentirse como un plato de alta cocina presentado delante de un gourmet hambriento…

Pero ahora había un aire de venganza salvaje, un sentido de violencia controlada que la hizo temblar de pies a cabeza con una mezcla de miedo y deseo.

—Este es el pago por dos años de infierno —murmuró Matt con voz espesa mientras tiraba del bañador y lo deslizaba por las caderas, poniendo al descubierto el liso vientre y el secreto triángulo, desnudándola completamente.

Con amargura, Becky se dio cuenta de que Matt estaba reclamando lo que, equivocadamente, creía que se le debía.

Su irritación aumentó, pero Matt ya le estaba acariciando el cuerpo con dedos expertos, reclamando con posesiva exigencia el interior de sus muslos. El pánico estaba dando paso a su ciego y traicionero deseo.

Como si él le hubiera leído el pensamiento o su loco corazón, su asalto se hizo más profundo, más exigente.

—Admítelo —le instó Matt temblando también de deseo—. Admite que me deseas tanto como yo a ti, Becky.

Los ojos de Matt la hipnotizaron, el hambre sexual los había oscurecido, las dilatadas pupilas llenaban el brillante azul con la sombra de la sensualidad.

—No sé… puede ser… pero no me gusta esto, Matt…

No pudo evitarlo, las lágrimas afloraron a sus ojos. La emoción que la embargó era, en parte, humillación y, en parte, un agónico sufrimiento inesperado. Matt la odiaba, lo sentía en la forma en que la tocaba, en la forma en que estaba proyectando en ella su ira.

Matt se quedó quieto unos momentos con los ojos fijos en el rostro de Becky y, durante unos segundos, ella lo miró a los ojos y vio en ellos tormento; miró en sus profundidades, como si le tocase el alma, y sintió que le comprendía por primera vez desde que lo conocía.

Se sintió perdida. De repente, extendió los brazos hacia él y

comenzó a acariciarle los hombros, la nuca, el mojado cabello…

—Demuéstramelo —dijo Matt con voz ronca besándola en los labios—. Demuéstrame lo mucho que quieres esto.

Becky perdió la razón. Temblando con enfebrecida impaciencia, dejó que sus manos volvieran a descubrir su cuerpo, haciéndole estremecerse de pasión.

—Hazme el amor, Matt —rogó ella amarga, pero claramente.

No podía creer lo que estaba diciendo. No podía creer lo que estaba ocurriendo.

—Becky… Oh, Dios mío, Becky…

La fuerza de la pasión de Matt la arrolló cuando éste perdió el control. Con un grito de rendición, se encontró tumbada en la arena con las piernas separadas y su secreto más recóndito expuesto. Gritó mientras él la tocaba con fiera ternura, invadiendo esos secretos lugares al nivel más profundo con los dedos, instándola a un total abandono. Y entonces, tomó posesión de ella. La fuerza de la penetración fue tan sobrecogedora que Becky casi se sintió mareada. Después, todo se concentró en aquel ritmo único que fue intensificándose hasta que Becky se sintió al borde de un ciclón que amenazaba con arrastrarla completamente en su caótica destrucción.

El mar estaba picado, pero el sol de la tarde aún calentaba. Desnuda y en total abandono, Becky estaba tumbada mitad en el agua y mitad fuera. El duro cuerpo de Matt se encontraba a su lado, tenía los ojos cerrados.

Becky trató de reprimir la euforia que aún sentía. No parecía importarle haber roto la promesa que se había hecho a sí misma, que jamás volvería a permitirle someterla a su voluntad. Había sido una derrota mutua o una victoria mutua. Su frío y cínico esposo aún la deseaba; no era un gran consuelo, pero seguía siendo importante para ella.

Con timidez, volvió la cabeza para mirarlo. Había supuesto que estaba adormilado, pero le encontró con los ojos abiertos y la mirada perdida en el espacio. Cuando volvió los ojos hacia ella, la hostilidad que vio en ellos le encogió el corazón.

Las mejillas de Becky enrojecieron y, después, palideció. Se aclaró la garganta y consiguió encogerse de hombros con gesto casual.

— ¿Debo suponer que el pago no ha sido suficiente? —dijo con débil sarcasmo.

Matt recorrió la vista a lo largo de su cuerpo.

—No —al momento, se levantó y se puso el bañador—. Tienes razón, no ha sido suficiente.

Capítulo 6

BUENO, ¿qué hacemos ahora? —Becky se atrevió a lanzarle una tímida mirada a Matt. Habían acabado su comida campestre a base de pan, queso y melocotones, y la atmósfera era tan helada, que a Becky le resultó casi imposible creer que estaban sentados en la arena caliente de una playa a la sombra de unos pinos con unos grillos cantando a su espalda.

Matt se miró el reloj con expresión implacable.

—Veamos las opciones que tenemos —declaró con voz inexpresiva —. Es demasiado tarde para que iniciemos una marcha; además, en la oscuridad, es difícil que encontremos el pueblo que tanto deseas encontrar. Por otra parte, tu salud es dudosa, algo que tenemos que tener en cuenta a la hora de ponernos a andar y...

—No soy una inválida —protestó ella enfadada.

Matt la ignoró.

—Hace demasiado viento para bordear la costa con el bote, así que acamparemos aquí esta noche. Pero antes, voy a explorar unos cuantos kilómetros hacia el interior de la isla por si encuentro algo.

Ella lo miró con creciente angustia.

—En fin, supongo que pasar aquí la noche no puede ser peor que dormir en un campo de refugiados en Etiopía lleno de mosquitos —comentó ella con voz tranquila—. Pero si vas a ir a explorar por ahí, yo voy contigo.

—Tú te quedas aquí —le informó Matt bruscamente—. Si voy solo, iré más rápido.

Becky se metió las manos en los bolsillos de los pantalones cortos, que ya estaban secos, alzó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Yo también puedo andar rápidamente. Además, me siento mucho mejor y...

—Uno de los dos tiene que quedarse aquí con nuestras cosas, y también para hacer señales por si pasa algún barco.

—Sí, pero si encuentras algún sitio donde podamos quedarnos, tendrás que volver a por mí.

—Aunque sólo sea por una vez, ¿podrías hacer caso de lo que se te dice?

—Lo que tú ordenes, jefe —murmuró ella fríamente—. En fin, ¿sabes dónde estamos?

—En Skyros.

— ¿Skyros? ¿Estás seguro?

—Sí, Becky, estoy seguro. Hasta hace un par de horas, era el orgulloso dueño de un precioso mapa y de un compás, y tanto el mapa

como el compás me decían que esto era Skyros.

Becky se ruborizó. Haber hundido el barco de Matt era como una pesadilla, algo que había hecho pero que aún le resultaba difícil de creer.

—Pero Skyros tiene zonas turísticas y un aeropuerto y...

—Sí, es verdad, pero eso no significa que no estemos a cierta distancia de esas cosas. Skyros es una isla bastante grande y poco poblada; no obstante, si ves algún avión con turistas, grita.

Becky apretó los puños y reprimió las ganas de darle un golpe.

—No te preocupes, lo haré.

Matt le lanzó una pensativa mirada, pero no se molestó en hacer ningún comentario más. Recogió los platos que habían utilizado y los aclaró rápidamente con agua de mar. Después, sacó una botella de agua de una de las mochilas y miró a Becky con frialdad. Ésta estaba sentada a la sombra de un pino.

—Volveré pronto —dijo antes de echarse a andar con paso atlético.

Ella lo contempló mientras se alejaba hasta que desapareció detrás de los pinos en lo alto de la colina.

Se recostó en el tronco del árbol. El meltemi arreciaba con más fuerza, sacudiendo las copas de los árboles y picando el mar de la bahía. Ahora que Matt no estaba, la playa le pareció mortalmente tranquila e insoportablemente solitaria. Debía de estar loca, pensó enfadada, ¿cómo podía preferir la fría compañía de Matt a relajarse allí en la soledad y tranquilidad de la playa?

Un enorme grillo verde se detuvo en el pino que había al lado del suyo. Becky lo observó ausentemente mientras pensaba en las moscas y los insectos de África. Después de África, todos los insectos europeos le parecían inofensivos. Había madurado mucho durante su estancia en aquel continente. Sí, había madurado mucho emocionalmente; al menos, eso creía...

Pero ahora, al volver a estar con Matt, le sorprendía darse cuenta de que no había resuelto nada, que no había logrado nada con aquella separación. Continuaba siendo una persona muy insegura.

De repente, recordó algo que Sofíe le dijo un día: «Matt y tú debéis de tener mucho en común, los dos pensáis que el mundo está contra vosotros».

La mirada de Becky se perdió en el horizonte azul violeta. El sol comenzaba a ponerse y la luz estaba teñida de un tono dorado, las sombras se prolongaban.

Se le ocurrió que nunca había comprendido el comentario de Sofie. Matt siempre iba por la vida como si no necesitara que nadie le convenciera de que el mundo realmente daba vueltas a su alrededor. Lo único que ambos tenían en común era una sobredosis de tragedia y

trauma, y la ausencia de padres.

Matt nunca le había hablado mucho de su familia, ni de su pasado, pero él y Richard habían estudiado lenguas modernas en Oxford y fue allí donde se hicieron amigos, de modo que Sofie tenía alguna información. La madre de Matt se marchó cuando él tenía doce años e, inmediatamente después, su padre tuvo una crisis nerviosa que le duró hasta el día de su muerte.

En cuanto a ella, cuando tenía dieciséis años sus padres murieron en un accidente automovilístico. Sofie fue maravillosa con ella. Su hermana y Richard la ayudaron a ir a la universidad y la mantuvieron económicamente hasta que su carrera como modelo la hizo independiente. Sin embargo, a veces se sentía como si, involuntariamente, pasase de una crisis emocional a otra. ¿Acaso la vida de todo el mundo era así? ¿O era ella quien atraía como un imán los problemas emocionales?

No todas sus crisis habían sido malas, reflexionó con cautela. Había habido altos y bajos. Lo más alto de lo más alto fue cuando conoció a Matt y después cuando descubrió que se había quedado embarazada, que llevaba a su hijo... Lo más bajo fue cuando se dio cuenta de que la única razón por la que Matt se había casado con ella era porque estaba embarazada.

Durante las terribles semanas posteriores al aborto, se vio sumida en una profunda depresión. Perder el niño había conllevado un desajuste hormonal, pero lo más duro fue cuando se enteró de la verdad respecto a su matrimonio. Se sintió como si Matt y ella hubieran sobrevivido a un terremoto, pero hubieran acabado en dos continentes separados, flotando en direcciones opuestas y sin posibilidad de volver al punto de unión de donde habían partido.

¿Lo había apartado de sí por sus inseguridades, por su introversión? No, Matt se había separado de ella mental y emocionalmente, dolorosamente deseoso de dejarla sola en Hampstead y subirse al primer avión que lo alejara de allí. Se había casado con ella para legitimar a su hijo; después, el matrimonio ya no tenía sentido. Debía de haberse sentido terriblemente frustrado al verse casado con ella mientras su hermosa Su Lin lo esperaba en Hong Kong.

Ted fue un buen amigo. La agencia de modelos le pidió varias veces que volviera a trabajar con ellos, pero Becky había perdido el interés por esa profesión, igual que había perdido la motivación para volver a sus estudios. Lo único que quería era el amor de Matt, y había resultado ser falso, jamás había existido en la forma romántica que ella había imaginado.

Entonces fue cuando recibió la carta que le envió la familia de Su Lin, en la que se confirmaban todos sus temores. Era una carta formal,

en tono educado y, precisamente por ello, mucho más venenosa. Matt y Su Lin tenían intención de casarse antes de que Becky les estropease los planes al quedarse embarazada; por lo tanto, lo mejor que podía hacer, en bien de todos, ahora que su embarazo había concluido, era retirarse de escena.

Becky cerró los ojos, invadida de nuevo por el enfado y la tristeza. Si Matt se hubiera mantenido alejado de ella... Ella había estado lejos durante dos años, incapaz de enfrentarse a la sórdida lucha del divorcio. Ahora, cuando el divorcio era posible por consentimiento mutuo, Matt se entrometía de nuevo en su vida con suma arrogancia. ¿Por qué? ¿Qué esperaba ganar con ello, aparte de dar satisfacción a su orgullo herido con una posesión sexual? Y había ganado esa batalla, reflexionó ella con amargura. Había ganado.

Había ganado, pero sólo porque ella se había sentido terriblemente culpable por el hundimiento del velero, se dijo a sí misma con firmeza. No había significado nada para ella, había sido algo automático, nada más.

Agotada, volvió a recostarse en el tronco del pino y apoyó en él la cabeza. No había significado nada, se repitió adormilada. El placer que la hacía sentir no tenía importancia, Matt ya no era nada para ella. No sentía nada por él. Nada en absoluto. Y nada iba a cambiar eso.

Volvió a abrir los ojos sintiéndose desorientada. Se había dormido y era casi de noche. Entumecida por haber estado sentada en la misma postura tanto tiempo, se puso en pie trabajosamente, se alisó la ropa y miró a un lado y a otro de la playa. No había señales de Matt. ¿Dónde demonios estaba?

Salió del pinar y se quedó allí sola, en medio de la playa, con creciente ansiedad. Sus cosas seguían allí, amontonadas en la arena. El viento soplaba con menos fuerza, como solía ocurrir al anochecer. Una media luna brillaba en el cielo azul y el mar estaba tan tranquilo que parecía un espejo oscuro.

Se volvió para mirar en dirección a la colina y sintió cierto temor. Los árboles habían perdido el suave verdor del día y ahora se veían oscuros y siniestros. La canción de los grillos sonaba más amenazante que hipnótica.

¿Qué le había pasado a Matt? El terror comenzó a reemplazar a la ansiedad. ¿Habría sufrido un accidente? El sentido común le dijo que era muy poco probable, pero no podía dejar de imaginarle inconsciente en el fondo de una garganta o... o algo peor...

¿Por dónde podía ir a mirar? Se mordió los labios distraídamente, el corazón le palpitaba con fuerza. Aquello era una locura.

El silencio se hizo claustrofóbico. Becky respiró profundamente y

abrió la boca para gritar el nombre de Matt; entonces, casi murió del susto al sentir una fuerte mano cubriéndole la boca.

—No te asustes, soy yo —Matt sonreía cuando la dio la vuelta.

El rostro de Becky se encendió y comenzó a temblar.

— ¡Vaya una broma infantil! ¡Estaba preocupada por ti! ¡Ya ti no se te ocurre nada mejor que acercarte por detrás y...!

—Pobre Becky —dijo él burlonamente—. De todos modos, me enternece que estuvieras preocupada por mí, no creía que te importase lo más mínimo.

Ella le lanzó una furibunda mirada.

—Y así es; pero hasta que no salgamos de este lío, prefiero que estés aquí.

— ¿Hasta que deje de serte útil? —preguntó Matt con sedosa tranquilidad.

—Exactamente.

— ¿Se te ha olvidado que has sido tú quien nos ha metido en este lío?

Becky contuvo la respiración un momento.

—Admito que, indirectamente...

— ¿Indirectamente? —él la miró con expresión incrédula—. ¿Cómo explicas eso de indirectamente, señora Hawke?

— ¡Me has obligado a ir en este estúpido viaje!

—Y tú acabaste con nuestro matrimonio.

Se hizo un silencio, sólo se oía a los grillos mientras se miraban el uno al otro.

— ¡Olvida eso de que querías cuidar de mí y que descansara y me recuperase! Este viaje ha sido tu venganza, ¿verdad? Me has obligado a venir para demostrarme lo poderoso que eres.

—En estos momentos, con mi barco en el fondo de la bahía, no me siento muy poderoso.

—Así que ahora soy la mala de la película, ¿verdad? —dijo ella con amargura y voz temblorosa—. Muy bien. Y esta vez, ¿qué castigo me vas a imponer?

—No te voy a pedir que saques mi barco a la superficie, pero podrías empezar recogiendo leña.

— ¿Leña? —Becky se lo quedó mirando sin comprender.

—Para hacer una hoguera —respondió Matt con la paciencia del sabio dirigiéndose a un discípulo tonto.

—Bien.

Becky se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia los árboles. Allí, comenzó a recoger pinas y ramas, que fue llevando hacia el lugar elegido para acampar. Cuando hubo recogido leña suficiente, se

dirigió hacia Matt y se sacudió las manos triunfalmente.

—Ahí tienes la leña. ¿Algo más? ¿Quieres que me eche al agua con un cuchillo entre los dientes para pescar?

—No estaría mal.

Matt tomó una caja de cerillas y se agachó para arreglar las ramas con el fin de prender la hoguera. Ella lo observó con curiosidad.

— ¿No me digas que estuve casada contigo seis meses y no me dijiste que habías sido Boy Scout?

—Exacto —Matt la miró brevemente con menos frialdad que antes —. ¿Y tú?

Ella negó con la cabeza al tiempo que lanzaba una breve carcajada.

—Sólo fui de campamento con el colegio alguna vez.

—Lo que no te da la preparación suficiente para sobrevivir en la playa desierta de una isla griega —Matt sacudió la cabeza con gesto de desaprobación.

—Cierto, pero aprendimos a hacer tostadas sin quemarnos los dedos con el tostador.

—Una conocimiento sumamente valioso —Matt se enderezó y la miró a los ojos con expresión muy seria—. Maldita sea, se me ha olvidado el tostador.

Becky se echó a reír y, a pesar suyo, él también. Por primera vez, hubo calidez entre los dos.

—Matt... —de repente, su voz se tornó ronca y Becky se aclaró la garganta—. En serio, siento mucho lo de tu barco, ¿me crees?

—Está bien, te creo.

Soltando el aire lentamente, Becky se sentó en la arena con las piernas cruzadas delante de la hoguera. Después de unos segundos, Matt también se sentó con las piernas dobladas delante del cuerpo y los codos apoyados en las rodillas. Su rostro estaba muy atractivo a la luz del fuego.

— ¿Tienes hambre? —preguntó Matt.

—No, ¿y tú?

—No.

Becky se quedó mirando las llamas durante un rato.

— ¿Es verdad que has pasado tres meses navegando? —preguntó ella con voz queda.

—Sí, eso es lo que he hecho. La mayor parte del tiempo he estado solo; a veces, he tenido compañía.

— ¿Y tu trabajo?

Matt se encogió de hombros.

—Incluso los adictos al trabajo como yo se toman vacaciones si tienen una motivación para ello.

Becky sintió la garganta seca.

— ¿Y cuál ha sido tu motivación?

Matt guardó silencio durante tanto tiempo, que Becky pensó que no iba a contestar. Por fin, Matt dijo:

—Reflexionar.

—Pero... ¿algo debió pasarte? —Becky se sintió como si estuviera pisando en arenas movedizas, siempre le pasaba cuando hablaban de un tema personal relacionado con Matt Hawke.

—Sí, así es. Un día, iba en un avión, en primera, y me vi en un espejo. No me gustó lo que vi.

— ¿Qué te pareció mal de lo que viste?

—El tipo al que vi no tenía alma —Matt sonrió débilmente—. Tenía el aspecto del típico sinvergüenza egoísta que podía no estarle prestando atención a su esposa.

El corazón de Becky dio un vuelco.

— ¿Y por eso te pusiste a navegar?

—Sí. Estuve navegando por un montón de islas hasta que admití que las Espóradas eran las más bonitas.

— ¿El viento es más fresco en las Espóradas?

—No, tenía que ver con mi esposa —contestó él con voz suave—. Si no contamos la boda de Sofie y Richard, nuestro primer encuentro fue en Skopelos, ¿se te ha olvidado?

Becky contuvo la respiración durante un agonizante momento.

—Claro que no se me ha olvidado —susurró ella—. Que nuestro... nuestro matrimonio no haya salido bien no quiere decir que sufra amnesia.

—Yo tampoco —la voz de Matt había adquirido un tono distante —. Es sorprendente lo mucho que uno recuerda navegando solo.

—Sí.

— ¿Cómo fue África para ti? —había cierta ironía en su voz.

Becky se lo quedó mirando mientras echaba un poco más de leña al fuego.

—Algo parecido... en lo referente a reflexionar.

—Nuestro matrimonio no ha sido tan malo, ¿no te parece, Becky?

Ella lo miró con repentina confusión. El tono de Matt seguía careciendo de expresión, y sus ojos eran indescifrables. Lentamente, sacudió la cabeza.

—No. Las primeras semanas... fueron muy buenas —respondió ella en tono intencionadamente irónico, pero era verdad.

El comienzo de su matrimonio fue perfecto, recordó Becky dolorosamente; inocentemente, había creído encontrar su alma gemela.

Su luna de miel empezó en el frío agreste de las islas Hébridas, donde descubrieron una pasión mutua por las áridas colinas y las hogueras. Después, sin aviso previo, Matt la llevó a las Seychelles, donde se bañaron en aquel cálido mar y jugaron a las cartas; pero, sobre todo, hicieron el amor en la hermosa habitación del hotel.

Ella lo miró con una débil sonrisa.

—La verdad es que, antes, creía que teníamos mucho en común. Nos gustaba el mismo tipo de vacaciones, las mismas obras de teatro, las mismas películas...

— ¿La ópera? —le recordó él con una maliciosa sonrisa—. ¿Te acuerdas de L'Elisir d'amorel ? Me quedé dormido.

De repente, Becky se echó a reír.

—Y te caíste de la silla del palco. ¿Cómo podría olvidarme de eso?

—Acababa de salir del avión como quien dice.

—Siempre acababas de salir de un avión.

Se hizo una breve pausa, la risa se disipó.

—Esta situación es muy extraña —dijo Becky con voz queda—. Es como si fuéramos las únicas personas que quedasen en el mundo, aquí sentados junto a la hoguera...

— ¿Te casarías conmigo otra vez, Becky, si fuese el único hombre que quedara en el mundo?

Becky se quedó muy quieta y el corazón comenzó a palpitarle con violencia.

— ¿Tú qué crees? —consiguió responder por fin.

—Creo que necesitarías ir a un psiquiatra.

Bruscamente, Matt se levantó y caminó hacia el mar. Insegura, Becky le vio alejarse. Ella se quedó allí quieta, atrapada entre el orgullo y la duda. Y el miedo. Había algo peligroso en aquella conversación, tenía el presentimiento de que podía decir algo de lo que se arrepentiría durante el resto de su vida. Pero no pudo reprimirse y lo siguió hasta la orilla del mar. Un ferry pasó en la distancia. Lo único que se oía era el rumor de las olas.

—Matt, ¿qué has querido decir?

—He querido decir que no estaba preparado para el matrimonio cuando nos casamos.

—Pero te casaste conmigo.

¿Por qué se estaba arriesgando a sufrir lo mismo otra vez? Quizá le había dado el sol demasiado en la cabeza.

—Sí, me casé contigo y lo estropeé todo, ¿no es cierto? —la mirada que le dirigió parecía indicar que se estaba burlando de sí mismo.

Por alguna razón, a Becky se le encogió el corazón.

— ¿Por qué? ¿Por qué te casaste conmigo, Matt?

—Sabes por qué, Becky, me lo dijiste con mucha frecuencia. Me casé contigo porque te quedaste embarazada.

—Matt…

Becky no pudo evitar el profundo dolor que sintió, la intensa angustia. Sin pensar, alzó una mano y le tocó la cara. Con una maldición, Matt tiró de ella y la estrechó en sus brazos. Tembló junto a ella. Becky cerró los ojos y lo abrazó mientras olía su aroma y su cuerpo reaccionaba a aquella proximidad. Al instante, Matt buscó la boca de Becky con la suya.

—Becky… —dijo interrumpiendo el beso y poniéndole las manos en el rostro—. No sé cómo nos las hemos arreglado para estropearlo todo como lo hemos hecho.

—Ni yo tampoco.

Matt volvió a besarla, esta vez con ternura.

—Matt… Oh, Matt…

Matt la levantó en brazos y la llevó de vuelta junto a la hoguera. Los sacos de dormir estaban estirados y él la depositó encima antes de comenzar a acariciarle el cuerpo entero con una especie de contenida desesperación. De repente, Becky vio la situación en modo diferente. Todo dejó de importarle. El pasado, el futuro y los imposibles problemas de su relación se desvanecieron. Lo único que le importaba era aquel calor y esa ternura sensual. Lo único que quería eran las caricias de Matt.

—Sigo deseándote, Becky —declaró él como si la confesión le doliese.

—Lo sé —susurró ella con una ronca carcajada—. Hazme el amor otra vez, Matt… pero, por favor, no como un castigo…

—Oh, Dios mío, Becky…

Becky comenzó a acariciarle el rostro y los hombros apasionadamente. Con un gemido de pasión, se acopló a él y luego comenzó a tirar hacia arriba de su camiseta. Se excitó al contemplar los ángulos y la dureza de su cuerpo.

—Me encanta que me toques… —suspiró él pasándole las manos por los muslos.

Con impaciencia, Matt se quitó la ropa y comenzó a desnudarla a ella también hasta tenerla desnuda y temblando bajo su cuerpo. Entonces, le dio la vuelta hasta colocarla encima y Becky gritó de placer al tener a Matt bajo sus muslos.

Matt lanzó una gutural y triunfal carcajada al sujetarle las caderas.

—Puede que nuestros caracteres sean incompatibles, cariño, pero físicamente nada mejora esto.

— ¿Ni siquiera Su Lin? —el susurro fue involuntario, Becky no sabía qué le había hecho decir eso.

Matt se quedó como una estatua bajo ella. De repente, todo el calor y la ternura desaparecieron.

—No lo sé —murmuró él con voz cruel.

Al momento, la levantó ligeramente y volvió a dejarla caer encima de su rígido sexo, de tal forma que Becky lanzó un ahogado grito de respuesta y placer.

—Jamás he hecho esto con Su Lin —añadió Matt.

La cálida noche y la aterciopelada oscuridad que envolvían su creciente deseo la llevaron a una vorágine de pasión. Después, casi una eternidad más tarde, Becky se movió dentro del círculo de los brazos de Matt.

— ¿Por qué tienes que hacer eso siempre?

— ¿Qué?

—Hacerme el amor como si me odiases.

Becky no quería llorar, no estaba dispuesta a darle esa satisfacción. Matt guardó silencio y ella se volvió para mirarlo.

— ¿Te he hecho daño?

Una ola de calor le subió al rostro al verle mirarla con expresión desapasionada.

—Físicamente no, pero...

—No te odio, Becky.

—Pues parece como si así fuese.

—Pues estás equivocada —la frialdad de su voz la dejó helada.

Becky se apartó de él, se metió en su saco de dormir y se lo subió hasta las orejas. Se sentía terriblemente humillada y rechazada, y más sola que en ningún otro momento durante sus dos años de separación.

Capítulo 7

EL HIDROFOIL, el Flying Dolphin, redujo la velocidad al comenzar a entrar en el puerto de Skopelos.

—Bueno, ya estamos aquí, señora Hawke, en la civilización.

El frío susurro de Matt la hizo ponerse tensa. Desde que hicieron el amor la noche anterior, apenas habían hablado. La atmósfera entre ellos no había mejorado; sobre todo, después de que Becky descubriese que Matt y el pescador que los había sacado de allí se habían conocido la noche anterior durante la excursión de reconocimiento de Matt. Por tanto, la incómoda noche en la playa había sido innecesaria.

— ¿Debo suponer que sólo querías hacerme pagar por hundirte el barco? —le había acusado ella furiosa.

—Creí que te había gustado —bromeó él—. Ya sabes, fuego de campamento y el amor a la luz de la luna... todo muy romántico.

—Eso no ha sido hacer el amor, sino despachar tu ira y satisfacer tu complejo de superioridad.

— ¿Me estás diciendo que no sentiste nada? No lo digas, Becky, porque no puedes engañarme. Lo querías tanto como yo.

En esos momentos, cuando salieron de la frescura del aire acondicionado del Flying Dolphin al sol abrasador de Skopelos, Becky le lanzó una débil mirada.

—Puede que sea poco realista por mi parte pedirte que te comportes como un caballero. Ahora que ya estamos de vuelta, supongo que podremos olvidar lo que ha pasado en este viaje en velero y...

— ¿Y seguir con los procedimientos de divorcio? —concluyó él fríamente.

—Sí, eso es.

Se hizo una breve y reflexiva pausa, la mirada de Matt era ilegible.

—Tenías razón —dijo Matt secamente.

Se volvió para emprender el camino a la casa de Sofie y Richard y ladeó la cabeza para mirar a Becky con una fría sonrisa. Ella lo siguió alarmada.

— ¿Qué quieres decir con eso de que tenía razón?

—Eres muy poco realista.

— ¡Matt!

—Ya hablaremos de esto más tarde, después de darnos una buena ducha y de tomar un enorme desayuno.

—Es la hora del almuerzo. Además, ¿de qué tenemos que hablar?

—Abandono. Daño a la propiedad...

Llegaron a la casa y Sofie, que los esperaba después de la llamada telefónica desde Skyros, les abrió la puerta. Becky abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla al ver la sonrisa de su hermana.

—Hola, ¿te ha gustado el viaje sorpresa?

—Se lo ha pasado estupendamente —respondió Matt al notar que Becky era incapaz de contestar—. Sofie, ¿te importa que nos demos una ducha y que yo haga unas llamadas por teléfono?

Con una leve carcajada, Sofie sacudió la cabeza y se hizo a un lado para cederles el paso. Becky se duchó en el cuarto de baño de la habitación de Sofie mientras Matt utilizaba uno que había al lado del cuarto de Becky.

Becky estaba furiosa. ¿Por qué ese hombre no podía comprender que estaba molestando, que ella había decidido que saliera de su vida para siempre y que no había tomado esa decisión sin meditar antes? ¿Y por qué no comprendía que era imperdonable la forma en que había invadido su vida privada?

¿Y por qué Sofie lo trataba como si fuera alguien de la familia?

Una cosa era que Richard lo recibiese con entusiasmo porque Matt y él eran viejos amigos. Pero Sofie era su hermana, ¿por qué no podía ponerse de su parte?

Tenía los nervios de punta después de las últimas cuarenta y ocho horas que había pasado. Sin embargo, cuando se vio de nuevo delante de Matt en la taberna donde fueron a almorzar, se dio cuenta de que la batalla no había acabado.

—Tengo que ir a Atenas para atender un asunto importante y quiero que vengas conmigo —declaró él con calma mientras servía agua mineral en el vaso de Becky antes de beber un sorbo de su vino tinto.

— ¿Yo? ¿Que vaya contigo a Atenas? ¡De ninguna manera! —Becky apartó de sí el plato de comida que apenas había probado.

—No es ésa la respuesta que esperaba oír, Becky.

Ella alzó el rostro y lo miró a los ojos fijamente. Se le secó la garganta. ¿Y ahora qué? ¿Qué podía querer de ella Matt, aparte de lo evidente?

En el puerto, los barcos pesqueros se mezclaban con los veleros y lujosos yates.

De repente, pensó en el barco de Matt hundido delante de las costas de Skyros y sintió una punzada de culpa. Una de las muchas llamadas telefónicas que Matt había hecho aquella mañana había sido en relación con el barco. ¿Iba a intentar recuperarlo y arreglarlo o iba a pedir el dinero del seguro? Como Matt hablaba griego, y ella no, no sabía el resultado de sus diligencias. En realidad, tenía que admitir que Matt se había tomado muy bien la pérdida de su barco.

Lo miró de soslayo, fijándose en su rostro recién afeitado, en su cabello negro y espeso que le cubría la nuca; estaba muy atractivo con aquellos vaqueros y la camiseta blanca. A Becky le dio un vuelco el corazón. El orgullo y la necesidad de aumentar la confianza en sí misma la habían hecho esmerarse en su apariencia física.

Después de la ducha, se había echado una generosa cantidad de agua de colonia, el cabello le caía suelto sobre los hombros y el vestido verde de punto de algodón enfatizaba su extrema delgadez.

Nerviosa, cruzó una delgada pierna sobre la otra y trató de no prestar demasiada atención a la sobrecogedora personalidad de Matt.

—A la vista de lo desastroso de nuestro matrimonio y de mi deseo de que nos divorciemos, ¿te importaría explicarme cómo has podido imaginar que diría que sí? —Becky pronunció cada palabra lenta y elaboradamente en tono dulce y razonable.

Matt la miró a los ojos. El camarero se acercó a la mesa y retiró los platos. Ella rechazó la sugerencia de tomar un postre.

—Sólo café, por favor —murmuró Matt antes de volver de nuevo a ella su desconcertante mirada—. Unas personas para las que voy a hacer unos trabajos como consejero económico me han invitado a cenar. Eres mi esposa y te agradecería que me acompañases.

Becky se sintió como si acabaran de darle una puñalada. Indignada, se aferró a los brazos de la silla.

—Matt, no puedo creer lo que estoy oyendo, es ridículo.

—Me lo debes.

—Ya, entiendo —Becky se humedeció los labios y se puso tensa al notar que Matt se había fijado en el pequeño movimiento—. Al menos, creo que empiezo a entender. Estás intentando que me sienta culpable y que por eso acceda a acompañarte a Atenas, ¿verdad? Por tu maldito barco.

—Míralo como la forma de saldar una deuda, Rebecca. Hace dos años me abandonaste y ahora has destrozado mi barco. Representar el papel de dedicada esposa para que yo cierre el trato es lo menos que puedes hacer por mí, querida.

Becky temblaba de ira y comenzó a echar la silla hacia atrás, pero no pudo levantarse, las manos de Matt la sujetaron con insultante facilidad.

—No, no te vas a marchar —le advirtió él con voz suave—. No vas a volver a escapar de mí, Becky.

—Ahora no estoy prisionera en un velero y puedo marcharme cuando me apetezca, Matt —le informó ella fríamente—. Y, aunque consintiese en representar el papel de esposa en Atenas debido a un sentimiento de culpa, ¿cómo puedes estar seguro de que tu precioso negocio no se irá a pique como tu precioso barco?

— ¿Sabotaje accidental? ¿O intencionado?

—No hundí tu barco intencionadamente —murmuró ella enfadada.

—Mientras estemos en Atenas, quiero aprovechar la oportunidad para discutir contigo unos planes que tengo —continuó él como si Becky no hubiera dicho nada—. Planes respecto a invertir en el restaurante de Sofie y Richard.

Becky abrió la boca involuntariamente. Después, al darse cuenta de las implicaciones de las palabras de Matt, le lanzó una mirada acusadora.

— ¿Me estás chantajeando, Matt?

—Teniendo en cuenta la forma en que funciona tu pequeña y sospechosa mente, imaginé que lo verías así —contestó él en tono ligero antes de recostarse en el respaldo de su asiento y mirarla con ojos penetrantes—. Tranquilízate, querida, no será una experiencia tan terrible. Vas a poder comprarte un montón de ropa, salir de noche y deslumbrar a mis socios y a sus esposas; y, por supuesto, salvar el restaurante de Sofie y de Richard. ¿No te parece justo?

— ¿Qué clase de amigo de Richard y Sofie eres? —le espetó ella temblando—. ¿Un amigo que no puede ayudarles simplemente por amistad?

—Todo el mundo necesita algo a cambio de una inversión, Becky.

—Eres el hombre más… —pero no encontró palabras para describirle—. Sabía que eras egoísta y cruel, Matt, pero no me había dado cuenta de lo manipulador que eres también.

—Años de práctica.

Llegaron los cafés, Matt pidió la cuenta y sus ojos adquirieron un brillo tan triunfal, que a Becky le dieron ganas de atacarlo físicamente.

—Saldremos para Atenas esta noche. Y tanto si te gusta como si no, Becky, es hora de que te des cuenta de la influencia que tienes sobre mí. Gracias a ti, el estilo de vida que llevaba hace dos años ha desaparecido por completo. Ahora aquí estás, ayudándome a montar mí nuevo estilo de vida —la voz de Matt había adquirido un tono amargo que la hizo estremecer—. Eres una mujer realmente poderosa, señora Hawke.

—No lo comprendo —dijo ella sosteniendo un vestido de seda verde que había sacado de una de las muchas cajas que había.

Se hallaba en el suntuoso esplendor de la suite del hotel. Matt estaba tumbado en un sofá delante de las puertas que daban a la terraza con un gin tonic encima de la mesa que había a su lado.

Se había duchado y vestido para la cena, estaba mortalmente guapo con la chaqueta de color crema, la camisa de seda, los pantalones blancos y el lazo. En el ambiente se podía oler ligeramente

la loción para después del afeitado que había utilizado, recordándole a Becky el pasado.

La terraza daba a la plaza Syntagma, en el corazón de la ciudad.

— ¿Qué esperas conseguir con todo esto, Matt?

— ¿Una esposa hermosa e inmaculadamente vestida que me acompañe a cenar? —la fría burla de su voz encendió el genio de Becky.

—Por supuesto, cómo no se me había ocurrido —Becky asintió burlándose de sí misma.

Acababa de salir del cuarto de baño y sólo llevaba puesto un albornoz; debajo, un triángulo de seda blanco.

—Por un momento, se me ha ocurrido preguntarme por qué te habías gastado tanto dinero conmigo —añadió Becky—. Y ahora, si me disculpas, voy a vestirme.

—Un momento —la voz de Matt contenía una orden—. Las esposas devotas no se meten en el cuarto de baño para vestirse, Becky; sobre todo, cuando sus maridos se han gastado miles de dracmas en ropa nueva.

Temblando, Becky permaneció donde estaba. No iba permitirle que se diera cuenta del daño que le hacían sus juegos de poder; además, se negaba a que la intimidara. Había tomado esa decisión al aceptar acompañarlo a Atenas para representar su papel de esposa feliz. Tras una pausa, se dio media vuelta y se enfrentó a él.

—Oh, ya entiendo —murmuró ella—. Quieres mirar, ¿verdad, querido?

—Naturalmente. Un marido tiene derecho a ver cómo se viste su esposa, ¿no estás de acuerdo?

—No recuerdo que fuese parte de los votos de matrimonio, pero si es eso lo que quieres, ¿quién soy yo para llevarte la contraria?

Con el pulso acelerado, Becky se quitó el albornoz con descuidada languidez y se volvió de espaldas a él. Había un espejo en la puerta del armario de madera tallada y vio su imagen, delgada y de pechos altos, con aquellas bragas diminutas de seda blanca; y vio a Matt detrás, sentado como un juez arrogante.

No pudo evitar que su rostro enrojeciese. La oscura presencia de Matt, al lado de la ventana, y la velada expresión de sus ojos era enervante. Con manos temblorosas, agarró el sujetador que hacía juego con las bragas y comenzó a ponérselo, pero el broche se negaba a cooperar. Temblaba tanto, que estaba a punto de ponerse en evidencia. ¿Cómo podía fingir un aburrido desinterés temblando de esa manera?

— ¿Necesitas ayuda?

—No, gracias, soy capaz de vestirme yo sola —consiguió responder

en tono seco.

Por fin, se abrochó el sujetador, se ajustó un liguero alrededor de la cintura y las caderas, y se sentó en el borde de la cama para ponerse las medias de seda gris. Cuando acabó de ponerse las medias y sujetarlas al liguero, se levantó con las mejillas encendidas y tratando de ignorar a Matt.

—Ponte los pendientes de esmeraldas y plata con ese vestido —le aconsejó él fríamente.

Becky se metió por la cabeza el vestido verde de seda y luego dobló el cuerpo para cerrarse la cremallera de la espalda, decidida a no pedirle ayuda a Matt.

La falda del vestido caía en elegantes volantes hasta media pierna y el cuerpo era de un verde más oscuro con preciosos bordados. Era un vestido de ensueño, que la hizo sentirse femenina y terriblemente vulnerable.

—Lo que tú digas —respondió Becky con calma antes de volverse de cara a él con un enfado que ya no pudo seguir disimulando—. ¿En serio crees que tratándome como a una prostituta vas a conseguir que vuelva a amarte, Matt?

La expresión de él se tornó implacable, su rostro parecía tallado en piedra.

— ¿Quieres decir que me has amado alguna vez? —preguntó Matt con voz carente de emoción, sin mover un sólo músculo, pero clavándola en el suelo con la mirada.

— ¡Sabes perfectamente que sí! ¡Estaba tan enamorada de ti que ni siquiera podía pensar!

Matt se levantó con gesto decidido. Becky apretó los dientes para no retroceder mientras él cruzaba la habitación hacia ella.

—No es así como yo lo veo —dijo Matt con voz queda.

Matt le puso los dedos en la barbilla, la obligó a levantar el rostro y miró fijamente a aquellos enormes ojos castaños.

—En mi opinión, nuestro matrimonio fue un teatro, algo que te convino cuando te quedaste embarazada y que se convirtió en un obstáculo para tu carrera y tus estudios cuando sufriste el aborto. Tu amigo Ted Whiteman me contó lo mucho que te pesó perder tu libertad, Becky. Su Lin sólo fue una excusa para justificar que me abandonaras, ¿no es cierto?

Becky apenas podía respirar. No podía dar crédito a lo que oía.

—Si en serio crees que... Si piensas que eso es lo que hice, ¿por qué demonios quieres que representemos este teatro esta noche?

—Siempre me ha gustado el teatro —Matt le soltó la barbilla y comenzó a acariciarle el rostro, lo que la hizo estremecer—. O quizá

sea un masoquista.

—Querrás decir un sádico —Becky trató de poner una nota de cinismo en sus palabras, pero éstas salieron como un quedo quejido.

Bruscamente, con contenida ferocidad, Matt bajó la cabeza y la besó, con pasión y con ánimo de castigarla.

Cuando la soltó, los ojos de Becky estaban llenos de lágrimas.

—Matt... no, por favor —sollozó ella—. No me odies, no puedo soportarlo.

—Dios mío, Becky...

Al momento, Becky se encontró aplastada contra el pecho de Matt. La pasión amenazó con escapar de todo control. El vestido de Becky estaba medio caído, la cremallera bajada y su cuerpo entero respondiendo cuando, de repente, sonó el teléfono.

Matt se quedó inmóvil y luego un escalofrío le recorrió el cuerpo. Apoyó la frente en la cabeza de ella y trató de calmar el ritmo de su respiración. Después, la soltó y contestó la llamada. Cuando colgó el auricular, Becky estaba sentada en el borde de la cama.

—Eran los de recepción, Alexis y su esposa están abajo esperándonos.

Becky lo miró a los ojos, había una tensión eléctrica casi palpable.

—En ese caso, será mejor que hagas el favor de subirme la cremallera del vestido.

Los cálidos dedos se deslizaron por la espalda de Becky mientras le subía la cremallera. Ella cerró los ojos en un esfuerzo por controlarse, luchando por contener esa debilidad que la invadía cada vez que Matt la miraba o la tocaba.

Alexis y su esposa eran encantadores. Él era uno de los dos hombres de negocios griegos que estaban con Matt el día que entró en el restaurante Old Mill, al principio de aquellos días de locura.

—Vaya, eres la que le tiró la sopa a Matt —dijo Alexis riendo mientras le estrechaba la mano—. ¿Cómo podría haberte olvidado?

—La caballerosidad decreta que ahora lo hagas —dijo su esposa Elisavet, una bonita morena, antes de lanzarle una mirada de advertencia mientras salían del hotel en busca de un taxi.

Iban a un club nocturno de Kolonaki, donde iban a reunirse con el resto del grupo. Kolonaki era una zona de moda de la ciudad, debajo del monte Likavetos.

Elisavet la presentó a las otras parejas con tanta simpatía que, a pesar de sí misma, Becky sintió un cierto orgullo. Aquella gente la estaba recibiendo con los brazos abiertos porque era la esposa de Matt Hawke y, para su sorpresa, la sensación no le resultó desagradable en absoluto.

Sonrieron y charlaron mientras leían el menú. Los asuntos de

negocios eran intercalados con comentarios sobre política.

Becky estaba riendo tras un comentario de Elisavet cuando sorprendió a Matt mirándola. La mano que sujetaba la copa de cóctel se quedó inmóvil. Estaban sentados a la mesa, esperando para pedir el menú la llegada de una pareja que faltaba. Allí, en la zona de restaurante del club, en un nivel superior a la pista de baile, se respiraba una atmósfera de relajada elegancia.

Era un establecimiento cosmopolita, los hombres iban enfundados en trajes formales y las mujeres llevaban vestidos de brillantes colores, y oro en sus gargantas y muñecas; sin embargo, en cierta forma, lo único real del lugar era la mirada azul de Matt. No podía quitarle los ojos de encima...

Alexis estaba diciendo algo que, de repente, llamó la atención de Becky. Bruscamente, apartó los ojos de los de Matt y los fijó en el rostro del griego.

— ¿Es verdad eso de que el barco tiene arreglo? —le oyó preguntar con expresión incrédula.

—Eso es lo que me han dicho —respondió Matt con una carcajada —, aunque dudo mucho que vuelva a salir a navegar con ese barco este verano.

Becky sintió que las mejillas se le encendían.

— ¿Cómo dijiste que ocurrió el accidente? —el tono de Alexis contenía una nota de despiadado humor que a Becky la hizo encogerse en el asiento.

— ¿Cómo ocurrió, Becky? —dijo Matt, mirándola fijamente.

Avergonzada, Becky lo miró agrandando los ojos por momentos. Abrió la boca para formular una respuesta adecuada. Podía decir: «Matt me raptó y yo intenté escapar». Pero eso no sólo resultaría increíble sino inadecuado con el papel de esposa devota que estaba representando. El pánico se apoderó de ella.

Su rostro enrojeció vivamente, quiso que la tierra la tragase. El silencio se prolongó y todos se la habían quedado mirando.

—Fue culpa mía —dijo Matt saliendo en su ayuda, pero el brillo de sus ojos era de humor cruel—. No aseguré bien el ancla y el meltemi comenzó a soplar. Becky y yo estábamos en la playa y yo... tenía la cabeza en otras cosas.

—Ah...

Los hombres intercambiaron miradas machistas e insultantes, pensó Becky furiosa; aunque, al menos, había salido del compromiso.

— ¡Ahora lo entiendo! —exclamó Alexis paseando los ojos por las suaves curvas de Becky—. Con semejante distracción, no me extraña que ocurran accidentes todo el tiempo.

—Será mejor que acabéis de poner a Becky en vergüenza —dijo

Elisavet en tono ligero—, Chang y su hija acaban de llegar.

Becky siguió la mirada de Elisavet. En la entrada del restaurante, el jefe de camareros estaba saludando a un hombre de aspecto distinguido y cabello gris; después, le indicó la mesa donde ellos estaban.

Al lado del hombre, había una chica de tan extraordinaria belleza oriental que incluso los sofisticados atenienses volvieron las cabezas para mirarla. Era pequeña, pero perfectamente proporcionada; llevaba un vestido dorado de seda bordada y el cabello, negro como el azabache, le caía casi hasta la cintura. Brillaba como un melocotón maduro al lado de su padre.

Con un sentimiento de amarga incredulidad, Becky temió que el corazón dejara de latirle, antes de que comenzara a palpitarle con terrorífica violencia. Su Lin caminaba hacia ellos, sus labios rosados esbozaban una seductora sonrisa y sus ojos almendrados estaban fijos en Matt.

Capítulo 8

LA CENA transcurrió sin que Becky se diera cuenta de nada de lo que la rodeaba; la deliciosa comida, el vino caro y la interesante conversación fueron como una especie de nube en la que Becky se encontró sin tener conciencia de ello.

Era una pesadilla, pensó casi mareada. Una vuelta al pasado, a pesar de que, en el pasado, Su Lin estaba lejos de ella mientras que ahora la tenía a su lado. Quería escapar. Quería levantarse y salir del club para perderse en el anonimato de la noche ateniense, y correr y correr, y no volver a ver jamás a Matt.

Pero Matt parecía tener los ojos fijos en ella cada vez que Becky arriesgaba una mirada en su dirección, como si, en silencio, quisiera recordarle el trato. Era una mirada burlona que parecía desafiarla a atreverse a marcharse de allí.

¿Se negaría Matt a invertir en el restaurante de Sofie y Richard si lo dejaba esa noche? Era un riesgo demasiado grande, y no podía olvidar lo mucho que su hermana la había ayudado después de la muerte de sus padres. Con el sacrificio de aquella noche, podía devolverle algo de lo mucho que Sofie había hecho por ella.

Becky apartó los ojos de aquella mirada azul. Dudaba poder hablar con él directamente; sin embargo, por fortuna, Matt pasó casi todo el tiempo hablando con Alexis o con Kenneth Chang.

Al parecer, Chang tenía negocios con un consorcio griego hotelero y de transporte marítimo, e iban a trasladar algunas de sus oficinas centrales de Hong Kong a Atenas. El común denominador parecía ser las gestiones de Matt con las dos partes.

— ¿Así que sigues siendo la esposa de Matt? —la suave voz de Su Lin era sólo para los oídos de Becky, pero la nota de odio era inconfundible.

Habían terminado de cenar y unos bailarines griegos se encontraban en la pista de baile, atrayendo la atención de todo el mundo. El grupo se había cambiado a una zona más tranquila para tomar los cafés, cerca de la pista y del bar, y Su Lin se había sentado al lado de Becky.

A Becky le dio un vuelco el estómago antes de volver la cabeza para mirar a Su Lin.

—Sí, lo soy —respondió forzando una tranquila sonrisa.

Notó que Matt las estaba observando mientras Alexis le hablaba animadamente. Elisavet también la miraba con expresión de curiosidad. Becky se sintió como en la cuerda floja.

— ¿Por cuánto tiempo más? —los ojos de Su Lin eran como dos

óvalos de carbón en su exquisito rostro ovalado.

Becky se encogió de hombros.

—Hasta que la muerte nos separe. Eso es lo que uno promete al casarse, ¿no?

—Así es —interrumpió Matt secamente.

Sin que Becky lo advirtiese, Matt se había acercado y se había apoyado en el respaldo de su asiento. Becky casi tiró el café, antes de dejarlo encima de la mesa con manos temblorosas.

—Me alegro de que hayas conocido a Su Lin, Becky, aunque no creo que tengáis mucho en común.

Becky alzó la cabeza y vio que el moreno rostro Matt había adquirido una expresión más cínica que de costumbre. Su hipnótica mirada estaba velada. Parecía un desconocido implacable, y el cuerpo de Becky se puso en tensión. Su Lin se levantó y lanzó una sensual mirada a Matt bajo sus sedosas pestañas.

—Matt, querido, es un placer volverte a ver. ¿Cuánto tiempo vas a pasar en Atenas?

—El suficiente para cerrar este trato —contestó él con voz suave—. Becky y yo estamos deseando volver a las islas, ¿verdad, querida?

La expresión de Su Lin ensombreció y Becky contuvo la respiración. ¿Era ese el verdadero motivo por el que Matt había insistido en que lo acompañara a Atenas, para dar la impresión de un matrimonio perfecto con el fin de poner punto final a su relación con Su Lin sin disgustar al padre de ésta?

Becky jamás se había sentido tan utilizada, tan manipulada. Se puso en pie con trabajo y buscó su pequeño bolso de terciopelo negro. El corazón le latía con violencia, mantener el control la estaba agotando. Al demonio con Matt y sus maquinaciones, había ido demasiado lejos.

—Os ruego me disculpéis, necesito tomar el aire.

—Lo comprendo —dijo Su Lin inmediatamente—. Imagino que empeñarse en mantener un matrimonio de mentira debe de ser agotador.

— ¿Quién ha dicho que sea de mentira? —en ese momento, Matt agarró a Becky del brazo obligándola a detenerse—. Nuestro matrimonio es perfecto, ¿verdad, cariño?

—Matt... yo...

— ¿Después de dos años de separación? —preguntó Su Lin con líquida furia en los ojos—. No creo que os queráis tanto.

—Te equivocas. Quiero a mi esposa y mucho.

La declaración de Matt la dejó sin aliento. ¡Qué gran mentiroso era! ¿Cómo podía ser tan... traicionero? ¿Cómo podía utilizar a la gente tan brutalmente? A pesar de todo, a pesar del dolor y el odio en

los ojos de Su Lin, a Becky casi le dio pena la chica.

El entorno adquirió una calidad irreal. Todo se disipó, excepto Matt y el brillo de sus ojos fijos en ella.

—Creo que Su Lin y tú tenéis mucho que hablar —consiguió decir Becky con voz gélida al tiempo que daba un paso hacia un lado para soltarse de Matt—, Ya he jugado bastante por una noche.

Consciente de que Alexis y su esposa estaban viendo la escena, Becky comenzó a caminar en dirección a la puerta. Ya no le importaba si su súbita marcha ponía en evidencia a Matt o no.

Incluso salvar el restaurante de Sofie ocupó un segundo plano; lo principal, era salir de allí y escapar a ese insoportable sufrimiento. No podía quedarse en el establecimiento ni un segundo más.

Salió del club casi sin ver y se enfrentó al aire caliente de las noches veraniegas de Atenas. La calle estaba llena de bares y elegantes cafés de los que salían notas de música griega.

En una esquina, había un puesto de maíz, y olió su aroma al pasar. No sabía adonde iba, las lágrimas le empañaban la vista. Hacía mucho tiempo que no lloraba por Matt. ¿Por qué había vuelto a su vida, para nacerla sufrir? ¿Por qué tenía que ser tan pérfido y tan egoísta?

— ¡Becky... Becky!

La estaba siguiendo. Becky lanzó una fugaz mirada hacia atrás y lo vio ganando distancia. Como una idiota, echó a correr, sin importarle lo ridícula que debía parecer corriendo con un traje de noche y zapatos de tacón de ante negro. A los pocos segundos, Matt le dio alcance y la obligó a detenerse.

—No estamos vestidos para correr —declaró él con voz tensa.

La chaqueta se le había desabrochado y el lazo se le había soltado. Tenía un aspecto amenazante.

—Dime, ¿cuándo vas a dejar de arrojar la toalla cuando las cosas no salen como a ti te gusta?

— ¡Típico! Siempre es culpa mía, ¿verdad? Me convenciste, por medio del chantaje, para que te acompañara aquí y representase el papel de esposa feliz. Me has tratado como a una prostituta y, para colmo, se te ha olvidado decirme que tu amante iba a venir a cenar también.

Estaban delante de un café lleno de gente de aspecto elegante. Becky sintió que Matt y ella se estaban convirtiendo en el centro de atención. Se puso rígida e intentó soltarse de él, pero no lo consiguió.

— ¿Habrías venido si te lo hubiera dicho?

— ¡No lo sé! Quiero mucho a Sofie, pero puede que ni siquiera el negocio de mi hermana me importara lo suficiente como para pasar por esta humillación.

Los ojos de Matt estaban cargados de sombrío humor.

—Sí, claro, mi chantaje...

— ¡Te crees muy listo y poderoso! Pues bien, quiero que no vuelvas a aparecer en mi vida y que no...

—Admítelo, Becky, has venido a Atenas porque querías venir.

— ¡Cómo puedes ser tan arrogante! Matt, no sólo te odio sino que...

—Vámonos de aquí —murmuró él con cierto humor en los ojos.

Becky miró a su alrededor y se dio cuenta de que casi todo el mundo los estaba mirando.

—Ven, cogeremos el funicular que sube hasta el monte Likavetos, allí hay un sitio donde podemos hablar —añadió Matt.

Se sentó al lado de Matt en silencio mientras el funicular ascendía por la empinada colina, alzándolos hacia el estrellado cielo. En la cima, Becky contuvo la respiración involuntariamente, la vista desde aquel acogedor café era espectacular. La altura de la montaña hacía que incluso la Acrópolis pareciera pequeña en una eterna belleza. Abajo, en el valle, Atenas pulsaba de vida.

— ¿Café o algo más fuerte? —preguntó Matt.

—No sé si quiero algo... —respondió Becky apenas consciente de la presencia del camarero.

—Dos coñac —pidió Matt con voz queda.

—Te crees una especie de dios, ¿verdad? —le espetó ella furiosa—. Decides lo que tomo, utilizas a la gente...

—No te he utilizado, Becky.

—Me llevaste de viaje en velero sin mi permiso. Me has utilizado esta noche por motivos de negocios. Me sueltas a Su Lin sin advertirme antes y... Me dan ganas de matarte, Matt.

—No podrías, eres demasiado buena para matar, querida —su humor la enfureció aún más.

— ¡No te pongas paternalista conmigo! ¡Y no soy tu querida!

—Y Su Lin no es mi amante.

Se hizo un breve silencio. Después, Becky se pasó la mano por los ojos tratando de mantener la calma.

— ¿Y esperas que me crea eso?

Matt encogió sus poderosos hombros.

—Ya no sé lo que creo.

Becky abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla. La cabeza le daba vueltas.

—Pues Su Lin parece creerlo —consiguió decir con voz queda.

—A Su Lin siempre le ha costado distinguir la verdad de la mentira. Y nuestro problema es que los celos paranoicos y los matrimonios felices sin incompatibles.

— ¿Celos? Eso es sólo una pequeña parte de lo que fue mal en nuestro matrimonio, ¿no te parece? Al menos... al menos, los celos son un sentimiento activo y positivo producto del cariño.

Llegaron los coñac. Becky se quedó mirando el suyo con expresión rebelde pero, por fin, bebió un sorbo. El fuerte líquido le quemó la garganta.

—Si lo que quieres decir es que yo no te quería, estás equivocada —le dijo Matt con voz suave.

Becky cerró los ojos. Tenía que aclararse las ideas, tenía que averiguar qué era lo que sentía.

—Matt, no vale con decir eso, uno tiene que demostrarlo, ¿es que no lo entiendes? Cuando te necesitaba, cuando te necesitaba de verdad, tú no estabas ahí, sino en un avión.

—Lo sé.

Becky abrió los ojos y lo miró con fijeza.

—Las acciones valen más que mil palabras, ¿eso es lo que quieres decir? Dios mío, Becky, ¿es que no te das cuenta de que sé perfectamente que te fallé?

La admisión de Matt hizo que el corazón de Becky comenzara a latir con más fuerza.

—En ese caso...

La situación la desarmó. Estaba acostumbrada a un Matt arrogante y manipulador, pero... ¿honesto y humilde? No sabía si podría mantener la compostura.

—Te lo dije en la playa de Skyros, no estaba preparado para el matrimonio —añadió Matt bajando la cabeza y con una sonrisa débil —. Si quieres que te diga la verdad, Becky, estaba aterrorizado.

— ¿Qué? ¿Sabiendo que estaba locamente enamorada de ti? —la amargura de ella le sobresaltó.

—Lo que me asustaba era no saber si tú creías que estabas cometiendo una equivocación —respondió Matt con voz queda—. No dejaba de preguntarme si Ted Whiteman no tenía razón al decirme que yo te había destrozado la vida al dejarte embarazada.

—Espera un momento, ¿te importaría dejar a Ted Whiteman al margen de esto? Ted sólo era un amigo...

Como jefe de la agencia de modelos, no le había gustado que ella dejara el trabajo. Pero luego, cuando perdió al niño, le demostró ser un verdadero amigo. Durante las frecuentes y prolongadas ausencias del Matt en el extranjero, la llamó y la llevó a cenar en varias ocasiones, y le hizo compañía en los momentos en que más lo necesitaba.

—Al menos, me hizo compañía después del aborto, cosa que tú no hiciste.

—Claro —dijo Matt en tono sarcástico—. Yo sólo te conocí, te dejé embarazada y me casé contigo. ¿Qué más querías?

—No me dejaste embarazada, se necesitan dos personas para concebir, Matt. Descubrir que estaba embarazada fue... fue lo mejor que me había pasado en la vida y...

—Y de repente dejaste de estarlo —concluyó él secamente.

Con un gesto brusco, Matt se llevó la copa de coñac a los labios y después volvió a dejarla en la mesa dando un golpe.

—Y lo mejor se acabó, ¿no es eso? —añadió Matt en un tono de voz que Becky no comprendió.

Sobrecogida por una súbita emoción, a Becky le resultó muy difícil hablar.

—Matt... me parece que esta discusión no nos va a llevar a ninguna parte. Si te digo que te quería, tú sacas a relucir a Ted Whiteman; y si te digo que estaba feliz cuando me enteré de que me había quedado embarazada, me acusas de que sólo me casé contigo para que mi niño tuviera un padre.

Becky hizo una pausa para tomar aliento antes de continuar.

—Lo que no consigue metérsete en la cabeza es que, cuando te necesitaba desesperadamente, tú te alejaste de mí, te fuiste al extranjero y te quedaste allí. Fuiste a clubs nocturnos en Hong Kong con Su Lin y saliste en la sección de sociedad de los periódicos. ¿Qué clase de marido que quiere a su esposa hace eso?

—Uno que estaba sufriendo tanto como su mujer.

Pero Becky sabía que no debía fiarse de él. Esa nueva actitud honesta de Matt Hawke era otro de sus juegos psicológicos. Ese hombre estaba obsesionado con controlarlo todo.

— ¿Estás diciéndome que perder el niño te dolió tanto como a mí?

—Eso no puedo saberlo —contestó Matt con gesto de resignación antes de continuar—. Lo que estoy intentando decirte, Becky, es que quería que tuviéramos ese hijo, lo quería de verdad. Tengo que admitir que, cuando me diste la noticia, me quedé muy sorprendido, jamás había pensado en ser padre. Pero luego, me pareció una gran idea eso de que nos casáramos y formáramos una familia. Entonces, tú tuviste el aborto y te viniste abajo. Lo único que se me ocurrió pensar fue que no querías estar conmigo. Me apartaste de ti...

—No era ésa mi intención. Matt, estaba destrozada. Además, padecí un desequilibrio hormonal. De repente, te sentí muy lejos de mí, como si se hubiera abierto un precipicio entre los dos... ¿me comprendes?

Matt respiró profundamente y luego se hizo una pausa.

—Cuando tenía doce años, mi madre abandonó a mi padre —le dijo Matt con voz queda—. Mi padre no pudo soportarlo y se vino

abajo, yo me juré a mí mismo que no le permitiría a ninguna mujer hacerme lo mismo. Creo que sentí que tú… me estabas abandonando mentalmente —Matt sonrió débilmente—, ¿Te parece comprensible lo que acabo de decir?

De repente, Becky se dio cuenta de que aquella era la primera vez que Matt hablaba de su madre. Tragó saliva. No era el momento de sentir compasión por Matt, una compasión que podía impedirle discernir la verdad. Era demasiado tarde.

—Por eso me dejaste tú primero, ¿no?

—Yo no te dejé, Becky, tenía que ir a Hong Kong por asuntos de negocios. Fuiste tú quien me abandonó.

Los ojos de Matt se habían endurecido, su expresión se había tornado hostil.

Becky no sabía qué pensar, apenas recordaba lo que se habían dicho. De repente, volvió a sentir la sensación de que se alejaban el uno del otro irremisiblemente.

—Te dejé… porque no podía hacer otra cosa —dijo Becky temblando.

La frase pareció anunciar la inminencia de su divorcio con trompetas. ¿Por qué se sentía como si le hubieran partido el corazón?

—Y ahora, aquí estamos otra vez —murmuró él—, haciéndonos sufrir mutuamente, igual que antes.

—No, nada de eso —respondió Becky rápidamente. Volvía a temblar, tenía las palmas de las manos empañadas en sudor—. No, Matt. Si siguiera queriéndote, seguirías haciéndome sufrir con tus trucos y tus juegos. Pero ya no…

— ¿No? —la sonrisa de Matt era dura, carente de humor.

—No —insistió ella con firmeza—. He madurado mucho durante estos dos últimos años, jamás permitiré que una relación me afecte como me afectó la nuestra. No voy a volver a ser un peón en tu ambicioso mundo.

Se hizo otro silencio cargado de tensión. El rostro de Matt era una dura máscara.

—Está bien —dijo él con gesto inexpresivo—. Sin embargo, con un poco de suerte, creo que mis juegos de poder han dado sus frutos. En cuanto a esta noche, a menos que tu dramática salida haya estropeado el trato, he conseguido que el grupo de Alexis me contrate como consultor. Y si me decido por invertir en el restaurante de tu hermana y Richard, me parece que mi nuevo estilo de vida satisfará mis ambiciones. ¿Te parece que nos vayamos, señora Hawke?

Matt no la tocó mientras se dirigían al funicular. Los diez centímetros que la separaban de Matt parecían un kilómetro. Su matrimonio estaba muerto, pensó Becky con dureza. La desolación

que sentía era natural, una reacción lógica a la inevitabilidad del cambio, el sentido de pérdida...

— ¿Si decides invertir en el restaurante? —le preguntó ella de repente.

Ya estaban caminando hacia el hotel cuando Becky encontró el valor suficiente para sacar el tema.

—Dijiste que si te acompañaba a Atenas ayudarías a Sofie y a Richard.

—Cierto, pero dependía de que representaras el papel de amante esposa con convicción, querida —la mirada azul de él brilló peligrosamente—. A Alexis y a Elisavet les ha sorprendido mucho que salieras del restaurante como si te persiguiera el diablo.

— ¿Qué esperabas que hiciera, que me quedara allí aguantando los insultos de Su Lin? ¿Ahora me acusas de haber estropeado tus tratos y tus negocios? —preguntó ella con una furibunda mirada—. ¡Dios mío, Matt, estás presionando demasiado!

—Tranquilízate y deja de sacar conclusiones sin base. Ese es tu peor defecto, señora Hawke, sacar conclusiones sin fundamento.

Becky respiró profundamente antes de contestar.

—Nada de sin fundamento, sino con todo el fundamento del mundo. Igual que llegué a la conclusión de que te casaste conmigo en vez de con Su Lin porque me había quedado embarazada.

—Ya estamos otra vez con eso de que sólo me casé contigo porque te dejé embarazada —Matt le lanzó una mirada amenazante.

—No seas tan paternalista conmigo —dijo ella acaloradamente—. ¡Y deja de escucharte sólo a ti mismo!

Matt sonrió cínicamente.

—Hablando de dejarte embarazada, señora Hawke, ¿hay alguna posibilidad de que la historia se haya repetido?

—No —consiguió responder ella con la mayor dignidad posible—. Si crees que me iba a exponer a cometer el mismo error otra vez, me consideras más tonta de lo que soy.

Al mirarlo, no vio en la expresión de Matt si estaba aliviado o desilusionado.

— ¿Estás tomando la píldora? —preguntó Matt en tono burlón.

—Claro que sí.

Llegaron a un cruce y Matt la detuvo para evitar que, sin darse cuenta, Becky se echara encima de un taxi que iba a toda velocidad.

Becky estaba experimentando una repentina angustia. Era cierto que había estado tomando la píldora, pero llevaba algún tiempo sin tomarla y, desgraciadamente, la súbita y furiosa pasión que se había desencadenado entre los dos debía haberle afectado el cerebro porque no se le había ocurrido pensar en ello.

¿Cabía la posibilidad de haberse quedado embarazada otra vez? ¿Iba a repetirse la historia? El cruel comentario de Matt le martilleó el cerebro y Becky se estremeció a pesar del calor.

—Así que has estado tomando la píldora desde que me dejaste, ¿no? ¿Formaba parte de tu nuevo estilo de vida? —preguntó Matt mientras seguían andando—. ¿Qué te pasa, Becky? ¿Acabas de acordarte de algo?

Las mejillas de ella se encendieron al notar ese tono burlón en su voz. Matt lo sabía. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

—Sé lo que estás intentando hacerme, Matt —dijo ella con voz quebrada—, pero no vas a salirte con la tuya.

— ¿Quieres decir que no me vas a hablar de tus otras relaciones desde que me dejaste? Tú tienes derecho a acusarme de adulterio, pero yo no a ti, ¿es eso?

Matt estaba malinterpretando sus palabras a propósito. Apretando los dientes, Becky contestó:

—Para tu información, te diré que jamás he cometido adulterio, ni con Ted Whiteman ni con nadie. Pero no, no es eso a lo que me refería. Lo que he querido decir es que, si crees que puedes continuar manipulándome y convertirme en otro de tus objetos dejándome embarazada, olvídalo.

Llegaron a la entrada del hotel y ella le lanzó una rápida mirada con los ojos llenos de lágrimas.

—Y si por casualidad me he quedado embarazada en estos dos días, haré todo lo que esté en mi mano para que no tengas nada que ver con mi hijo, Matt.

Capítulo 9

QUIERES decir que existe la posibilidad de que te hayas quedado embarazada otra vez? —preguntó Matt con voz brutal y triunfal.

Becky parpadeó. No estaban solos en el ascensor, había dos mujeres americanas que habían dejado de hablar tras la fría pregunta de Matt. La tensión era palpable.

—Una posibilidad muy interesante —insistió él con voz queda.

El malicioso brillo de los ojos de Matt hizo que a Becky le hirviera la sangre. En la pared del fondo del ascensor había un espejo y Becky vio sus imágenes: la de ella, un rostro blanco con unos enormes ojos; por el contrario, Matt, moreno, tenía un aspecto casual y sumamente atractivo con aquel traje formal. Las dos americanas miraban al suelo.

— ¡Cómo te atreves a alardear cuando puedes ser responsable de haberme dejado embarazada otra vez! —Becky no pudo evitar susurrar aquella acusación, estaba perdiendo los nervios.

—Creía que «dejarte embarazada» era una frase errónea —bromeó él sin piedad—. Hacen falta dos para concebir, tú misma lo has dicho.

—Dos personas que se quieran y que quieran tener un niño.

—Vuelves a equivocarte, querida. Al principio, nos queríamos mucho, pero no teníamos intención de hacer un niño, ¿no es cierto?

El ascensor se detuvo y las dos americanas salieron con evidente desgana. Becky estaba fuera de sí. Esperó a entrar en su suite antes de continuar.

—Esta vez no ha habido amor. Además, creo que es sumamente improbable que haya concebido sólo...

— ¿Sólo haciéndolo una vez en la playa? —concluyó Matt arqueando una ceja—. Yo diría que dimos los pasos necesarios para hacer un niño, cariño, ¿no estás de acuerdo conmigo?

—Tener un hijo tuyo es lo último que haría —contestó ella con voz ronca, odiando la burla de Matt—. Y si me hubiera quedado embarazada, sería por culpa tuya.

—No recuerdo haberte forzado —comentó él con crueldad—. ¿Estás diciendo que te he forzado?

— ¡Me raptaste!

—Baja la voz, Becky, y tranquilízate si no quieres que te suba la tensión. Eso es muy malo en los primeros días de embarazo.

La última burla de él fue la gota que colmó el vaso. Con un ronco sollozo, Becky se tiró a él con furia incontrolable. Matt la sujetó contra sí, inmovilizándola.

—Vamos a la cama para hablar con calma sobre esto, ¿de acuerdo?

Becky se zafó de él y lo miró con expresión incrédula. Hay estaba

ese brillo peligroso en sus ojos otra vez. De repente, los crímenes pasionales le parecieron comprensibles; durante un momento, se vio a sí misma estrangulando a Matt. Después, la imagen se disolvió para dar paso a otra imagen, la de ella en sus brazos, besándolo con todo el deseo reprimido que provocaba en ella.

— ¿Que vayamos a la cama? Si se te ocurre tocarme esta noche, llamaré a la policía y te acusaré de violación.

—Eh, tranquila, no es culpa mía que tengas mala memoria, ¿no te parece?

El brillo de humor frío de los ojos de Matt fue devastador. Becky quiso pegarle otra vez, pero se apartó de él y se fue a la terraza. Allí, se agarró a la barandilla temblando.

—Reconócelo, Becky, lo que pasó en la playa de Skyros tenía que pasar, era algo inevitable que escapó a nuestro control.

La suave voz de Matt la sorprendió. Despacio, Becky se dio la vuelta. Matt estaba a unos pasos de ella con las manos en los bolsillos de la chaqueta y una expresión dura. Súbitamente, su espíritu de lucha la abandonó. Confusa, sacudió la cabeza. Después, lanzó una queda carcajada, se pasó la mano por los cabellos y luego dejó caer el brazo.

—Yo... no sé; no lo sé, de verdad —dijo Becky por fin.

Sus miradas se encontraron. ¿Veía cierta vulnerabilidad en los ojos de Matt o era su imaginación?

—Te digo lo mismo.

Becky respiró profundamente.

—Aunque ése fuera el caso, lo único que demuestra es que aún nos atraemos físicamente —consiguió decir Becky con calma.

—Eso es verdad.

—Matt... —Becky lo miró con expresión de absoluta impotencia—. Matt, me encuentro muy confusa...

— ¿Has traído las píldoras en este viaje? —preguntó él secamente.

Becky sacudió la cabeza. De repente, se echó a reír de forma bastante histérica. Luego, se sentó en el sillón que había junto a la ventana.

—La verdad es que dejé de tomar la píldora cuando empecé con los medicamentos contra el virus que pillé en África. Hasta que tú no has sacado el tema en el café, ni siquiera me había acordado. La verdad es que no era algo que jugase un papel importante en mi vida. Sólo tomaba la píldora como... como precaución por lo que me pasó contigo.

—Becky, ven aquí.

Había algo hipnotizante en Matt. Como si no tuviera voluntad propia, Becky se levantó del sillón y comenzó a caminar hacia él.

— ¿No vas a cambiar de idea respecto a lo de no tocarte esta

noche? —la voz de Matt fue una dura caricia llena de feroz y reprimido deseo—. No se me da bien suplicar, cariño, pero te necesito. En estos momentos, eres lo que más necesito en el mundo.

—Matt... tengo tanto miedo...

— ¿De volver a quedarte embarazada?

—No, de que... de que te acerques a mí demasiado.

—Becky... —Matt la estrechó en sus brazos con controlada violencia—. Becky, preferiría morir antes que hacerte sufrir otra vez.

Becky casi no podía respirar, la dura proximidad de Matt desencadenaba en ella una ardiente reacción en sus muslos y pechos.

— ¿En serio? ¿De verdad que no haces esto para que vuelva a quedarme embarazada con el fin de crear un nuevo lazo de unión entre los dos?

—Becky, ¿por qué tienes un carácter tan sospechoso? —murmuró él con voz espesa.

El calor entre ambos aumentaba, haciéndola temblar mientras Matt depositaba numerosos y diminutos besos en su boca, mejillas y garganta.

— ¿Es que todavía no te has enterado de que lo único que quiero es a ti, Becky? —dijo Matt tumbándola en la cama, aprisionándola bajo su cuerpo—. Si quieres, me pondré un preservativo, esta noche y todas las noches. Y en el futuro, me haré cargo de que no se te olvide la píldora, si eso es lo que quieres. Lo único que necesito es que admitas que aún sientes algo por mí.

—Lo admito, aún siento algo por ti —los ojos de Becky era dos pozos de fuego en su enrojecido rostro.

Era verdad, pensó Becky rindiéndose. Al margen de lo que el futuro pudiera depararle, al margen del juego que Matt se trajera entre manos, aquella noche no podía seguir fingiendo. Todavía lo amaba, nunca había dejado de amarlo.

El corazón le latía con tal fuerza que Becky temió que le abriera un agujero en el pecho. Su estómago era como fuego líquido, una incontrolable respuesta a lo que Matt despertaba en ella. Alzó una mano temblorosa y le tocó la mandíbula.

—Y no... no te pongas un preservativo —susurró ella con voz quebrada, enrojeciendo salvajemente bajo la mirada de él—. Al menos, por el momento, sigues siendo mi esposo, ¿verdad?

Becky se mordió los labios, reprimiendo una tímida sonrisa, y añadió con voz ronca:

—Y te deseo... quiero sentirte dentro de mí.

—Becky... Oh, Dios mío, Becky...

En ese momento, Matt perdió por completo el control. Lanzó un gruñido y se quitó el lazo a tirones, con impaciencia; después, se

deshizo de la chaqueta y la camisa antes de poner los dedos en la cremallera del vestido de Becky. Se lo bajó por los brazos con urgente tensión. Y ella, desorientada, se agitó bajo él.

Matt se encargó rápidamente del resto de las ropas y luego comenzó a quitarle a Becky, más despacio y eróticamente, el sujetador. Becky contuvo la respiración cuando Matt la despojó de la blanca seda, revelando las pálidas curvas de sus pechos.

—Eres tan especial... —murmuró él con contenida pasión.

Después, bajó el rostro y, mientras con las manos le acariciaba los pechos, le chupaba los pezones con la boca.

—Matt... por favor...

Cada caricia que Matt le administraba era intensamente erótica e insoportablemente excitante. Becky se arqueó hacia él para que le tocase todo el cuerpo, para que pasara aquellas manos por su estómago y por el ardiente y húmedo dolor de la líquida hoguera entre sus piernas. Ardía en llamas, se estaba quemando, quemando... Con una queda carcajada medio ahogada, medio tímida y medio sensual, Becky le puso las manos en los hombros, clavándole las uñas en la dura seda de los músculos.

—Hazme el amor —le urgió en una ronca plegaria. Se sentía abandonada a él y salvajemente excitada—. Ahora, Matt...

— ¿Ahora? —bromeó él con voz espesa.

Pero ya le estaba bajando la diminuta prenda de seda blanca por las temblorosas piernas, acariciándole la dulce calidez de su delicada feminidad.

— ¿Ahora, señora Hawke? ¿Antes de quitarte el exquisito liguero y las medias?

— ¡Matt!

El deseo la tenía fuera de sí, embriagándola con increíbles sensaciones que envolvían su cabeza como un agua oscura, que la quemaban como un fuego negro.

—Matt, déjate de bromas. Aunque sólo sea por una vez, ¿te importaría tomarme en serio?

—Te tomo muy en serio, cariño —bruscamente, la aplastó con el cuerpo al tiempo que le acariciaba la satinada piel por encima de las medias.

—Te tomo tan en serio que jamás volverás a dejarme.

La salvaje ternura con que Matt la poseyó fue como una tormenta que se desencadenó encima de ella, haciéndola temblar compulsivamente hasta lo más profundo de su ser. Becky se aferró a él ciegamente con el cuerpo bañado en sudor. La pesada invasión que su cuerpo experimentó era lo que anhelaba físicamente, pero la emoción que causó en ella era lo que quería para siempre. La tormenta se hizo

más violenta, hasta que, por fin, la llevó a la cumbre de un insoportable placer…

—Mañana volveremos a Skopelos —murmuró Matt siglos más tarde.

Becky tenía los párpados pesados y se había abandonado lánguidamente en los brazos de Matt. Aferrándose al momento presente, dejó que las oscuras olas aterciopeladas del sueño se apoderaran de ella. Mañana. Mañana hablarían de todo aquello. Pero el mañana parecía muy distante…

—He recibido la carta de tu abogado esta mañana.

Matt, con pantalones vaqueros cortados y una camiseta negra estaba al volante de la potente motora que habían alquilado, unas gafas de sol ocultaban sus ojos.

Iban a toda velocidad, la sensación era excitante y ligeramente alarmante. Becky se sujetaba a ambos lados de la motora y vio la costa de Skopelos pasar como una fugaz visión verde, azul y dorada.

— ¿Cómo ha llegado a tu poder?

— ¿Qué has dicho?

— ¿Que cómo ha llegado a tu poder? —Becky se levantó y, a gatas, se acercó a Matt—. ¿No podemos ir un poco más despacio? Es imposible hablar contigo a semejante velocidad.

Matt sonrió y aminoró la velocidad.

—Mi ama de llaves la recibió y me la envió a Atenas, a la oficina de Alexis.

—Oh.

—Así que ya es oficial —dijo él con gesto inexpresivo.

Matt había comenzado a dirigir la barca hacia la costa, hacia una pequeña cala. Becky miró a Matt tratando de leer su expresión al tiempo que analizaba lo que ella misma sentía. Desde que se despertaron esa mañana en Atenas, el uno en los brazos del otro, había entre ellos una atmósfera de tensa tranquilidad. Ella estaba demasiado nerviosa para pensar fríamente, y Matt se mostraba demasiado educado. Se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que él estaba pensando, de lo que sentía…

—Esta es la taberna —anunció Matt mientras apagaba el motor de la lancha.

Al momento, saltó al agua, que le llegaba por las rodillas, con el fin de sujetar la lancha.

— ¿Reconoces este sitio?

Becky se puso la mano sobre los ojos a modo de visera y miró hacia la playa. Fue entonces cuando vio la taberna al aire libre y, al menos, media docena de personas comiendo a la sombra de una parra.

Detrás, había una cabra atada a un olivo. Más atrás, se alzaba una colina cubierta de tomillo silvestre. El cielo azul brillaba tras un pinar. La paz del lugar era casi tangible.

—Sí, lo reconozco. Vinimos aquí hace tres años.

¿Por qué era tan sentimental? Con las alpargatas en la mano, Becky echó a andar hacia la playa detrás de Matt. Los recuerdos se agolparon en su cabeza con agonizante claridad.

— ¿Te acuerdas de las increíbles tortillas de queso feta? —Matt la observaba con una sonrisa ladeada.

— ¿Cómo podría haberme olvidado de eso? El tabernero hace su propio queso con la leche de las cabras que tiene, ¿verdad? —Becky lanzó una breve carcajada—. Matt, ¿por qué hemos venido aquí? Has dicho que querías enseñarme una cosa.

—Así es —algo raro en él, Matt pareció titubear unos segundos.

El moreno rostro de él mostró cierta incertidumbre y a ella le dio un vuelco el corazón. Becky se sentía confusa y, tras la rendición de la noche anterior, dolorosamente consciente de su vulnerabilidad.

— ¿Quieres verlo antes o después del almuerzo?

— ¿Ahora? —sugirió ella sin poder disimular su impaciencia.

—Me muero de hambre —dijo Matt, su incertidumbre desvaneciéndose en una sonrisa—. Además, hay que subir bastante. Vamos a comer primero.

— ¡Matt!

Medio enfadada, medio riendo, lo siguió hasta la taberna. Las tortillas estaban tan buenas como las recordaba: ligeras, crujientes, delicadamente saladas, irresistibles. El vino era blanco, frío y fragante. La ensalada griega era una de las mejores que había comido nunca, llena de olivas negras de las colinas de Skopelos.

Sin embargo, a pesar de la tranquilidad del medio, había una gran tensión entre los dos. Cada vez que miraba a Matt, recordaba la forma apasionada en que habían hecho el amor en la habitación del hotel de Atenas y enrojecía de los pies a la cabeza.

Cuando acabaron de almorzar, salieron de la taberna y Matt la condujo hacia el empinado sendero que corría por entre los olivos; Becky estaba tan nerviosa que habría subido a cualquier parte. Los arbustos le arañaron las piernas. Por fin, casi sin aliento, Becky llegó a la cima de la colina, donde Matt se había detenido. No había nada allí, sólo pinos, arbustos y mucho calor. Nada más.

—Ya hemos llegado. ¿Qué te parece?

— ¿Se trata de una broma, Matt?

Matt se quitó las gafas de sol y la observó con fijeza. La brillantez de la luz del sol intensificó el azul de su mirada.

—No, en absoluto. Mira la vista.

Becky giró sobre sus talones despacio y tuvo que reconocer que la vista era asombrosa. El verde de los pinos contrastaba con el mar azul y la dorada arena de la costa.

—Sí, es una vista muy bonita. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Esto es mío —contestó él con repentina brusquedad—. Lo he comprado hace unos dieciocho meses, cuando aún creía que existía la posibilidad de que volvieras conmigo.

— ¿Que compraste qué? ¿La vista?

—Este terreno —le corrigió él con paciencia—. Tengo permiso para construir aquí una casa. De no haber firmado los papeles del divorcio, esperaba que pudiéramos diseñar la casa juntos para construirla aquí.

— ¿Aquí?

El rostro de Matt no mostró sentimiento alguno.

— ¿No te gusta? ¿Demasiada tranquilidad? ¿Demasiado lejos de las luces de la ciudad?

—No digas tonterías —Becky estaba haciendo un gran esfuerzo por controlar su reacción, por comprender lo que Matt estaba diciendo.

—O podría construirla ahí abajo, más cerca de la cala. La cala también es mía... y la colina y el olivar.

Becky estaba sacudiendo la cabeza lentamente, atónita.

— ¿Tú? —consiguió decir con voz débil—. ¿Que tú has comprado una cala y un olivar en una isla griega?

—Sí, a unos alemanes.

Becky se lo quedó mirando.

— ¿Así que... hace dieciocho meses viniste a Skopelos y compraste este terreno?

Matt asintió. La miró con tal intensidad, que Becky creyó que podría leerle el pensamiento.

—Y luego, ¿qué hiciste?

—Vendí mis empresas e hice un plan para cambiar de vida.

— ¿Y todo eso por mí? —preguntó ella casi sin atreverse en un quebrado susurro.

— ¿Tú qué crees? ¿No te he dicho ya que eres una mujer muy poderosa, señora Hawke? ¿Qué más puede hacer un hombre después de que su esposa lo abandone?

Becky reprimió una nerviosa carcajada. Una cautelosa felicidad le corrió por las venas. Sin embargo, no le resultaba fácil fiarse de Matt.

—Cosas mucho menos drásticas, supongo.

Matt se acercó a ella despacio. Luego, con cuidado, se sentó en una roca que había a espaldas de Becky.

—Becky, puede que creas que ni siquiera noté que te marcharas.

Estabas convencida de que, en Hong Kong, me pasé el tiempo de fiesta en fiesta y que mantenía relaciones con Su Lin, ¿verdad? Pues bien, nunca he tenido relaciones con Su Lin. Es verdad que su familia quería que me casara con ella, y también Su Lin, pero sólo eso.

Matt hizo una pausa antes de continuar.

—Desde el momento en que tú y yo hicimos el amor aquella noche en Londres, te convertiste en la única mujer de mi vida. Sé que no me crees, nunca me creíste. Como tampoco me creíste aquella noche que te llamé por teléfono y te dije que la carta de Su Lin era una sarta de mentiras. Anoche, en Atenas, quería que conocieses a Su Lin con el fin de demostrarte que no tienes nada que temer de ella…

— ¿Que no tengo nada que temer de ella? —repitió Becky débilmente—. Te comía con los ojos.

La expresión de Matt mostró humor brevemente, pero la intensidad de su mirada no se alteró.

—Pero no es mutuo, y lo mismo ocurría cuando me abandonaste hace dos años. Cuando te marchaste, me quedé sin saber qué hacer, me quedé estupefacto. Estaba furioso; pero, al final, comprendí lo estúpido que era y lo mal que me había portado contigo.

—Matt…

—Quiero contarte una cosa que me pasó y de la que nunca te he hablado —continuó él con voz ronca—. Después de que te marcharas, cuando reflexioné sobre ello, me di cuenta de que esto que voy a contarte tenía mucho que ver con el desastre que había causado en nuestro matrimonio. Hace años, cuando estaba en la universidad, hubo una chica en mi vida. Los dos teníamos dieciocho años y estábamos en el primer curso de la carrera, nos enamoramos como dos colegiales, pero éramos muy niños. La quería mucho. Al final de curso, ella suspendió los exámenes, tomó una sobredosis de barbitúricos y murió.

—Oh, no…

—Entonces, yo decidí que enamorarse era algo que debía evitar a toda costa. Además, ya había visto lo que el amor le había hecho a mi padre.

—Lo siento.

—Eso pasó hace mucho tiempo, Becky.

Matt cambió de postura, tomó una mano de Becky y comenzó a acariciarla.

—Eso me pasó hace trece años; sin embargo, cosas así se te quedan en el subconsciente. Fue cuando empecé a analizar mi relación contigo cuando me di cuenta de que había estado tratando de no comprometerme contigo realmente porque, en el pasado, había querido a una persona y había acabado sufriendo. ¿Comprendes lo que

estoy tratando de decirte?

—Pero cuando yo te dije que estaba embarazada, tú me pediste que me casara contigo inmediatamente —susurró ella con el corazón encogido al ver el dolor de Matt reflejado en sus ojos.

—Fue una excusa —admitió él con voz ronca y mirada triste—. El niño me permitía una disculpa para no entregarme a ti por completo, conseguí engañarme a mí mismo diciéndome que estaba haciendo lo que debía. Te quería tanto, que me daba miedo. Cuando me pediste que no me fuera a Hong Kong aquella noche... ¿te acuerdas?

Becky asintió mordiéndose los labios.

—Sí, me acuerdo.

—Eras la única mujer a la que quería, pero estaba tan asustado que necesitaba escapar. Casi me volví loco pensando en ti en Hong Kong.

—Sigo sin comprender... Matt, si me querías, ¿por qué me dejaste y te marchaste a Hong Kong cuando más te necesitaba?

De repente, Becky se echó a llorar. Las lágrimas le corrieron por las mejillas y el corazón parecía a punto de estallar. Con un brusco y fiero movimiento, Matt se pasó las manos por el cabello; después, las dejó caer.

—Sí, lo estropee todo, ¿verdad? Creía que no querías estar conmigo después de perder al niño. Ted Whiteman me había dicho que te había sentado muy mal tener que dejar tu carrera como modelo.

— ¿Que Ted te dijo eso?

—Sí, en el banquete de nuestra boda —respondió Matt con una sonrisa ladeada.

—Eso es ridículo —respondió Becky secándose las lágrimas—. Estaba feliz con la idea de que fuéramos a tener un hijo y dejé el trabajo como modelo porque quise, y también dejé mis estudios porque quise. Quizá... quizá fuese algo infantil, pero lo único que quería en el mundo era ser la señora de Matt Hawke. Estaba tan enamorada de ti...

El rostro de Matt estaba lleno de tensión.

—Ted Whiteman parecía muy seguro de lo que decía.

—Sospecho que estaba algo enamorado de mí —admitió ella pronunciando despacio las palabras—. Debió decirte eso para crear problemas. No sabía nada de lo que me has dicho. Te aseguro que jamás le di motivos para creer que podía haber algo entre él y yo. ¿Me crees, Matt?

—Me sentía tan inseguro que le creí; además, me sentía culpable de que hubieras dejado tus estudios. Y luego, de repente, perdiste el niño y... y acabamos comportándonos como si fuéramos dos desconocidos. Me asusté mucho. Veía que nuestra relación nos iba a

hacer sufrir y por eso me fui a Hong Kong.

Se hizo un prolongado silencio. Por fin, Matt dijo con el rostro falto de expresión:

—Supongamos que no nos divorciáramos...

—Matt, yo...

—Déjame terminar, deja que te explique cómo veo la situación, Becky. Aún tengo la casa de Hampstead y también tengo la intención de pasar algún tiempo en Londres todos los años. Voy a alquilar una casa en el pueblo de Skopelos mientras me construyen la casa aquí. Económicamente, estoy en una buena situación porque vendí varias compañías y, además, voy a trabajar como consultor para Alexis. Como mucho, tendré que ir a Atenas una vez a la semana, eso es todo.

— ¿Cómo lo has conseguido?

El análisis de Matt, práctico y lógico, sobre cómo había planificado su nuevo estilo de vida enterneció a Becky. Tenía la garganta seca por la emoción.

—Les ayudé hace dos años —respondió Matt sin darle importancia —. Cuando me puse en contacto con ellos para ofrecerme como consultor financiero, se mostraron encantados. Pero, además de eso, tengo otro par de asuntos de negocios por aquí.

Matt respiró profundamente antes de añadir:

—Tengo pensado hacer productivos estos olivos y la taberna de la playa, y también quiero navegar; pero, sobre todo, quiero dedicar el noventa por ciento de mi tiempo a ser un marido intachable. ¿Qué dices?

Becky se puso en pie. De repente se le presentaba la posibilidad de salvar su matrimonio con Matt, pero era tan irreal, tan inesperado, que no sabía qué pensar.

— ¿Podemos volver al pueblo de Skopelos a tomar un café? —consiguió responder ella sin mirarlo a los ojos—. Me estoy asando aquí.

—Sí, claro —el tono de Matt era dolorosamente irónico; al momento, se puso en pie y comenzaron a bajar la cuesta—. No me gustaría que también me echaras la culpa de que te diera una insolación.

Realizaron el trayecto de vuelta en un incómodo silencio. Estar en compañía de Matt con aquella tensión era como cabalgar encima de un tigre.

Después de amarrar la lancha en el muelle, Becky saltó a tierra y miró a Matt. Ahora, le tocaba a ella dar el siguiente paso, se recordó a sí misma hecha un manojo de nervios. Matt había puesto sus cartas sobre la mesa, era ella quien debía decidir si se arriesgaba o no a volver a amar a Matt.

— ¿Tienes... tienes algún plano de la casa que te vas a construir?

—Sí, pero sólo son ideas. Estaban en el velero, así que no deben encontrarse en muy buenas condiciones —respondió Matt con una irónica sonrisa—. Pero el arquitecto tiene una copia. ¿Quieres que tomemos un café en el restaurante de tu hermana?

—Está bien —contestó Becky asintiendo—. Ahora no hay nadie, pero tengo la llave de la puerta de la cocina.

Manteniendo la distancia con él, caminó a lo largo del muelle, pasando por los concurridos cafés bajo los árboles.

Las escaleras que subían al Old Mill eran muy inclinadas, pero Becky se dio cuenta de que se había recuperado bastante en aquellos últimos días. Ya casi no le costaba esfuerzo respirar. Cuando llegaron a las terrazas, se detuvieron para admirar la vista. Era mediodía, la hora de la siesta. Un adormilado silencio impregnaba el ambiente.

Becky entró en la pequeña y redonda cocina y preparó café para los dos. Cuando salió a la terraza, Matt estaba sentado junto a una mesa con vistas al puerto.

Becky se acercó y dejó las tazas de café en la mesa. Tenía la desesperante sensación de que se estaba alejando de Matt otra vez, era como si nada de lo que pudiera decir les permitiría estar cerca de nuevo. La sensación la aterrorizó. ¿A qué se debía? ¿Era orgullo? ¿Era temor? Fuera lo que fuese, parecía una camisa de fuerza que le impedía arrojarse a los brazos de Matt en busca de la reconciliación.

—Espero que Sofíe y Richard puedan quedarse aquí —dijo Becky con voz queda.

— ¿Es una insinuación, señora Hawke?

—Si quieres verlo así...

Becky lo miró con expresión insegura y vio cierto brillo de humor en sus ojos. El corazón le dio un vuelco. Lo quería tanto... Matt podía abandonarla una y otra vez, tener aventuras con media docena de Su Lins y, sin embargo, seguiría queriéndolo.

—Ya no hay ningún problema que les impida quedarse porque me he convertido en su nuevo socio.

— ¿Qué? —el rostro de Becky se iluminó—. Oh, Matt, es una noticia maravillosa. ¿Desde cuándo?

—Richard y yo lo formalizamos todo la mañana que volvimos de Skyros.

Becky contuvo la respiración.

— ¿Antes de ir a Atenas tú y yo?

—Sí —la expresión de Matt se tornó burlona.

—Así que... lo que me dijiste para que te acompañara era...

—Mentira, sí.

— ¡Matt! —Becky comenzó a levantarse, estaba empezando a

enfadarse—. Primero, el viaje en barco y ahora esto. ¿Cómo voy a poder confiar en ti si no haces más que engañarme? ¿Cómo puede solidificarse un matrimonio con esas bases?

—Estamos juntos en vez de a miles de kilómetros de distancia, ¿no? A mí no me parece una mala base para un matrimonio.

— ¡Matt!

—Tranquilízate, ¿quieres? Míralo de esta forma: todo lo que he hecho desde que me dejaste lo he hecho por ti. Quería que volvieras conmigo, quería salvar nuestro matrimonio. No me importaba cómo conseguirlo, lo único que quería era tenerte de vuelta. Si no puedes verlo, si no te das cuenta de lo mucho que te quiero, tendré que pensar en otra forma de hacértelo ver. Quizá alquile otro velero y vuelva a raptarte...

—No... no... no es necesario —respondió ella con voz temblorosa.

Becky volvió a sentarse. A pesar de su indignación, había algo dentro de sí que estaba reemplazando a su orgullo herido.

— ¿Lo comprendes entonces? —la mirada de Matt era irresistiblemente brillante.

—Sí —contestó Becky con voz entrecortada—. Y... y hablando de tu barco, ¿van a poder arreglarlo?

—Eso es lo que me han dicho los expertos.

—Siento mucho lo que le hice al barco, Matt.

—Y yo —Matt se puso en pie de repente, rodeó la mesa y tiró de Becky hasta hacerla levantar; luego, la rodeó con sus brazos—. Aunque tengo que confesarte una cosa, Becky, no es mi barco.

— ¿Qué?

Se lo quedó mirando incrédula y furiosa. Los ojos de él eran tan azules como el cielo.

—Entonces, ¿de quién es el barco?

—Alexis me lo prestó.

—Quieres decir que... Y todo este tiempo me has hecho creer que había destrozado tu barco... ¿y sólo era prestado?

— ¿Y eso te permite destrozarlo? —bromeó él—. ¿Te parece bien estropear la propiedad de otra persona? Al menos, podías reconocer que he cargado con tus culpas... ¿te acuerdas de la cena en Atenas?

—Oh, Matt...

No servía de nada. De repente, su indignación desapareció y se echó a reír. Una vez que empezó a reír, no sabía cómo parar. Matt, riendo también, la estrechó en sus brazos y la besó. Becky dejó de reír y le devolvió el beso con tempestuosa intensidad.

—No vuelvas a besarme así en un sitio público —le dijo Matt—, a menos que quieras que acabe en una cárcel griega acusado de escándalo público.

—Por suerte, no nos puede ver nadie —le susurró ella aferrándose a él.

— ¿Qué quieres hacer, Becky? —murmuró Matt con voz espesa junto a los sedosos cabellos de su esposa—. Dime, cariño. Haré lo que tú quieras.

—Lo que quiero es ayudar a diseñar esa casa en la colina y...

— ¿Y?

—Y pasar el resto de la vida siendo la señora de Matt Hawke.

— ¿Y tu carrera y tus estudios? —murmuró él apretándola contra sí con fuerza.

—Durante mi estancia en África, me di cuenta de que quería trabajar con niños —susurró ella—. Pero con un poco de suerte, podrían ser los nuestros, ¿no?

—En ese caso, ¿podemos romper la carta de tu abogado, tirarla al mar y resucitar nuestro matrimonio, Becky?

—Sí. Claro que sí... por favor.

Becky temblaba y reía de felicidad.

—Una cosa más, señora Hawke —dijo Matt con voz enronquecida por la pasión—. ¿Crees que a Sofie y a Richard les molestaría que les invadiéramos su casa y tu habitación para que yo le hiciera el amor a mi esposa durante las próximas cuarenta y ocho horas?

—No, en absoluto. De hecho, sospecho que les gustaría casi tanto como a mí.

Las palabras de Becky estaban llenas de amor y felicidad. Juntos, comenzaron a descender los blancos escalones y se adentraron en las sombras de la tarde.

Fin